

La vida que perdimos

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO



2^a
Edición

PREMIUM

Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[LA VIDA QUE PERDIMOS](#)

La vida que perdimos

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

PREMIUM
EDITORIAL

PREMIUM EDITORIAL

©: Consolación González Rico, 2018.

©: Premium Editorial, 2019.

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.

Diseño cubierta: Premium Editorial.

Imagen cubierta: Carolina Bensler.

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-949633-8-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A quienes se vieron obligados
a abandonar la vida que fue suya,
a cambiar de tierra,
a agarrarse a otro suelo...*

*A esos árboles trasplantados
que dejaron lejos las raíces del corazón.*

LA VIDA QUE PERDIMOS

El año comienza con medida en los termómetros, aunque la niebla se ha desprendido muy temprano de los dos ríos que rodean Poitiers y ha ascendido deprisa hasta el promontorio donde se asienta la ciudad. Un sol apenas definido intenta atravesar la barrera de nubes esponjosas y blanquecinas que se pegan a los tejados.

Casi en perfecta sincronía, los relojes de la Catedral de San Pedro y de la iglesia de Nuestra Señora la Grande dejan caer tres campanadas vibrantes sobre la veladura gris que lame las cúpulas.

Son las tres de la tarde, y en el número 4 de la calle Saint Denis es la hora de la cita con las noticias que llegan del otro lado de los Pirineos.

En el interior de una vivienda levantada en dos plantas, situada en pleno centro de la ciudad histórica, habita un viejo artista de origen español, venido del exilio en los albores de la dictadura franquista cuando tan sólo era un adolescente.

Sus dotes con la gubia y el cincel, añadidas a su buen hacer con los pinceles, cualidad esta última heredada de su padre, le han permitido trabajar como restaurador y conocer de este modo cada uno de los monumentos de la ciudad. En casi todos ellos, al igual que su padre y su hermano, tuvo ocasión de dejar la impronta de su talento: sillerías, arquivoltas, gárgolas, vidrieras, lienzos, frescos policromados y retablos fueron pasando durante más de cinco décadas por las manos de Ricardo González-Coruvo. Un virtuoso de la pintura y de la talla como lo fuera Rogelio, su padre, con la cerámica. Un artista con el martillo y el escoplo como su abuelo Cayetano, de quien su abuela siempre decía que tenía manos de gloria cuando trabajaba la piedra.

Al escuchar en los dos relojes el dueto casi unívoco de las campanas, Ricardo no puede evitar que su memoria se encarama en los andamios desde donde le gustaba trazar cuando mozo, a vista de pájaro, una línea imaginaria

con la que unía los dos monumentos con la casa familiar. Era una especie de delineación invisible mediante la que obtenía un triángulo isósceles casi perfecto, en el cual la vivienda que sus padres habían adquirido en el casco histórico de la ciudad, su casa ahora, marcaría junto con la iglesia románica de Nuestra Señora la Grande los vértices del lado menor. Y por aquella ruta triangular navegaban sus ojos sobre los tejados.

Pero en este momento el hombre no dispone de tiempo para recrearse en vuelos imaginarios del pasado; tiene que atender otras prioridades.

Siguiendo su vieja costumbre, lo mismo que los relojes, prepara el ritual cotidiano para recibir vía satélite el telediario que le acercará la actualidad de España.

Arrastrando sus zapatillas de paño azul, Ricardo se acerca a la pequeña mesa auxiliar situada en uno de los rincones. Mueve la cabeza con aire contrariado y despotrica contra la tozudez de Madeleine, la joven que se ocupa de traerle a diario la compra, prepararle la comida, limpiar la casa y tener a punto sus ropas, amén de escuchar con buena cara y mejor talante sus añoranzas de viejo nostálgico.

—De poco me sirve repetirle mil veces a esta muchacha que deje el mando en la mesa —rezonga el hombre mientras lo alcanza con dedos convulsos.

Vuelve a su sillón, no sin lamentar que con los años se resientan los huesos y se agote la paciencia. Le cuesta aceptar que el tiempo se haya llevado la ligereza de sus manos y de sus pies, alas en sus años de gloria con las que casi volaba por los tejados de Poitiers. Pero lo peor de todo es que, no conforme con demoler su cuerpo, el último lustro ha agriado también su carácter, y lo que menos quisiera es convertirse en un viejo cascarrabias. «Desde poco, su padre es *protestador* con la vida», le ha oído decir por teléfono a Madeleine cuando habla con sus hijas creyéndole dormido en el sillón.

Lo malo es que tiene razón Madeleine, reconoce el hombre bien a su pesar mientras pulsa el botón del pequeño artilugio que le traerá los aires, cada vez más turbios, de una tierra que por mucho que la haya añorado ya no sería lugar deseable, ni siquiera para su descanso final. El día en que la muerte decida llevarse sus despojos, les tiene dicho a sus hijas que sus cenizas sean esparcidas por las aguas del río Clain. O del Boivre, su afluente. De este modo, abrazará como ellos a la ciudad que acogió el desarraigo de su familia, al lugar al que llegaron los cuatro sin raíces, como esas plantas

inermes arrancadas por el huracán de la tierra donde nacieron, y así formará parte del sitio en el que hallarían el mejor campo para encauzar su vida y desarrollar su arte.

Por eso quiere morir en Poitiers y confía en que sus hijas cumplan su última voluntad.

Ha sintonizado Antena 3 y el telediario comienza a desgranarse sin sorpresas. En la pantalla aparece la presentadora de todos los días, rubia y con ojos claros. No recuerda su nombre, pero sí el detalle que le comentó su hija mayor no hace mucho acerca de ella: al parecer había ampliado estudios no lejos de allí; precisamente en la Universidad de Burdeos.

Los ojos y los oídos de Ricardo no se apartan del televisor. Ni él mismo entiende su perseverancia. Se lo debe a Rogelio, su padre, y lo hace en su memoria.

Parapetado en la butaca, como lo haría cualquier cinéfilo ante la proyección mil veces repetida de su película favorita, aguarda las noticias de un país añorado y lejano, aun a sabiendas de que no se producirá ninguna nueva que muestre el cambio ya olvidado con el que cada día soñaba su padre: la transformación de una sociedad que por desgracia sigue adoleciendo, todavía con más virulencia en los últimos años, de la desigualdad y la injusticia, de la miseria y la corrupción.

De sobra sabe Ricardo, la experiencia se lo dice, que no tendrá aguante para esperar a que le cuenten las previsiones del tiempo, que ahí sí que se explayan con ganas. Como si no hubiese nada más importante que contar rayos o medir el espesor de la nieve en las pistas de esquí.

Siempre hay algo que le saca de sus casillas, que le enfurece o le exaspera hasta hacerle renegar de su inútil adición, y entonces empuñará el mando con rabia, ahogará la voz y las imágenes, y se dispondrá a dormir en su sillón.

La cara de Ricardo comienza a crisparse. Un día más siguen atufándole con el mal aliento que desprenden las instituciones en España. Nombres nuevos que se suman a la lista de casos nuevos o viejos. Tramas y desmanes en la política y en la economía. Imágenes de desahucios y de pobreza. Al fin y al cabo, todo se reduce a dinero y a poder, piensa el hombre con indignación mientras trata de accionar un mando que se resiste ante la torpeza de sus dedos.

Ricardo tiene que presionarlo varias veces hasta que logra desconectar

el televisor; su pulso ya no es lo que era.

Y sin poder evitarlo, increpa malhumorado a quienes en su opinión han contribuido durante décadas al rotundo fracaso de las instituciones democráticas.

—¡Cabrones! Lobos con piel de demócratas, que hacen las leyes para unos cuantos. Para los sinvergüenzas que se reparten el pastel. ¡Si mi padre levantara la cabeza! Cuarenta años ya de la muerte del dictador, y el dinero tiene secuestrada la democracia. Y lo peor es que lo manejan los mismos que manipulan las reglas del juego.

Vocifera su frustración, aunque sabe que nadie le escucha. Michèlle, su mujer, murió hace seis años. Nadine y Mireille, sus dos hijas, se casaron hace más de tres décadas con funcionarios parisinos y en París tienen sus vidas (no puede quejarse; vienen a verlo una vez al mes en quincenas alternas), y Madeleine no volverá hasta el día siguiente a las ocho, así que, por mucho que se esfuerce, sus palabras no saldrán de las cuatro paredes contra las que choca su rabia. Porque eso es lo que siente cuando, ya cerca del final, le abruma la certeza de que le ocurrirá lo mismo que a su padre: jamás verán sus ojos, aunque sea en el exilio y a dos pasos de la muerte, una España donde se respete por fin a las personas sin hacer distinciones.

Y no lo siente ya por él, sino por las generaciones herederas de quienes lucharon hasta la muerte por una nación libre. Por un derecho fundamental al que tantos miles de españoles hubieron de entregar la vida o condenarla al destierro.

«Una nación, construida desde los derechos de las clases obreras, a las que hay que poner al alcance de la mano el instrumento valioso de la cultura. Sin la una no puede lograrse la otra, porque la capacidad para decidir tiene que nacer de un pensamiento libre, y este, mal puede gestarse en la mente de quienes no han conocido durante siglos mayor necesidad que la de su supervivencia».

¡Cuántas veces oyó Ricardo a su padre repetir estas palabras! Diríase que a Rogelio se le quedaron grabadas en la cabeza desde aquel día en que fueran pronunciadas por Manuel Azaña en la plaza de toros de Talavera de la Reina, allá por la primavera de 1931.

La víspera habían viajado al pueblo los cuatro; sus padres, su hermano y él, para llevarse con ellos a su abuela Crisanta. Rogelio estaba seguro del

agrado con el que su madre recibiría tan gustosa invitación. No se habría perdido por nada del mundo la visita a Talavera de un político a quien conocía de muchos años atrás, justo desde que tuvo la ocasión de escucharle, allá por febrero de 1918, cuando don Manuel, como ella solía llamarle desde entonces, se presentaba a las elecciones generales como diputado por Puente del Arzobispo, y arengaba a la gente desde el balcón del ayuntamiento con motivo de la campaña electoral. Y es que por aquel entonces la familia se había trasladado precisamente a este pueblo por una larga temporada, aprovechando que su abuelo Cayetano andaba por aquellos contornos inmortalizando en piedra los apellidos de la gente de posibles en las fachadas de las casas.

Estos detalles los conocería Ricardo por boca de su abuela algunos años más tarde, cuando su padre se alistó en el frente y pasaron con ella los tres años que duró la guerra.

El día anterior al mitin se acostaron temprano. Muy de mañana debían coger la rápida que los llevaría de Torrecilla a Talavera.

La noche pasó en un suspiro. Su madre entró en la habitación que compartía con su hermano y los arrancó a los dos de la cama antes de que la luz del alba atravesara los nudos de las contraventanas.

—Vamos, hijos, que padre y abuela ya están listos.

—¿Dónde hay que ir tan pronto, madre? —preguntó su hermano restregándose los ojos mientras él se daba media vuelta y se tapaba la cabeza.

—No me digas que con el sueño se te han ido las memorias. Ya te dijo tu padre anoche que hoy había que madrugar: viene Manuel Azaña a Talavera y la camioneta no nos va a esperar, así que ¡arriba!

—¿Y quién es Manuel Azaña, madre? —preguntó Carlos mientras con diligencia comenzaba ya a ponerse la ropa nueva que su madre le había puesto sobre la cama.

—El hombre que va a arreglar España, como dice vuestra abuela —oyó Ricardo decir a Pilar, mientras esta tiraba de la manta en la que se había arrebujado, con la intención de seguir durmiendo algunas horas más.

De aquel día de primavera Ricardo guarda imágenes vagas del viaje en la rápida desde el pueblo a la ciudad de la cerámica; de las idas y venidas de los vencejos, que revoloteaban como locos el redondel del cielo delimitado

por las paredes de la plaza de toros; del hombre con gafas redondas que no paraba de hablar de cosas que entonces no entendía, pero que a juzgar por el entusiasmo de su abuela y de sus padres, y por los vítores de la multitud que le interrumpía sin cesar, el niño que era entonces fue capaz de intuir que lo que había dicho su madre era verdad: España estaba rota y aquel hombre iba a arreglarla. Por eso la gente se ponía contenta y se levantaba del asiento.

Ricardo tiró de la falda de su abuela y le preguntó:

—¿Qué le pasa a España, abuela?

—Nada que este hombre no pueda apañar, hijo —respondió ella recalcando las mismas palabras que al despertar por la mañana le había oído decir a su madre.

Y dicho esto, su abuela Crisanta los cogió de las manos a su hermano Carlos y a él, les hizo levantar los brazos y los invitó a que repitieran con ella las palabras que todos coreaban a gritos:

—¡Viva Azaña! ¡Abajo la monarquía!

Ricardo mueve la cabeza, como si de este modo pretendiera sacudirse los pensamientos. Echa mano de la manta de cuadros azules y blancos que Madeleine le deja siempre doblada en el sofá, se envuelve con ella las piernas y, antes de que el sopor de la tarde acuda a rescatarle, no puede evitar que su desencanto se convierta en queja. Y sus cavilaciones, envueltas en la pátina oscura de los años, se proyectan desde el foco de sus ojos cansados hasta los pliegues blancos de los visillos, por los que un rayo de sol parece haberse burlado de la niebla.

Ochenta años desde entonces, y España sigue rota. Ni sé por qué me empeño en poner las noticias, si bien seguro estoy de que van a cantarme cada día la misma canción. ¿Qué se puede esperar a estas alturas? Siempre he dicho que lo malo de la vejez no es la torpeza de las piernas, ni que la vista te empiece a fallar. Tampoco importa mucho si el oído se endurece, que no es que suenen melodías a cada paso. Lo peor del final del camino es cargar con los desengaños. Tener que levantarse cada día a convivir con los fantasmas de otros tiempos; esos que se quedan a vivir con nosotros en la despensa del corazón por los restos, como decía mi madre.

Y lo más duro de todo es no tener más remedio que decir adiós a las ilusiones; a esos sueños que se mueren antes que nosotros y cuyos cadáveres

descompuestos la vida se encarga de echar sobre nuestras espaldas, hasta que nos llega la última hora...

¡Inocente de mí! Después de tantos años abrigaba la esperanza de poder decir algún día con la cabeza bien alta y la memoria en paz: «No fue en vano, padre; yo he visto con estos ojos el triunfo de su lucha en el frente».

Hoy, por desgracia, sé que ese día nadie se ocupó de escribirlo en el calendario de mi vida, que si es verdad que hubo un tiempo en el que tuve esperanza, hoy me toca ver el fracaso de una democracia que no ha sabido actuar con honradez y justicia.

Y el pensamiento de Ricardo, preso del desencanto y del desgaste de los años, se entrega sin oponer resistencia al sueño que cada día acude fiel a salvarlo de sus guerras interiores.

Cuando los relojes de la Catedral de San Pedro y de Nuestra Señora la Grande, casi en perfecta sincronía, dejan caer cuatro campanadas envolventes sobre los tejados de Poitiers, la niebla ya se ha levantado, y un sol mortecino comienza a pintarlos con brillos húmedos.

Y en el número 4 de la calle San Denis, la luz lechosa de enero atraviesa los visillos. Se diría que intenta poner una nota de tibieza en la figura quieta y angulosa de Ricardo, quien, como cada tarde, después del interrumpido telediarario, termina por adormilarse en el sillón.

Se despierta sobresaltado. Le ocurre con frecuencia. Diríase que su subconsciente rechaza el sueño profundo, la ausencia prolongada de la conciencia, que no deja de ser, a juicio de Ricardo, un paréntesis impuesto por la fatiga de la vida. Un respiro para las añoranzas. Pero también la tumba oscura que en cierto modo se asemeja a la muerte.

Sabe que le queda poco tiempo, tal vez sea esta la razón por la que intenta estrujar cada instante su pensamiento. Agradece a la naturaleza la lucidez que conserva, y la aprovecha para revivir momentos de su vida; acontecimientos que le fueron marcando el camino. Desde sus primeros años, hasta la vejez que le castiga ahora, y que apenas le sostiene en pie.

Y mientras la niebla vuelve a la querencia de los tejados, y los visillos se hacen eco de la oscuridad que antecede a la noche, Ricardo retorna, como tantas veces, a un tiempo que ya sólo habita en el recuerdo.

El pueblo donde nació se levantaba sobre una suave colina y, al igual que en Poitiers, por sus lindes discurrían dos ríos, Sangrera y Castaño, más bien dos arroyos, cuyas aguas se fundían en un abrazo líquido muy cerca de las últimas casas, antes de seguir su curso en busca del Tajo.

Rogelio, su padre, marchó a Talavera para trabajar en el taller de Ruiz de Luna siendo todavía un zagalón. Allí conoció a la que sería su mujer y allí se establecieron tras el casamiento.

El hecho de que Pilar fuera huérfana desde bien chica la llevó a buscar el apoyo de su suegra y sus cuidados cuando le llegó la hora del parto, razón por la que los dos hermanos, Carlos y él, vinieron al mundo en Torrecilla de los Valles.

Además, el talante acogedor de su abuelo Cayetano y de su abuela Crisanta, la casa siempre abierta y deseosa de risas infantiles, y el afán por el arte que su padre y su abuelo compartían hacían que las visitas de Talavera al pueblo fuesen frecuentes, hasta el punto de que los veranos se convirtieron en destino obligado. Sobre todo para ellos, que en cuanto cerraban la escuela, se volvían locos por disfrutar la libertad sencilla que hallaban en la aldea; los juegos hasta la noche bajo un techo de estrellas; los campos sin límites donde

perderse a sus anchas.

Es verdad que los años han barrido de la cabeza de Ricardo numerosos detalles de aquel tiempo, sin embargo, hay otros que aparecen nítidos; cristalinos como las aguas que rodaban bajo el puente de piedra cuando el arroyo no venía crecido.

Precisamente las riadas provocadas por las épocas de lluvias eran festejadas por los chiquillos del pueblo, que acudían al Puente Romano alborozados para volar de un lado al otro sin mirar siquiera los remolinos ruidosos, del color del chocolate, que parecían llamarlos por su nombre con insistencia.

Aquel día había llovido mucho, y las aguas revueltas apenas distaban un palmo de las piedras sin barandilla que conformaban su escueta arquitectura.

—Mucho ojo con acercaros al puente, hijos —les decía su abuela Crisanta a su hermano Carlos y a él mientras les preparaba un buen cantero de pan con miel para la merienda.

Era entonces cuando su tía Inés, la única hermana de su padre, la que siempre tenía los labios morados y el corazón de cristal, como le habían oído murmurar en alguna ocasión a su abuela Crisanta, hacía un gesto condescendiente con los ojos invitándolos a salir corriendo.

—Ya estáis tardando —les decía—, que yo, por más que me emperraba de chica, nunca tuve a mi alcance ese gusto; con eso de que mi corazón no iba a aguantar, abuela Crisanta siempre tenía el *no* en la boca.

—No malmetas a los muchachos, hija. De sobra sabes que si hice lo que hice fue por tu bien, que muy claro nos lo dijo a las dos aquel médico de Toledo.

—Lo sé, madre, no vaya a ofenderse por eso.

—¡Qué voy a ofenderme, hija! —dijo su abuela mientras le pasaba la mano por el pelo—. Y vosotros, mientras no tengáis permiso de vuestro padre, por mi parte ya he dicho lo que tenía que decir, que sin pretil y con el agua al ras de las piedras, un empujón basta *pa* que os trague el agua, que Dios no lo permita —concluía santiguándose la mujer.

Ricardo, aun siendo el pequeño, o tal vez por ello, corrió como un gamo al segundo corral de la casa, donde su padre y su abuelo se pasaban las horas muertas cincel en mano, como decía su abuela, sacando ángeles y santos de los bloques de piedra que se apilaban alrededor de las paredes.

En aquella ocasión le habían encargado a Cayetano un mausoleo tallado en granito, y tuvo que echar mano de su hijo para finalizar la obra en los

plazos acordados. Esta fue la causa por la que Rogelio hubo de pedir permiso en el taller de cerámica de Ruiz de Luna donde trabajaba, y la familia llevaba más de dos semanas en el pueblo.

—Dicen que el puente lo hicieron los romanos —se empeñaba en explicarle su padre, una vez otorgado el permiso—. Las piedras, fíjate bien cuando vayas, van puestas unas sobre las otras sin amasijo. Así es como trabajaban ellos... Ya ves, dos mil años y sigue como el primer día.

Pero a Ricardo en aquel tiempo no le interesaba la lección de arquitectura que su padre pretendía darle, y pasando la lengua por la rebanada de pan, se llevó corriendo la parte más dulce de la merienda y el permiso de su padre.

—¡Que ha dicho que sí! ¡Vámonos! —dijo sin más explicaciones.

Era la primera vez que una crecida de tales dimensiones coincidía con su estancia en el pueblo, así que los dos hermanos echaron a correr en dirección al arroyo, no fuera a ser que volviera su madre de las lecciones de corte, esas donde al parecer le estaban enseñando a hacer pantalones, y pusiera en peligro su aventura.

Con el corazón brincándole en el pecho, Ricardo bajó en pos de su hermano a grandes zancadas la cuesta en fuerte pendiente, cubierta de barro pegajoso y rojizo, que los separaba del lance que iban a estrenar.

Él no tendría más de siete años y su hermano Carlos apenas nueve. Cuando se hallaron delante de la plataforma redonda de granito que servía de acceso al puente, ni se acordó de las explicaciones de su padre acerca de las habilidades de los romanos a la hora de colocar las piedras.

Carlos pasó primero, y él le vio cruzar con admiración. ¡Qué bonito era el puente! Parecía un enorme lagarto de piedra con las patas hundidas en aquel torrente de aguas agitadas que casi le lamían el lomo; igual que a ellos, a los aventureros que cruzaban como flechas por encima del ruido y de los remolinos, que les salpicaban las botas de badana, las sandalias agujereadas o los pies descalzos, que eso dependía de los posibles de la familia de cada uno.

—¡Ricardo! ¡Corre! —le gritaba su hermano desde la otra orilla—. ¡Aquí te espero! ¡No seas gallina!

La palabra *gallina* empezó a subir de tono coreada por la chiquillería, y Ricardo, azuzado por las voces y por el temor a que le colocaran para siempre el sambenito de cobarde, se lanzó hacia el lugar donde le reclamaban.

El corazón corría más que sus pies y más que el miedo, y las piedras del puente parecían alargarse a cada paso. No fue capaz de respirar hasta hallarse

a buen recaudo.

Una vez coronada la hazaña, fue contando las veces que se atrevió a repetirla. Y luego no paraba de relatarles a todos su proeza.

—Veintisiete, madre —le dijo por la noche a Pilar, mientras esta le preparaba una palangana con agua caliente, después de haber comprobado que venía con los pies empapados y más fríos que un carámbano.

—A tu padre no le da *cuidao* el peligro —decía ella disimulando su contento, reflejo al fin y al cabo de las caras de satisfacción que mostraban sus hijos—. Está visto que el ángel de la guarda mira por vosotros.

Pero los años de su infancia le enseñarían que el puente de piedra podía reservarles a Carlos y a él otras aventuras no menos arriesgadas.

Tan sólo un par de años después, una mañana de julio su abuela Crisanta les confió la encomienda de portear el almuerzo y el agua, desde el pueblo a la suerte donde una cuadrilla de segadores agavillaba el trigo.

La mujer retiró de la lumbre un enorme puchero de barro, le colocó en la boca una tapadera de corcho y cercó las juntas con masilla de pan.

—¿Para qué sirve eso, abuela? —preguntó Ricardo sin quitar ojo a los trajines de la mujer.

—Pues mira, hijo —dijo ella bordeando con el dedo el redondel donde se unían la tapadera y la masa—, esto evita que se vierta la comida en el camino con los baqueteos de la caballería, y de paso sirve para guardar el calor.

Hecho esto, su abuela Crisanta cargó con el puchero y Carlos con el cántaro, que para eso era el mayor, no sin que él porfiara con su hermano la responsabilidad de la tarea, hasta conseguir el reparto entre ambos de la carga y el trayecto a las cuadras, sitio donde los aguardaba la yegua torda.

La desató su abuela en un pispás de la argolla que la unía a las pesebreras, la sacó al corral y le puso los aparejos.

—¡Atentos! —les decía mientras ellos seguían embelesados sus movimientos de ardilla—. Hay que sujetar bien el serón y luego compensar la carga—. El puchero en un sitio... y el cántaro en el otro.

—¿Podemos montar en la yegua, abuela? —recuerda que le preguntó mientras medía de una ojeada la distancia del suelo a la montura.

—Claro que podéis, pero con mucho tiento: uno del ramal y el otro caballero.

Ricardo le ganó en rapidez a su hermano y como un rayo se encaramó

en la yegua.

—¡A la vuelta yo, so listo! —protestaba Carlos mientras se dirigía a las puertas falsas tirando del ramal.

—Y cruzáis por las pasaderas del arroyo, ¿eh? No vayáis a tener la ocurrencia de subir al animal por el puente y terminéis abajo los tres — advertía su abuela al tiempo que cerraba las puertas—. ¿Me habéis oído?

—¡Que sí, abuela! —le decían los dos sin volver la cabeza.

Y así, compartiendo con la comida y el agua el sitio de privilegio, Ricardo se dejó conducir ufano hasta el arroyo, ante las miradas codiciosas de algunos muchachos que con gusto se hubieran cambiado por ellos sin dudarlo un instante.

Tal vez si su abuela no le hubiera dado la idea, se le habría ocurrido a él. Al ver que su hermano iba derecho al puente de piedra, Ricardo, más por miedo que por hacer caso de las advertencias de su abuela, se dio prisa en reconvenirle.

—Por el puente no, Carlos, que bien claro lo ha dicho abuela Crisanta.

—El que lleva el ramal manda. Cuando te toque a ti, vienes por donde te dé la gana.

—Pues yo me bajo.

—Eso no vale, ¿o es que ya te estás cagando de miedo?

—Serás tú el que se caga. ¡Tira! —respondió él agarrándose con todas sus fuerzas a las aguaderas.

Carlos, ya en el puente, intentaba que la yegua pusiera las manos en la piedra redonda y plana, pero el instinto le hacía retroceder entre relinchos y manotadas de protesta. El sonido que producían los golpes de las herraduras en la piedra redonda de granito chocaba contra las paredes de los corrales, y su réplica volvía al arroyo con ecos sordos y confusos acrecentando el temor de Ricardo.

Carlos no paraba de acariciar las crines blancas y negras del animal, y le hablaba despacio, con suavidad, como si fuera capaz de entender lo que le decía.

—No seas miedosa, Torda. Tú vienes tras de mí sin mirar abajo, y en cuatro *zancás* estamos en la otra orilla. Venga... ¡vamos!

La yegua humilló la cabeza como si hubiese comprendido las palabras de su hermano, alzó las manos una detrás de la otra hasta la plataforma, hizo lo propio con las patas traseras y comenzó a caminar temerosa e incierta a través del nuevo camino de piedra, colgado en el aire a casi tres metros de

altura, por el que nadie hasta entonces se había atrevido a conducirla.

Una vez a salvo, los tres celebraron la proeza a su manera. Carlos acariciándole el testuz a la yegua, él metiendo en los pulmones todo el aire que le cabía, y la yegua, con un relincho acompañado de un satisfecho cabeceo.

El recuerdo de aquel tiempo ha borrado del rostro de Ricardo las marcas de la crispación y el desencanto, y los paréntesis de su boca se estiran en una sonrisa con regusto a pasado. Eran días amables, aquellos de la infancia. Dulces como la miel con la que su abuela Crisanta le untaba el cantero para la merienda; o como el azúcar con el que espolvoreaba otras veces una buena rebanada de pan blanco, tras regarlo con un chorro generoso de vino de pitarra que esponjaba la miga, le alegraba el estómago y le dejaba en el bozo una marca delatora.

El regreso al tiempo de la infancia pone voz a su pensamiento, que se materializa en palabras pausadas. Y Ricardo le habla a su hermano como si este se hallara junto a él.

¿Te acuerdas, Carlos? Aquella aventura del puente, fue la primera de las muchas fechorías que compartimos los dos en secreto.

Cada vez que abuela Crisanta tenía la ocurrencia de encomendarnos alguna tarea con la yegua, no teníamos reparo alguno en dar los rodeos que hicieran falta para acabar en las barrancas. Tanto nos daba si el encargo era llevar el almuerzo a las eras, recoger de las encinas los costales atestados de bellotas, o cargar en los olivares los sacos de aceitunas que las mujeres habían recogido del suelo. Antes o después de cumplir con lo mandado, íbamos como rayos al sitio donde los muchachos de entonces, además de algún susto que otro, teníamos asegurada la diversión en medio de aquella vida sencilla y humilde.

¡Parece que estoy viendo las barrancas! Se abrían colina abajo, de poniente a levante, y las paredes de la zanja formaban una brecha bien profunda, con vetas de tierras rojizas y blanquecinas donde podían apreciarse los chinarrros lavados por la fuerza de los torrentes.

La yegua torda se aprendió pronto el camino; yo diría que le gustaba la juerga tanto como a ti y a mí. Luego, sin saltarnos el turno, tomábamos distancia de la zanja, lo justo para coger carrerilla, y picábamos con ganas a la yegua en los flancos. Entonces ella, joven, briosa y, sobre todo, falta de otras tareas menos fastidiosas que las del acarreo, se empleaba con arrojo

en la carrera, alzaba las patas en el aire un instante, y brincaba al otro lado con soltura y garbo. Sin importarle que los bordes del barranco estuvieran cada día más lejos, pues siempre buscábamos nosotros sitios de más peligro; no me digas que no.

Fue una suerte que abuela Crisanta nunca llegara a conocer nuestras andanzas, que de haber sido de otro modo, tampoco habiéramos llegado nosotros a disfrutarlas.

Y así fue como exploramos los dos cada palmo del barranco excavado en la tierra por las torrenteras, y descubrimos que guardaba dentro aventuras de más peligro, si cabe, que saltar sobre ellas a lomos de la yegua torda.

Había trechos tan profundos que adivinábamos el agua por el rumor del fondo, y desde allí el burbujeo tentaba nuestra curiosidad, tan osada en los años de la niñez.

Como no podía ser de otro modo, ni tú ni yo nos resistíamos a la llamada de aquel precipicio, y no conformes con ello, hacíamos partícipes a la muchachada de nuestros modos y maneras a la hora de conquistar cada palmo del tajo, convirtiéndonos montones de veces en capitanes de la expedición.

No se me olvida: el juego consistía en ir subiendo desde la parte más baja, con un pie a cada lado, poniendo cuidado en no ensuciar las sandalias con el barrizal que se formaba después de las lluvias.

Los comienzos en las cercanías del pueblo no ofrecían dificultad ninguna; las paredes eran bajas y ni siquiera era preciso ayudarse con las manos. Sin embargo, en la medida en que avanzábamos cuesta arriba, el cauce se hacía más estrecho y más hondo. Era entonces cuando todos los apoyos eran pocos, y la habilidad de cada cual se convertía en su mejor aliada.

Tú, con eso de ser el mayor, siempre te apropiabas del primer puesto, y yo te seguía. Gateábamos despacio. Con las puntas de los pies y los dedos de las manos clavados en las paredes, que en algunos tramos eran más ásperas y arenosas, tanto que en ocasiones terminaban desmoronándose hasta hacernos perder el equilibrio. Tú eras ágil como un gamo, y yo tampoco me quedaba atrás, pero acuérdate de lo que ocurría con Ismael, el herrero, que aunque es cierto que de alguna le libramos, raro era el día que no acababa en remojo. Y eso de zambullirse en el pozanco, era el peor percance que a uno le podía ocurrir. No era buen sitio para bañarse, no, que allí te

aguardaba un charco que al removerse olía a rayos, y eso si no te tropezabas con alguna rata de agua, o el cadáver hinchado de algún perro descompuesto, que, de suceder, andaba lista la expedición para celebrarlo con gritos y carcajadas. De modo que al infeliz que tenía la desdicha de caer en aquel lodazal no le quedaba otra que sacudirse el barro y las inmundicias y correr hacia su casa como un endemoniado, que era peor ser la risión de la cuadrilla que soportar en el trasero la tunda de la madre... O la regañina de la abuela... Que nosotros también probamos el barro en alguna ocasión...

Entre las remembranzas de los episodios de su infancia, que aún conservan el brillo del primer día, Ricardo pierde la noción del tiempo. El hombre mueve la cabeza con nostalgia. Esta era la parte afable de la vida en aquellos años convulsos. Porque en la otra, la que ellos en su inocencia no eran capaces entonces de percibir, la grieta social, al igual que sucedía con las barrancas, se iba haciendo más profunda con el tiempo, y de su fondo ascendía el olor putrefacto del hambre y de la injusticia, de la intolerancia y la opresión.

Y como lamenta tantas veces, en aquel bienio negro, cuando se formó el gobierno de coalición entre los radicales de Lerroux y los de la CEDA, sucedió que, desde cada lado de la fractura, la mitad de los españoles comenzó a enfrentarse con odio a la otra mitad.

El tenue alumbrado de la calle apenas es capaz de definir las líneas de los muebles. Ha anochecido. Es la hora de arrastrar los pies hasta la cocina, calentar el cuenco de leche que Madeleine le tendrá preparado junto al microondas, hundir el cuchillo en el bizcocho esponjoso que le deja también al marcharse bien envuelto en papel aluminio sobre la bandeja, y acallar de este modo, hasta el día siguiente, las escasas necesidades de su gastado estómago.

Pero Ricardo, sin hacer caso al reloj ni a la penumbra que le arropa, sigue ensimismado en sus pensamientos.

Acuden ahora las imágenes de la agitación con la que muchos talaveranos celebraron la llegada de la República. Ocurrió pocos días después de que las gradas de la plaza de toros vibraran con las palabras de Manuel Azaña. Oleadas de gente por las calles, gritos y consignas se empujan buscando sitio entre los huecos de su memoria, aunque era demasiado pequeño entonces para entender lo que aquello podía significar.

Su hermano Carlos y él acompañaron a sus padres aquel 14 de abril de 1931. Se unieron a la multitud y enarbolaron las banderas que su madre había cosido de prisa, esa misma mañana, mientras su padre iba cortando las tiras rojas, amarillas y moradas de las piezas de tela que ella tenía bien dobladas en el canastillo de la costura.

Y en sus ojos de niño quedaría retenida para siempre la estampa de las manos finas y elegantes de su madre juntando aquellas telas de colores; las idas y venidas del dedal y el hilo componiendo las banderas; el ruido mecánico y acompasado de la máquina de coser, acompañado del vaivén de sus pies sobre el pedal de hierro.

—¿Para qué son estas banderas, madre? —le preguntó su hermano Carlos.

Y su madre, después de ajustar el *prensatelas* a la costura, los miró a los dos con ojos de entusiasmo y dijo:

—Desde hoy la bandera de España tiene tres colores, y hay que celebrarlo en la calle como es debido.

—Pues la de la escuela es amarilla en el medio, y roja por arriba y por abajo —añadió él.

—Eso era antes, hijos; hoy estrenamos una nueva —se apresuró a aclarar su padre—. Cualquiera día, cuando volváis a la escuela, ya veréis como la han cambiado por otra igual a la que madre está cosiendo.

—¿Por qué? —insistió Ricardo, no conforme con la explicación.

—El rey se ha ido, y por eso ya no nos sirve su bandera. España es republicana. Y la bandera también.

No entendieron entonces ni la palabra ni el significado, pero su hermano y él pegaron su paso al de sus progenitores y patearon Talavera de cabo a rabo. Desde la plaza del Pan hasta los jardines del Prado. Unidos al hervidero de gente que ese día sembraba las calles de telas de colores como las que había cosido su madre por la mañana en la máquina de hierro; la que tenía pintado en la parte de arriba un león muy raro con alas como los pájaros, y con cara y tetas de mujer. Esfinge, le dijo su padre que se llamaba y cuando su madre le quitaba la cubierta, a Ricardo le gustaba acercarse y reparar mil veces en la extraña figura.

Y por esos caprichos del recuerdo, capaz de grabar a fuego los detalles que de manera más viva impresionaron sus sentidos, con la misma nitidez que la figura de la esfinge, pese a los años transcurridos, puede reproducir en su mente alguna de las letrillas que coreaba la multitud aquel día al compás que marcaban las banderas:

*Ya somos republicanos,
es el pueblo quien gobierna,
ahora sí que habrá trabajo
y pan de sobra en la mesa.
Que el rey don Alfonso XIII
ha cogido sus maletas
y se ha marchado de España.
¡Ojalá que nunca vuelva!*

Cuando al día siguiente volvieron a la escuela, en la puerta ondeaba la bandera de los tres colores, y después de las vacaciones de verano, con la entrada del nuevo curso, Carlos y Ricardo, como el resto de la chiquillería con la que compartían las aulas, fueron sorprendidos por algunos cambios que, si bien no acertaban a entender, cierto era que no los dejaban impasibles.

Lo que más confusión les provocó, pocos meses después, fue el hecho de que una mañana, cuando se disponían a formar la fila ante la puerta, descubrieron que en lugar de don Rubén, el maestro que les daba lecciones, tenían delante a doña Aurora, la maestra más joven de la escuela; casi una niña. Era alta y delgada, y los miraba uno a uno con ojos vivos y chispeantes, como si en ese instante los estrenara, y con una sonrisa traviesa que les produjo un inevitable desconcierto.

—Vamos, Ricardo —le dijo su hermano golpeándole en las piernas con el cabás—, que esta fila no es la nuestra.

Y él, preso de la vergüenza y la confusión, con las orejas más rojas que un tomate, se dispuso a seguir a su hermano, quien, ya fuera de la hilera y no menos aturullado que él, buscaba con los ojos al maestro ausente.

—¿Dónde van los hermanos González-Coruvo? —tronó a su espalda un vozarrón de tinaja cascada.

Los dos se quedaron clavados a la tierra arenosa del patio. Ni dentro ni fuera de la fila; sin saber hacia dónde encaminar el paso y sin apenas respirar.

Pero su sorpresa creció cuando vieron que don Emiliano, el maestro de la sección de los más grandes, de quien se decía que mandaba en la escuela, traía detrás una recua de niñas, que cual hormigas coronadas con trenzas y lazos avanzaban temerosas y asustadas.

Enseguida les explicó que desde ese día muchachos y muchachas iban a compartir las mismas clases y los mismos bancos, el mismo patio de recreo para los juegos y la misma fila.

Y dicho esto, la señorita Aurora se separó de la columna infantil y comenzó a nombrar a quienes, también desde ese día, iban a ser sus alumnos. Cuando hubo terminado con la lista de niños, recitó con voz cantarina los nombres de las niñas que se quedarían con ella también, ante el estupor y la repulsa que contra el incomprometido mandato expresaban por igual los rostros de unas y de otros.

Como no podía ser de otro modo, la medida respetó al menos la condición de hermandad entre los colegiales, de manera que Carlos y Ricardo continuarían juntos. Eso sí, bien a su pesar, en la clase de la señorita Aurora, a quien tan solo conocían de haberla visto alguna mañana cuando se dirigía a la entrada de su escuela, tan joven y menuda que cualquiera podría haberla confundido con alguna de sus discípulas.

Entraron por el ala derecha, la que hasta ese momento les estaba vedada

por albergar en exclusividad las aulas de las niñas, mientras don Emiliano acallaba con una mirada de autoridad, capaz de derretir cualquier conato de carcajada, cuchicheo o sonrisa burlona, las preguntas que les bailaban en la cabeza y que hubieron de morir antes de ser formuladas, sin pasar siquiera de sus miradas de perplejidad.

Luego doña Aurora les indicó que fueran ocupando su sitio, comenzando por la izquierda y siguiendo el orden de la fila. A Ricardo le tocó compartir pupitre con Manuela González Molina, un redrojo que no le llegaba a la barbilla. Flaca y pizpireta. Desde que se sentaron no paraba de mirarle, cual si en su cara tuviera escrito su nuevo compañero cuanto en la escuela pudiera aprender ese día. Y lo hacía con curiosidad y desparpajo, como si el hecho inusual de sentarse en el mismo banco fuera lo más natural del mundo. Él, por su parte, tan solo se atrevía a mirarla de reojo.

Manuela tenía dos trenzas rubias que le saltaban en los hombros y se movía en el asiento de madera como si tuviera azogue en el cuerpo, cosa que no dejaba de importunar a Ricardo, quien, al compartir con ella el todo formado por asiento y mesa, se veía obligado a un incesante vaivén que no era ni por asomo de su agrado.

A ver si les decían de una vez la razón por la que esa mañana habían tenido los maestros la extraña ocurrencia de mezclarlos con las niñas de aquella manera.

Manuela aprovechó los momentos en que doña Aurora escribía en el encerado para hablarle bajito, casi al oído.

—Ricardo... —le extrañó que tan pronto se hubiera aprendido su nombre—, ¿tú sabes por qué nos han *juntao* esta mañana?

Él sólo se atrevió a negar con la cabeza.

—¡Mira! El del retrato de la pared se llama Azaña, y es el que manda; me lo ha dicho mi padre —añadió apuntando a lo alto con el dedo, donde un hombre con gafas, de cara redonda y con verrugas, parecía mirarlos—. Y también dice que el rey no va a volver nunca; a lo mejor es por eso...

Ricardo se encogió de hombros. Si aquella charlatana no cerraba la boca, doña Aurora no iba a tardar en propinarles un buen castigo.

En ese momento la maestra se retiró del encerado y se colocó en la esquina derecha. Justo en el centro había escrito en mayúsculas una palabra cuyos trazos blancos destacaban sobre el rectángulo negro que se pegaba a la pared, y con el puntero rodeó la palabra varias veces antes de pronunciarla: COEDUCACIÓN.

Después de repetirla despacio, deletreando cada sílaba, los invitó a que la corearan con ella, y todos la repitieron hasta que el aula se llenó con los ecos de una voz cuyo significado desconocían.

—¿Alguno de vosotros ha oído alguna vez la palabra *coeducación*?

Unos se encogieron de hombros, otros negaron con la cabeza, y hubo quien se atrevió a responder con un *no* displicente o curioso, que entre la cuarentena corrida de alumnos que llenaban el aula se encontraban actitudes de lo más dispares. La más chocante fue la de Manuela. Ni corta ni perezosa, alzó la mano y dijo:

—¿Puedo decir una cosa, señorita Aurora? —le espetó Manuela interrumpiendo la explicación que la joven maestra estaba a punto de iniciar.

—Claro que puedes. Adelante —respondió esta encaminándose hacia el pupitre, mientras Ricardo volvía a sentir por segunda vez un arrebato de calor en las orejas.

—¿Nos vamos a quedar siempre en esta escuela? Es que a mí me gusta más que estemos así, todos juntos —dijo la niña poniéndose en pie.

Si las miradas hubiesen tenido el don de derretir cuerpos en los pupitres y borrar palabras del aire, muchos de los recientes compañeros de Manuela habrían hecho desaparecer a la chiquilla y al eco de su voz de pito, que por unos instantes, los mismos que se tomó la maestra para responder, siguió sobrevolando sobre sus cabezas.

—Así me gusta —dijo doña Aurora, al tiempo que le atusaba la raya y el nacimiento del flequillo, rubio como la paja—. ¿Cómo te llamas?

—Manuela González Molina, para servir a Dios y a usted.

—Puedes sentarte —añadió la maestra mientras se dirigía a la pizarra.

Y enseguida, tomando como punto de partida la pregunta de la niña, comenzó a explicarles lo que había detrás de aquella palabra tan rara que llamaba la atención de todos desde el encerado, y con la que ninguno se había topado antes; ni escrita en el catón ni en boca de los maestros ni en su casa ni en la calle.

—Sabéis que desde hace unos meses han cambiado muchas cosas en España. El rey ya no está, y tenemos un presidente de la República que se llama don Manuel Azaña —explicó señalando al hombre de las gafas redondas—. Y este hombre quiere cambiar muchas cosas en la escuela.

Instintivamente todas las miradas gatearon por la pared del aula hasta el retrato del hombre con gafas redondas que ahora ocupaba el lugar del rey.

—Sí, ahí lo tenéis —continuó la maestra sin dejar de mirar el retrato—.

Desde el 14 de abril pasado España es una República, y tenemos una misma ley y unos mismos derechos para todos. Porque todos somos iguales, sin diferencias entre ricos y pobres, hombres o mujeres, niños o niñas. Y por eso, porque sois iguales, desde hoy vais a aprender juntos. Vais a jugar juntos. Os vais a educar juntos.

Unos la escuchaban con atención, otros bostezaban, alguno se rebullía en el banco de madera, y todos eran demasiado pequeños para comprender lo que la señorita Aurora se esforzaba en explicar.

Conocedora de que el tierno auditorio precisaba de más claridad para desentrañar la incomprendida nueva, doña Aurora echó mano de un ejemplo.

—¿Tienes hermanos, Manuela? —preguntó dirigiendo una mirada a la compañera de Ricardo.

—Sí, señorita. Somos cinco —recalcó con un gesto de su mano derecha abierta.

—Imagino, Manuela, que todas no seréis chicas.

—¡Claro que no! —replicó la niña con naturalidad—. Tengo tres hermanos y una hermana.

Ricardo seguía el interrogatorio un tanto desconcertado; molesto de que todas las miradas tuvieran como blanco el pupitre que, muy a su pesar, tendría que compartir desde ese día con la pelopaja, el mote que, desde ese día también, los chicos de la clase adjudicaron a Manuela.

—Tres chicos y dos chicas —repitió la maestra—. Y dinos, Manuela: ¿os sentáis juntos a la mesa?

Los ojos de Manuela se abrieron con desmesura, ante la inesperada pregunta que no acertaba muy bien a entender y, como no tenía pelos en la lengua, quiso tener clara la intención de la señorita Aurora antes de aventurarse a responder.

—¿Quiere usted decir que si nuestra madre y nuestro padre comen al mismo tiempo que mis hermanos y yo?

Quizás fuese el tono desenvuelto de la chiquilla, o tal vez la naturalidad con la que se enfrentaba a la mezclanza recién estrenada de faldas y pantalones, lo cierto fue que el aire del aula recogió una carcajada unívoca, a la que acompañó Ricardo con una mueca de fastidio. Como no le apartaran pronto de semejante parlanchina, sus orejas comenzarían a echar humo en cualquier momento.

—Quiero decir —aclaró sonriente la maestra, al tiempo que reclamaba silencio llevándose el dedo índice a la boca— que si tenéis una mesa para los

niños y otra distinta para las niñas.

—¡Pues claro que no! En la huerta mi padre tiene un tablero grande *pegao* a la pared de la cocina. Arrimamos las banquetas cuando mi madre dice que a comer, y ahí cabemos todos.

—Tú lo has dicho, Manuela. Si las personas, hombres o mujeres, niñas o niños, convivimos juntas en la familia, lo natural es que aprendamos juntas.

La maestra recorrió con la mirada a sus nuevos discípulos y, aprovechando la explicación de la niña, repitió con entusiasmo:

—Aquí, en la escuela, también cabemos todos; lo mismo que en la mesa de Manuela. Sin necesidad de separarnos, niños y niñas juntos, podemos leer, señalar el río Tajo en el mapa, hacer cuentas en la pizarra, conocer nuestra historia... Por eso, desde hoy, compartiréis pupitres, pasillos y patio. La educación será la misma para todos, porque todos, ya os lo dije antes, somos iguales, y esta idea tenemos que tenerla muy clarita desde la escuela.

La niebla, que ha crecido con la oscuridad, gatea por las paredes de la calle Saint Denis y se pega a los cristales. En la pequeña estancia huele a humedad, a recuerdos rancios, a flores secas en el pelo de Manuela, amarillo como la paja; a inocencia antigua, guardada entre el pupitre, la tinta azul y los plumieres compartidos. Y entre el frío emerge de la memoria aquella sensación desconocida que más tarde, cuando volvieron a apartarlos, comenzó a crecerle en el estómago como una planta extraña cada vez que se cruzaba a la entrada o a la salida de la escuela con Manuela González Molina, y ella, con solo mirarle, enrojecía tanto que su cara se tornaba un ascua candente a punto de prender la paja de su pelo.

Los labios de Ricardo, hundidos por el tiempo, se distienden en una mueca que pretende acercarse a una sonrisa, y la noche recoge los hilos de su pensamiento, casi audible entre la oscuridad cerrada; desde hace demasiados años compañera inseparable de sus horas.

Duró poco la buena idea de compartir pupitres que con tanto empeño intentaba hacernos entender aquel día doña Aurora, echando mano de aquella palabra tan rara que no paraba de repetir, y que en la vida habíamos escuchado pronunciar ninguno de los presentes.

En un soplo llegó noviembre del 33, que fue en ese mes, el 19 para más

señas, cuando Lerroux y los católicos de la CEDA se juntaron y pusieron el gobierno en manos de la derecha. No sé las veces que nos lo repetiría a mi hermano y a mí la abuela Crisanta cuando por aquellos días fuimos a visitarla al pueblo, aunque entonces ninguno de los dos pudiéramos entender el alcance de sus palabras.

—Esta tropa de la CEDA no le tiene ley a la República, hijos —nos decía con el ceño fruncido—; nunca fueron republicanos de verdad, así que me barrunto que se van a dar buena prisa en poner patas arriba las cosas que don Manuel Azaña ha puesto en marcha. Tiempo al tiempo; quiera Dios que me equivoque.

Poco entendíamos entonces de lo que mi abuela nos quería decir, aunque por desgracia, tres años más tarde, con mi padre en el frente, y las noticias que revoloteaban como cuervos de boca en boca anunciando muertes tempranas, empezábamos a darnos cuenta del alcance de sus sabias palabras, y a sufrir en nuestras carnes las consecuencias de tanto desatino.

Y en aquel invierno del 33, con las elecciones todavía recientes que habían puesto la República en manos de Lerroux, cuando nos dieron las vacaciones de navidad, Carlos y yo nos fuimos al pueblo a pasarlas con la familia.

Recuerdo que mi abuela Crisanta nos seguía hablando por las noches al amor de la lumbre del desastre que se nos venía encima. En la fogata nunca faltaban dos nochebuenos de encina bien gordos y secos que no paraban de chisporrotear, y que nosotros, acostumbrados al brasero de picón, atizador en mano convertíamos en una fiesta, más interesados en apagar las centellas que nos caían en los pantalones que en la quema que se avecinaba en España.

—Hijos, esta ha sido la primera vez que las mujeres hemos ido a votar. Aunque parezca mentira, de lo nerviosa que me puse me empezó a rehilar el pulso y no atinaba con la dichosa ranura...

Nosotros tampoco atinábamos a dirigir hacia otro lado las chispas que se empeñaban en agujerearnos la ropa.

—Anda que no hemos peleao lo nuestro la maestra y yo... Sí, doña Luz; ya la conocéis, que fuimos hablando las dos con unas y con otras, aquí en el pueblo, para que ninguna votara al tuntún y se pensarán bien las cosas, y no parábamos de repetirles que en la República había más bandos que colores tenía su bandera, y que lo que unos estaban haciendo de bueno, los otros

podían echarlo abajo en un día si se les daba ocasión.

Aunque no la entendiéramos, ella seguía, erre que erre, con entusiasmo y coraje. Con las ideas firmes. Sin concederse tregua. Con los ojos brillantes y la cara encendida; tanto como la lumbre que ardía en la piedra del humero.

Y moviendo la cabeza, como si le hubieran arrancado de las manos las flores del 14 de abril, dijo con abatimiento:

—¡Una lástima, hijos! Si en las izquierdas hubiéramos ido todos a una, como ha pasao con las derechas, otro gallo nos cantaría.

Dicho esto, se levantó del poyo, chasqueó los dedos y dijo:

—¡Vamos, mozos! Que ya entra el relente por las rendijas de la puerta y hay que irse a acostar.

Cuánta razón tenía mi abuela en sus augurios. En dos años, aquella tropa de Lerroux echó abajo las reformas que se habían puesto en marcha. Y de ese modo, se devolvieron las tierras a los terratenientes y al clero sus riquezas, los curas volvieron a cobrar del gobierno, los jornales se rebajaron a tres pesetas por día, y la puta miseria creció en el campo y en las ciudades, con el abono peligroso del hambre y del odio.

Y no sólo eso, la señorita Aurora y tantos maestros como ella hubieron de guardar en el trastero, con los cachivaches que ya no servían, aquella palabra tan rara que estrenamos una mañana, acompañada de las novedades que escondía tras de sí.

Y mi pupitre y yo echamos de menos muchos días los movimientos de ardilla de Manuela; su voz de cristal; los brillos azules de aquella mirada que se encendía cada vez que doña Aurora nos daba lección, encandilada por ese afán suyo de conocerlo todo.

Así, desde el día en que nos apartaron de nuevo, las muchachas a un lado y los muchachos al otro, tuve que conformarme con mirar a Manuela González Molina cuando se cruzaba conmigo a la entrada. O cuando la veía en el patio desde la ventana, cumpliendo algún mandado de su maestra.

Dos años más tarde, una mañana de abril del 35, me di cuenta de que mi antigua compañera había espigado. Seguía luciendo su pelo de paja y peinaba las mismas trenzas en rodete, pero ya empezaba a apuntarle el fruto por debajo de la blusa. Y a mí, al verla caminar hacia la puerta, volvieron a arderme las orejas, y sentí revolotear por el estómago todas las mariposas de

la primavera.

Es un milagro la memoria. Esta idea salvadora, como tantas otras veces, viene a rescatar a Ricardo del pozo donde se estanca su soledad; del abatimiento que le produce la falta de bríos, ese desgaste del cuerpo que le impide gobernarse en su casa sin ayuda ajena; de la pérdida de precisión de sus manos, que le niega el placer de seguir transformando en belleza la fealdad del mundo. De la imposibilidad de mover hacia atrás los relojes de su tiempo; un tiempo preservado en el recuerdo, que acabará, quién sabe si en unos meses o en unos días, con los resquicios de vida que aún conserva en el corazón y en la cabeza.

Por más que se empeñen los relojes de Nuestra Señora y de la Catedral en repetir con periódica exactitud sus duetos metálicos sobre las nubes que arrojan los tejados, el sueño no quiere acudir a sus ojos. O quizás sea él quien de forma inconsciente se niega a perder el hilo de las evocaciones que todavía le atan a este mundo. Él y nadie más, quien busca en la vigilia esas imágenes prendidas a su cabeza, mosaicos gastados por las pisadas de sus idas y venidas al pasado; anclas que le sujetan a un tiempo vivido e irreversible: a su tierra lejana, a sus raíces, al pueblo de sus ancestros; a los veranos de la niñez y las travesuras. A los aires de libertad que apenas pudieron respirarse; a unos labios cuya impresión ninguna mujer, ni siquiera Michèlle, fue capaz de hacerle olvidar aunque ella nunca pudiera sospecharlo.

Ricardo tenía diecisiete años cuando a finales de agosto de 1941 su padre decidió llevar a término la idea que durante meses le anduvo rondando por la cabeza, sin que se atreviera a ponerle palabras hasta aquella noche en la que, desde la habitación donde Carlos y él dormían, escucharon la voz de su progenitor, quien en tono bajo pero audible hacía partícipe a su mujer de la decisión que acababa de tomar.

—Nos vamos de aquí, Pilar... Me han dicho que salen barcos desde Las Vascongadas cuando reúnen gente.

—¿Por qué no aguardamos un poco más, Rogelio? Hay que echar tierra sobre los malos tiempos —se empeñaba ella en un intento vano de hacerle olvidar los horrores de la guerra.

—Me conoces de sobra, y de sobra sabes que no soy yo de esos que

agachan la cerviz y se comen las palabras.

—Muchas veces nos toca tragar sapos y culebras, como decía mi madre que en gloria esté. Si no lo hacemos por nosotros, vamos a hacerlo por ellos... por nuestros hijos, que ya es hora de que vivan en paz.

—¿Por nuestros hijos? —repitió Rogelio levantando la voz—. ¿Es que no te das cuenta de que es por ellos por quienes lo hago? No quiero que vivan en una España en la que el miedo corre por las calles a sus anchas; en la que se sigue dando el paseíllo a quienes se atreven a pronunciar siquiera la palabra libertad. Eres mujer sensata, Pilar, y sabes que tengo razón en lo que te digo. La cárcel de fuera es mucho peor que la de dentro.

Los dos hermanos, sobrecogidos por las palabras de su padre, aguzaban los oídos con el cuello estirado sobre la almohada, al tiempo que sentían en el pecho los golpes acelerados de unos corazones jóvenes que, por primera vez en su vida, presentían, antes que sus cabezas, las renunciadas a las que tendrían que enfrentarse, si es que su madre no lograba que su padre entrara en razón.

Pero Rogelio, sin concederse respiro, no paraba de añadir razones a la oscuridad de la noche, que alumbraba con mil soles la firme e irrevocable decisión que había tomado.

—Sabes que en la cárcel me trataron como a un criminal. Aguanté el hambre y los piojos que me comían la cabeza. Estuve a punto de que se me parara el corazón muchas mañanas, cuando oía pasos y llaves alrededor de la celda... Pero lo peor de la cárcel, Pilar, era que entre aquellos barrotes me tenían presa la esperanza en un mañana. Y cada minuto de cada día la cárcel iba acabando con mis ansias de vivir con vosotros una vida más justa, libres y en paz...

Y ella, que se resistía a lo inevitable, se agarraba al último resquicio.

—La cárcel pasó y no va a volver. Nuestra vida está aquí. Aquí tenemos nuestras raíces... la familia, tu madre, tu padre, que ya tiene una edad... Tu hermana Inés, que tampoco sabemos nadie hasta cuándo va a aguantar su corazón... Y nuestros dos hijos, que son lo más importante que tenemos. El tiempo todo lo cura, Rogelio. La inquina y la venganza se quedarán atrás... Olvidaremos la maldita guerra... Volverás al taller de Ruiz de Luna, que tú eres un artista de verdad, y de sobra lo conoce y lo aprecia él. Vendrán días mejores. Ten confianza y espera... Y has de ver como tengo razón.

Después de una pausa, la voz de su padre sonó rotunda en la noche. Como un relámpago que viniera a arrojar luz sobre cualquier atisbo de duda.

—Si nos quedamos, las cadenas de aquí afuera acabarán por ahogarme

más que las de dentro, que no hay peor cárcel para un hombre que la del pensamiento.

No hubo más palabras después de aquellas. Y esa noche Ricardo se durmió con un nudo en el estómago y la imagen en la cabeza de una mocita, vivaracha y espigada, a quien empezaba a crecerle la misma cabellera sedosa y rubia que tanto llamara su atención aquel primer día en el pupitre compartido. Y no es que ella hubiera decidido cortarse el pelo. Una mañana de enero de 1939, los rebeldes, que ya presentían cercana la victoria, como hicieran tantas veces con otras mujeres a lo largo de la contienda, le habían mutilado sus dos trenzas. Al apuntar el día irrumpieron en la huerta y le cortaron el pelo al rape, lo mismo que a su madre y a su hermana, para castigarlas por las culpas de un padre y un marido republicano, prisionero en la cárcel de Toledo y a la espera de sentencia.

Y las pesadillas de Ricardo, entre la brevedad de un sueño interrumpido, recrearon esa noche las imágenes que presenciara de lejos aquel día de invierno, mientras apretaba los dientes y se clavaba las uñas en las palmas de las manos hasta pintarle la sangre, al tiempo que agradecía a la niebla tupida que se hubiera levantado tan temprano del río Tajo. Era como si el cielo se hubiese convertido en una cortina benevolente para envolver la vergüenza y las lágrimas de Manuela, mientras el pelotón la obligaba a pasear su cabeza rapada por los jardines del Prado; por las calles de Cererías y San Francisco hasta la Plaza del Reloj, en medio de un grupo de mujeres, silenciosas unas, enfurecidas otras, humilladas todas, a las que exhibían como a animales marcados para escarmiento de la ciudad.

Al apuntar el día que siguiera a la conversación de sus padres, su primer pensamiento fue para Manuela. Tenía que verla cuanto antes. Hablarle de lo que había escuchado de boca de su padre la noche anterior.

Ese día los cuatro se sentaron a la mesa cabizbajos y comieron sin decir palabra, aunque en el aire ya se respiraba la angustia de la inminente partida. Cuando su madre hubo recogido la mesa, como hacía otras veces, Ricardo pidió permiso a su padre para coger la bicicleta. Salió de la casa como una exhalación, atravesó la ciudad y se internó por el camino que conducía hasta la huerta donde vivía Manuela con su madre y sus hermanos intentando sobrevivir a la miseria, bien cumplidos ya los dos años sin la presencia del padre en la casa.

No era la primera vez que iba a encontrarse con Manuela entre los almendros, ahora cuajados de fruto, que crecían en un terreno situado a unos trescientos metros por la espalda de la casa.

La costumbre de estas visitas se había convertido desde hacía meses en una cita secreta. No importaba si uno de los dos no podía acudir; así lo tenían acordado. Aquel que llegaba primero, semioculto entre los troncos grisáceos, oteaba los caminos, aguardaba un tiempo razonable y, cuando divisaba al otro, sentía en la sangre golpes de contento.

En esta ocasión fue Ricardo quien se adelantó. Recostó la bicicleta en el suelo y buscó acomodo en el eriazo pedregoso y endurecido, sin perder de vista la vereda por la que aparecería Manuela.

Al distinguir sus movimientos, esta vez los golpes de su pulso no fueron de alegría. En la medida en que la muchacha acertaba distancias, lo primero que percibió Ricardo fueron los destellos del mediodía en su cabello pajizo, cuyo brillo se le antojó más poderoso aún que el sol de agosto que alumbraba sus pasos.

Ya estaba cerca. Sin embargo, él permanecía quieto junto al almendro. Sin atreverse a dar un paso hacia ella. Convertido en un mojón de piedra; uno más de los que abundaban en el entorno separando lindes o marcando caminos.

—¡Rícar! —le dijo extrañada cuando hubo llegado a su altura.

A Manuela le gustaba partirle el nombre. Ella era la única persona que le llamaba de ese modo, y a Ricardo no le importaba ser único en sus labios. Pero seguía callado. Sin atreverse a decir nada. Porque nada hubiera querido decir de aquello que desde la noche anterior le torturaba la cabeza y le apretaba el pecho.

Ella, sin embargo, le miraba de frente y le crecían los ojos, lagos azules bordeados de seda, que se prendían a los de él buscando la explicación a su retraimiento.

—¿Qué te pasa, Ricardo? Y no vayas a decirme que nada. Te conozco de sobra, y me barrunto que algo malo guardas en la mollera.

En su pregunta había recelo. Tal vez temor. A sus diecisiete años, la dureza de la guerra y la cárcel de su padre la habían hecho madurar demasiado deprisa.

Ricardo la miraba embelesado. Vestía una falda azul de vuelo hasta la rodilla, una camisa blanca de manga corta con bodoques perforados por los que se adivinaban las enaguas, y calzaba unas zapatillas atadas con cintas

hasta media pierna también blancas. El pelo, suelto y brillante, se lo había ahuecado en la parte superior de la cabeza prendiéndolo con varias horquillas, y cuando hablaba, la corta melena que se esforzaba en crecer se movía al compás de sus gestos y le rozaba los hombros.

—A ver si lo que te pasa es que no te gusta cómo voy peinada. A mí tampoco mucho, no te vayas a creer... Que bien que echo de menos mis dos trenzas, pero como dice mi madre el pelo crece, así que no voy a apurarme por eso. Además, por si no te has *fijao*, ahora se estila peinarse así; con un tupé aquí arriba...

Ricardo la escuchaba hechizado. La contemplaba con el mismo arrobó que si se le hubiera aparecido una de aquellas hadas buenas de los cuentos que por las noches les contaba su madre de niños. Manuela era un primor. Su voz, la misma que tanto le molestara aquella mañana en que se sentaron por primera vez juntos en la escuela, le parecía ahora de seda. Sus palabras, como siempre ligeras y atropelladas, eran lluvia clara que acudía a limpiar las nubes de sus oscuros pensamientos. Y su pelo de paja, una incitación irresistible al alcance de la mano.

—Me gusta mucho, Manuela; estás muy guapa peinada así... —se atrevió a decir por toda respuesta.

Se acercó a ella y le pasó los dedos por la frente. Luego, ascendieron temerosos hasta el tupé que refulgía más que el sol en el cielo, y lo repasaron con suavidad, sin apenas rozarlo.

Ricardo nunca había acariciado el pelo a Manuela, aunque alguna vez le habían entrado ganas. A lo más, desde que se encontraban en secreto detrás de la casa, le había robado algún beso en la mejilla al despedirse, después de aquellas conversaciones en las que hablaban de los años infantiles, tan distintos a los que llegarían sin tardanza; de la señorita Aurora, de la guerra que los dejó medio huérfanos durante tres años, cuando los padres de ambos se alistaron en las milicias para luchar contra los fascistas.

Manuela se quedó en Talavera, rodando con su madre y sus hermanos de un sitio a otro para buscarse el pan y escapar del miedo. Él vivió la contienda en el pueblo de su abuela Crisanta, donde esta se los llevó a los tres al despuntar el alba, el mismo día en que su padre partía al frente para luchar contra los sublevados.

Nunca había sentido Manuela tan cerca la respiración de Ricardo. Quizás por esa razón, y en ese momento, percibió de forma casi material la honda preocupación que el muchacho albergaba. El halo de su tristeza.

Como si tuviera azogue, se apartó de él, tomó distancia de sus ojos y se le encaró con desparpajo buscándole la mirada.

—Ahora mismito me vas a decir qué te pasa, que si no, doy media vuelta y me voy por donde he *veníó*. Y no vayas a darme largas, que ya sabes que no me valen las medias palabras... Si es que has *quedao* con otra que te hace tilín, pues lo dices y listo, que conmigo estás *cumplío*.

Ricardo sintió deseos de apretarla fuerte, con un abrazo que jamás se borrara de su cuerpo por más distancias que llegaran a separarlos, pero sin quererlo se le adelantaron sus propias palabras.

—Nos vamos de España, Manuela —dijo con voz hueca, sin matices, tal vez para que ella no se percatara de la gravedad que ocultaban detrás.

—¿Pero qué dices? Tú desvarías... ¿Quién va a irse de España?

—Mi padre, mi madre, Carlos y yo —añadió sin mudar el tono, quizás con la intención de que aquella verdad que dolía tanto se trocara en mentira.

Manuela calló unos instantes, en los que se aplicó a buscar en la expresión de Ricardo alguna mueca de chanza que no acertó a encontrar; ni por asomo quería imaginarse lo que ya intuía como una sospecha.

—¿Quién te ha dicho semejante desatino? Tu padre está fuera de la cárcel y no tiene por qué escapar de los franquistas. ¿No ha *salío* ya en libertad? Pues entonces nada tiene que temer.

—Mi hermano y yo escuchamos cómo se lo decía a mi madre anoche... Después de acostarnos.

—No puede ser verdad. De seguro que era una de esas cosas que se piensan por las noches, a lo oscuro, y que luego con el sueño se te van de la cabeza y no vuelves a acordarte más.

—No, Manuela. Por más que mi madre le dio razones, mi padre dijo que estaba acordado y que no había vuelta atrás.

El arrullo de una pareja de palomas que revoloteaba entre los almendros rasgó por unos instantes el aire cálido y el silencio, que siguió envolviendo augurios compartidos, dudas y temores, bajo un sol casi tan fuerte como el lazo con el que los unía un sentimiento que el destino quería deshacer.

—¡Pero yo no quiero que te vayas! —dijo ella, en un tono de voz tan fuerte que hizo levantar el vuelo a las dos palomas cobijadas entre las ramas del almendro más corpulento y tupido, situado a escasos metros de donde se hallaban—. Si mi padre estuviera aquí, en nuestra casa —decía señalando el camino de la huerta—, no tendría la ocurrencia de irse lejos. Atendería las hortalizas, que él sí que entiende de eso, no como nosotros, y haría lo que

fuera para olvidarse de la guerra y de la cárcel. ¿Por qué tu padre no hace lo mismo? ¡Dímelo! ¡Dime por qué!

Sin poder contenerse, Manuela golpeaba en los hombros a Ricardo con los puños, como si fuera culpable de un futuro sin él; certeza que en ese momento comenzó a presentir.

Pero Ricardo tampoco tenía respuestas y ella seguía sin concederse tregua.

—Tu padre es un artista —siguió diciendo con la misma vehemencia—; no hay más que ver las cosas tan bonitas que hace con las manos. Y tu hermano y tú lo mismo. Volverá al taller de cerámica, ya lo verás. Y de seguro que los dos entráis a trabajar también con ese Ruiz de Luna. ¡Me lo has dicho muchas veces! No vayas a decir ahora que no era ese tu sueño.

Los brazos de Manuela se desplomaron como si fueran los de una muñeca. Él la rodeó por la cintura y se pegó a su cuerpo delgado y frágil de junco trémulo. Luego entreabrió la boca y rozó la de ella. A sus diecisiete años, Manuela recibió la caricia estremecida y huidiza. Ninguno de los dos sabía besar. Abandonaron sus labios en los del otro y se dejaron guiar por el instinto. Ricardo jugueteaba con los rebordes rosados y sumisos, que se ofrecían a su sed como un vaso de agua fresca. Con movimientos sabios, tiraba suavemente con su boca de la de ella y volvía a hundirse en abismos hasta entonces ignorados.

Ya no oían el zurear de las palomas. Ni sentían los rayos rigurosos del sol. Ni percibían las siluetas de los almendros. Los labios de Manuela sabían a pan blanco con azúcar, a uvas maduras y a miel.

Cinco campanadas, desprendidas en cabal coincidencia de los relojes de la Catedral de San Pedro y de Nuestra Señora la Grande, se llevan la placidez de un recuerdo que ha visitado muchas noches los rincones de su vigilia. Y desde la oscuridad, en la que se presiente el frío húmedo de la niebla, Ricardo conversará, hasta que le venza la fatiga, con el fantasma de Manuela, que desde aquel día se quedó a vivir con él «en la despensa del corazón por los restos», como decía su madre.

No vayas a creer, Manuela, que no se me pasó por la cabeza quedarme contigo en la huerta aquella tarde. Fugarme de mi casa, pedir cobijo en la tuya y poner mi voluntad y mis brazos al servicio de tu familia para remediar

de ese modo y en lo que estuviera en mi mano, la falta de tu padre. Pero entiende, mujer, que yo entonces, a mis diecisiete años, no tenía el coraje suficiente para llevar adelante una idea de tal peso. Tres noches anduve sin dormir (ya te lo conté el día en que nos encontramos en Talavera después de tantos años), dándole vueltas a la misma idea a ver si encontraba la manera de decírselo a mi madre, que ella me hubiera comprendido sin esfuerzo, y a lo mejor, aunque le partiera el alma venirse aquí a Francia sin mí, seguro que en su corazón, que bien grande lo tenía, hubiese hallado alguna solución para remediar mis males mucho mejor que la de poner media España y media Francia entre los dos... Y por si eso era poco, con los Pirineos de muralla, que no sólo eran montañas el doble de altas que las de Gredos, sino la raya que separaba la libertad de pensamiento de la cárcel en la que muchos tuvieron que condenar las palabras y la lucha. Allí parados y sin esperanza. En la dura resistencia. Entre el silencio y el miedo. Con los sueños de justicia hechos pedazos...

Ojalá esa tarde hubiéramos echado a andar los dos juntos con lo puesto, aún con el dulce en los labios de aquellos besos que nos supieron a gloria entre los almendros, cuando las palomas se arrullaban sin parar lo mismo que nosotros.

Este pensamiento me ha acompañado siempre, Manuela, aunque de sobra sé que, de haberlo llevado a término, la guardia civil nos hubiera echado el guante sin tardanza, y sin más remedio para los dos que deshacer el hatillo, el camino y las ilusiones...

Estoy viejo, Manuela, muy viejo. De un tiempo a esta parte me cansa hasta pensar... Y lo peor de todo es que las noches de Poitiers son cada vez más frías... Y más largas...

¡Ven acá! Acércate a mis rodillas... Tengo frío... Es esta maldita niebla que se mete hasta el tuétano de los huesos... No quiero que las claras del día y Madeleine me encuentren con los ojos abiertos...

Si me dices que vas a acudir a mi sueño, ahora mismo me duermo... Ma...nue...la...

Sí, eso también me lo ha contado alguna vez, *monsieur* Coruvo. Pero no se preocupe; si le hace bien a usted, a mí no me importa *écouter encore* (*escuchar de nuevo*) la historia de la guerra española —le dice Madeleine con voz amable, mientras se ocupa en pasar el plumero por los sólidos muebles de roble con detalles zoomorfos en las puertas, tallados hace décadas por las manos de Ricardo, cuando la gubia se doblegaba a su cabeza para reproducir las hermosas figuraciones creadas por su talento de artista.

Ricardo la mira y mueve la cabeza. Entiende que a la joven poitevina no le va ni le viene el devaneo de su cabeza. Lo que sucede es que, en la pasada noche, las evocaciones de su juventud, unidas a la invocación del recuerdo de Manuela, trajeron consigo tres horas escasas de sueño preñadas de imágenes de aquellos años de renuncias y pérdidas, de confusión y miedo, y no es capaz de arrancárselas del pensamiento.

—Tú a lo tuyo y yo a lo mío, mujer, que *je n'ai pas réussi à dormir cette nuit-là...*

—Dígamelo en español, señor Coruvo, que me gusta a mí eso que dice siempre de los ojos pegados.

—*Si tu me le permets*, es justamente al revés, Madeleine... Pues eso, que no he pegado ojo en toda la noche.

—*Est-ce que vous avez eu mal aux os?*

—No me han dolido los huesos... Es el pensamiento el que no deja de dolerme, ya lo sabes.

—Vamos, no sea usted *geignard*, o *quejador*, o como se diga en su lengua, que está usted mejor que los años que tiene.

A Ricardo le hace gracia el español de Madeleine. Según le ha contado, lo aprendió en un hotel de la Costa Brava, donde trabajó seis meses cuando aún no había conocido al padre de sus hijos. Pero no quiere molestarla ni hacerle perder el tiempo con sus cuitas, razón por la que decide zanjar la conversación con una media verdad y una media sonrisa.

—Mientras que tú vas haciendo las tareas de la casa, yo voy a intentar dormirme un rato; ya sabes que aquí en el sillón me alimenta el doble.

Ella asiente con la cabeza y sonrío también. No ha entendido eso del

doble alimento, pero aunque suscitan su interés las enrevesadas expresiones del viejo artista, no tiene tiempo para ampliar su español. Le han salido unas horas por la tarde en otra casa del centro, y ha de espabilarse si quiere descansar un rato en la suya propia, una pequeña huerta al otro lado del río Boivre que perteneció a sus abuelos.

Madeleine no deja de pensar en sus dos pequeños, a cargo de su madre todo el día, y siente no poder ocuparse de su cuidado. Sólo cuentan con la paga de viudedad de la abuela. El padre de sus hijos ni siquiera puede pasarles la pensión de alimentos. Lleva nueve años en paro, malviviendo de chapuzas, desde que Michelín echó el cierre en Poitiers a la fábrica de neumáticos para furgonetas donde trabajaba, y los directivos de la empresa decidieron trasladar la producción a la factoría de Tours.

Con este panorama, las casas son su único asidero, piensa Madeleine mientras termina de limpiar las esfinges enfrentadas que coronan los respaldos acolchados de las sillas.

—Voy a limpiar de los cristales el humo que se ha pegado de los coches. Esta niebla lo ensucia todo. ¿Le molesta que abra la ventana *un moment, monsieur Coruvo*? —pregunta la joven dirigiendo una mirada al sillón.

Pero Ricardo no contesta. Con los ojos y los oídos cerrados, su consciencia se ha evadido hasta el puente del río Tajo a su paso por Talavera. Finalizaba el mes de agosto del año 1936. La ciudad estaba a punto de caer en manos de las tropas de Franco, y su padre se había alistado en el frente para luchar en el bando republicano. A esa hora temprana, los primeros rayos de sol resbalaban por la superficie de las aguas desprendiendo brillos azulados. Los cuatro, su abuela Crisanta, su madre, Carlos y él, guardaban todavía caliente el abrazo de despedida, y las dos mujeres caminaban con el miedo en el corazón de que pudiera ser el último. Ellos, a lomos de la caballería, no podían imaginar entonces el alcance de aquel viaje que los alejaba de su casa y de su padre. Mucho menos que no volverían a saber de él en casi tres años, y eso para volver a perderlo de nuevo en las oscuridades de la mal llamada victoria, cuando los que se hacían llamar *vencedores* le encerraron en la cárcel de Ocaña como si de un criminal se tratara.

Mientras los dos hermanos, con las piernas colgando por cada lado de los flancos, dejaban balancear su cuerpo y su confusión a lomos del animal, su madre y su abuela Crisanta no dejaban de murmurar.

—Sepa usted, y no le moleste que se lo diga, que este viaje lo hago en

contra de lo que me dice el corazón —argumentaba su madre llevándose las dos manos al pecho—. Ya se lo dije con su hijo delante, pero ninguno de los dos, ni usted ni él, han hecho caso a mis razones.

—La razón ahora es que hay que salvar el pellejo, y no nos queda otra que poner tierra por medio.

—Pero Rogelio se queda aquí, y por eso mi sitio no puede ser otro que este; el número 8 de la Plaza de San Miguel. Ahí es donde he de estar, en nuestra casa, a la espera de noticias del frente, y correr al lado de mi marido si fuera preciso.

—No sabes lo que estás diciendo, hija. ¿Acaso se te va de la cabeza lo que han hecho en Badajoz? Es cosa de horas que las tropas de Franco entren en Talavera, y eso Rogelio lo sabe bien, de modo que no podemos colocarnos una venda en los ojos como si nada fuera a pasar, conociendo las dos que la vida de vuestros hijos aquí en Talavera corre peligro.

—¿Y quién le dice a usted que en el pueblo estarán a salvo?

—El corazón y los años me lo dicen, Pilar, que Torrecilla por más que sea zona republicana, no es plaza apetitosa *pa* que los franquistas se pongan allí con los fusiles a pegar tiros... Somos cuatro gatos y no valemos *pa* ellos el coste de la pólvora, hazme caso, mujer, que sé lo que me digo.

—¿Y por qué no le ha dicho usted a su hijo que se viniera con nosotros a lo seguro?

Su abuela Crisanta se quedó callada unos instantes, como si buscara las palabras apropiadas para suavizar el dolor, no exento de reproches, que expresaba la pregunta de su madre. Tanto le impresionó a Ricardo la respuesta de su abuela que puede reproducirla en su cabeza del mismo modo que si de nuevo estuviera viviendo aquel momento.

—Mi hijo es un hombre de bien que tiene la cabeza en su sitio (mal andaríamos si a estas alturas tuviera que hacer caso de su madre), y aunque a esta vieja se le parta el alma, sabe de sobra que de nada iba a servir la intentona de sacarle de la mollera la decisión que ha *tomao*, que no es otra que defender la justicia y el porvenir de estos dos —dijo señalándolos con el dedo—. Y no vayas a pensar que no me pidió el corazón quitarle la idea cuando el hijo de Antolín, el molinero, me trajo antier una esquila de su puño y letra con la mala nueva de que iba a alistarse en el frente. Si no llego a venir ayer tarde con la caballería a recogeros, él mismo hubiera *echao* a andar con el alba, Sangrera arriba hasta el pueblo con vosotros por delante, que si no crees lo que digo, aquí tienes el papel donde lo pone bien clarito —concluyó

echando mano de la faltriquera.

A su madre le temblaban las manos cuando deshacía las dobleces del papel. Lo mismo que las palabras, cuando leía en voz alta el contenido de la escueta misiva:

«Madre, dicen que los fascistas se están acercando a Talavera. Me he alistado en las milicias, pero no tenga cuidado, que no va a pasarme nada malo. Y por los mozos y Pilar tampoco se preocupe, que un día de estos los acerco río arriba hasta el pueblo, para que se queden con padre y con usted mientras esto dure, que allí están más seguros. Un abrazo para Inés, y todo el cariño de este que siempre los lleva en el corazón».

Sin decir palabra y sin poder sujetar las lágrimas que rodaban mudas por su cara, Pilar devolvió el papel a su suegra, quien después de plegarlo con cariño, tal que si de una valiosa reliquia se tratase, lo guardó de nuevo en la faltriquera. Hecho esto, con el dorso de la mano derecha se apresuró a desviar una lágrima delatora de su hondo sentir, al tiempo que añadía resoluta:

—Con que aquí estoy cumpliendo con su voluntad, llevándome a mi familia conmigo adonde sé que va a correr menos peligro.

A Pilar no le dio tiempo a articular siquiera una disculpa. Llegaban a la salida del puente cuando uno de los dos guardias de asalto allí apostados, a fin de controlar las entradas y salidas de la ciudad, les echó el alto.

Su hermano Carlos, quien como era costumbre y por el privilegio de haber nacido antes que él siempre le quitaba la delantera, tiró del ramal con prontitud, pero la burra cabeceó con insistencia resistiéndose a detener el paso. De inmediato, un so rotundo de su abuela amansó la tozudez del animal, poco ducho en atravesar ciudades, y menos aún en recibir un alto de guardia. En ese instante, su hermano y él hubiesen deseado cambiarla por la yegua torda, más hecha a su mano después de las muchas hazañas compartidas en puentes y barrancas.

—Buenos días. Los papeles —dijo el guardia con cara de preocupación.

—Muy buenos los tenga usted, joven. ¿Es que ya no se acuerda de nuestra plática de ayer? Me salió al paso por la tarde, cuando entraba yo en Talavera, justamente pasando por la misma puerta de la Colegial, que usted me pidió los papeles y yo le enseñé el salvoconducto con la rúbrica de don Manuel Azaña. ¡Aquí lo tiene!

El hombre se llevó la mano a la gorra de plato, deslizó la vista por el

documento y saludó a Crisanta con una sonrisa.

—Mil perdones, señora. Distraído por la compañía, no había reparado en su persona —decía el guardia en tono amable y respetuoso—. Pero bien que me acuerdo de su salvoconducto. No muchos pueden enorgullecerse como usted de llevar en la mano el permiso del mismo Presidente del Gobierno de la República.

Ninguno de los dos muchachos podía entender las atenciones del guardia con su abuela, mientras no paraban de admirar su flamante gorra de plato, su correón, su uniforme ajustado con abotonaduras y la pistola enfundada a su derecha.

—En alta estima tengo yo a un hombre tan principal —explicaba su abuela—, que a lo primero de la República, sepa usted que pasó un día por nuestro pueblo y se sentó a mi mesa, y yo le obsequié con un guiso bien gustoso, hecho con el mejor gallo del corral.

—Crea usted que la envidia, doña Crisanta. Eso sí que es un honor —comentó el joven guardia—. Y hace usted bien en salir a escape de Talavera. Los moros suben aprisa Tajo arriba, y es cosa de horas que las tropas de Franco lleguen hasta aquí.

—¡Dios no lo quiera, joven! —exclamó su abuela santiguándose—, que mi hijo será uno de los muchos que habrán de parar la intentona —añadió al tiempo que con un gesto presentaba a su familia.

El guardia dirigió una mirada de reconocimiento a la compañía de tan valiente mujer.

—Su nuera y sus nietos, ¿verdad?

Las dos asintieron con la cabeza. Su abuela apretando los dientes con coraje; su madre sin poder poner diques a la angustia que se precipitaba a torrentes por la cara. Ni siquiera podía detenerla la presencia de sus dos hijos, quienes ya empezaban a percibir la gravedad de los días que se avecinaban; de las duras experiencias que le esperaban a su padre. Lo mismo que a tantos talaveranos, hombres y mujeres, chicos y grandes, que habrían de enfrentarse en pocas horas a la muerte y a la barbarie.

Las estridencias provocadas por los movimientos apresurados de Madeleine en la cocina llegan a los oídos del anciano y se imponen a las imágenes del ayer. Abre los ojos con pereza. No tiene que esforzarse para percibir los efluvios del puré de verduras y jamón que ascienden de la

cacerola y se extienden por la casa. «Cocina bien esta muchacha», piensa Ricardo mientras abre con desgana los ojos tras ser arrancado de las fauces del recuerdo. «Lástima que mis tragaderas ya no sepan distinguir entre una pularda y un tasajo de caballo».

Como un torbellino, Madeleine irrumpe en la estancia limpiándose las manos en el delantal, gesto que a Ricardo le hace evocar la imagen que guarda de su madre; de la Pilar de aquellos años felices en los que las sombras de la guerra no oscurecían su casa. La que movía los pies deprisa sobre el pedal de hierro en la máquina de coser, aquel mecanismo endiablado que era capaz de convertir pedazos de tela en pantalones, camisas o banderas; aquel artilugio que tenía pintado en la parte de arriba un extraño león con alas como los pájaros, y rostro y pechos de mujer.

—*Monsieur* Coruvo, en un momento yo le pongo su comida sobre la mesa.

Y él intenta un gesto de beneplácito con la cabeza mientras agradece con una sonrisa sesgada la estampa maternal que la joven acaba de regalarle sin saberlo.

El letargo que sigue a la comida, aun siendo esta ligera, suele vaciar de pensamientos la cabeza de Ricardo. Sin que sea consciente de ello, su corazón agradece el paréntesis del recuerdo y su espíritu reposa aliviado. Será sin embargo una tregua breve. Cada día, en cuanto su estómago digiere las cuatro cucharadas de sopa, de puré de legumbres o de consomé con yema de huevo que suele prepararle Madeleine, el hombre abre los ojos, y en pocos segundos el pasado acude con presteza a hacerle compañía.

Esta vez es el frío quien le devuelve la consciencia. El maldito frío que desde hace pocos días le cala hasta la médula. Y otra vez se refugia Ricardo en sus evocaciones, con la intención clara de mantenerse vivo reviviendo el ayer. Y así afronta la soledad tras la marcha de Madeleine otro día más.

Las primeras horas de la tarde las percibe el artista como una montaña de difícil acceso, no por conocida, menos escarpada y penosa de remontar. Y es que el tiempo discurre con lentitud cuando se repasan las líneas tantas veces leídas; los pasajes de la existencia que vuelven a doler en cada imagen, cuando el corazón bombea sangre bajo las cicatrices que dejaron en la piel del alma.

Y un día más retornan los años de la guerra que pasaron por Torrecilla de los Valles sin fusiles ni bombas, pero con la sombra de un padre ausente planeando cual abanto sobre sus cabezas, en la certidumbre de que estaba expuesto sin remedio al albur de cualquier bala enemiga capaz de arrebatarse la vida en aquella lucha interminable. Y eso, si es que no había caído muerto el día mismo en que las tropas de Franco tomaron Talavera.

De aquellos tres años interminables, Ricardo recuerda con especial dureza la angustia de los primeros días en el pueblo. Ni sus abuelos, ni siquiera su madre, se concedían el consuelo de gastar la pena con lamentos o con lágrimas. Por Carlos y por él, tan jóvenes entonces, por preservar de sufrimientos el corazón de su tía Inés, por no acrecentar sus temores acerca de la suerte que su padre pudiese haber corrido, los tres parecían haber hecho un pacto de silencio, y no expresaban con palabras, si su hermano y él estaban presentes, el desasosiego que se leía en sus rostros; el miedo a que

Rogelio pudiera haber perdido la vida en la reciente batalla librada en los cerros que rodeaban la ciudad.

Los dos hermanos, sin embargo, desde los primeros días también aprendieron a deslizarse por la casa con el mismo sigilo que habían aprendido de Michiño, el gato amarillento al que le gustaba restregar el lomo en los pantalones de pana de su abuelo Cayetano, cuando en la troje donde guardaban el grano acorralaba a cualquier ratón confiado hasta darle caza.

De ese modo, enseguida descubrirían que la habitación donde dormían su abuela Crisanta y su abuelo Cayetano, por ser la más escondida, debido a que para acceder a ella era preciso cruzar el comedor y luego el dormitorio que ocupaba su tía Inés, era el lugar de la casa elegido como más seguro para comentar los rumores que llegaban de Talavera, y sobre todo para desahogar las penas y ahuyentar los miedos.

Así, en el momento en que los hermanos recibían mediante un gesto de Crisanta la orden de entretener a Inés, a fin de preservar la fragilidad de su corazón enfermo de angustias y malos augurios (con estas palabras se lo advirtió a su llegada al pueblo en un aparte), uno de los dos se las apañaba para escabullirse hasta el sitio de privilegio que iba a permitirle conocer cuanto concernía a la guerra y a su padre: el hueco que quedaba entre el somier de la cama dorada de su tía y el suelo.

Allí, camuflado por la colcha blanca de flecos, con los oídos abiertos y la respiración contenida, esperaba el joven centinela las noticias que al parecer traía un tal Salustiano, el hombre que por las noches se ocupaba de portear a los derechistas desde el pueblo hasta Talavera, recién tomada ya por los rebeldes, quienes, tal como había vaticinado el guardia cuando atravesaban el puente, no tardaron en remontar el Tajo y ocupar la ciudad.

Las palabras llegaban a sus oídos con más o menos claridad, dependiendo de que la puerta estuviese encajada o no y del tono empleado por el conciliábulo.

Esta vez era Ricardo quien iba a ocuparse de la escucha, así que pegó el oído al ángulo de la cama más próximo a la puerta y esperó a que comenzaran a hablar.

—Diga usted sin rodeos lo que tenga que decir, abuela —oyó a su madre suplicar con la voz encogida por el miedo.

—Haz caso a Pilar y haznos saber lo que hayas atisbado por ahí, mujer, que cualquier cosa es mejor que esta zozobra en la que andamos viviendo —decía su abuelo Cayetano sacando fuerzas de la flaqueza de sus muchos años.

Y su abuela, más dura que el pedernal, como tantas veces oyera decir a Rogelio, su padre, cuando la recordaba en los años del forzoso exilio, comenzó a hablar con un deje en la voz en el que se adivinaba su preocupación, pero entera y segura.

—Razón tenía el guardia que nos echó el alto en el puente, hija, que a los tres días de salir nosotros de Talavera, cuenta Salustiano que los franquistas arremetieron con saña. Y por dos frentes nada menos...

—¿Qué es eso de dos frentes? —cortó su madre sin disimular la inquietud que se traslucía en sus palabras.

—Pues que a lo visto, el coronel Yagüe, que subió Tajo arriba con un batallón de hombres a su cargo, los dividió en dos hileras, y así llegaron hasta lo alto de los cerros donde aguardaban los nuestros, y atacaron a un tiempo hasta que consiguieron desperdigarlos.

—¡Maldita guerra! —imprecó su madre con rabia.

—¿Pero se sabe cuántos han caído en el encontronazo, mujer? —se atrevió a preguntar casi llorando la voz de su abuelo Cayetano, ya lenta y oscilante debido a la edad y al miedo.

—Eso no puede precisarse por ahora, así que tendremos que andar atentos al parte de la radio, si es que los nuestros pueden darlo, que de los números que cacarean los fascistas, mejor no hacer ni caso.

—Y de Rogelio, ¿cuándo podremos tener alguna noticia de nuestro hijo, mujer? ¿No sabrás alguna cosa que no nos quieras decir? —clamaba su abuelo con angustia.

—Templa, marido. No es ocasión de perder la entereza ahora, y menos las esperanzas, de modo que calla y escucha.

—Entienda usted que nos coma la desazón —mediaba su madre, a punto también de dejarse ganar por el llanto.

—Cuando unos pocos pierden el juicio, obligan a muchos a empuñar fusiles, y perdiendo la cordura, ni Dios puede remediar que corra la sangre por la tierra. Pero hay que confiar en el de arriba y en la buena estrella, de modo que aunque el *vendío* del Salustiano, que no le da *cuidao* ninguno jugarse la vida de noche por cuatro cuartos, no pare de llenarse la boca con que han caído por miles entre los barrancos y las lomas, yo siento aquí dentro que mi hijo está vivo. ¿Me estáis oyendo los dos? Y no me preguntéis por qué sí ni por qué no, que estas son cosas que se saben, y que sólo una madre las siente aquí —desde su escondrijo oía Ricardo la mano de su abuela golpearse el pecho—. Bien que lamento yo no disponer de mejores palabras

para haceros entender lo que para mí es más claro que la luz del día.

Los tres callaron unos instantes y entre el silencio, bajo la cama de pilares dorados, podían oírse también los golpes del corazón de Ricardo.

Fue su abuela Crisanta, tras haber logrado con su fortaleza contener el miedo del padre y de la esposa, quien prosiguió con el parte de guerra arrancado con maña a la mujer de Salustiano, el porteador de fascistas, como desde ese día comenzarían a nombrarle los dos.

—Me ha dicho la Felipa que los de Franco se apoderaron de seguida del campo de aviación, y también de la estación del ferrocarril, y que luego, como una exhalación, tomaron las calles principales de Talavera, con que eso es lo que allí os hubiera *esperao* a los muchachos y a ti si ese día os llegan a pillar por delante.

Ricardo percibió los suspiros de su madre, quien no pudo contener la desolación que las malas nuevas provocaban en su ánimo.

—¡Quiera Dios que Rogelio esté viendo ahora el sol que nos alumbra!

—Qué Él te escuche, hija —añadió el abuelo entre sollozos.

—Aquí, a desahogarse, pero antes de cruzar esa puerta que los lamentos y las lágrimas no salgan de esta sala, que ahí afuera no nos queda otra que aparentar entereza, conque ya está dicho.

—¿Y si lo que le dice el corazón no fuera otra cosa que su deseo de madre? ¿Y si Rogelio está herido sin auxilio en cualquier barranca? —oyó Ricardo la angustiada insistencia de su madre.

—No me cansaré de repetir mil veces que mi hijo vive, y eso es tan cierto como que el sol nos alumbra ahora mismo, de manera que a poner buena cara. Bien segura estoy de que Rogelio salió a escape por los cerros y salvó el pellejo, que es ágil como un gamo, no vayáis a decirme que no. Bien distinto sería que le hubieran *acorralao* por las calles, igual que a muchos que plantaron cara desde las esquinas o las ventanas de las casas, y así cayeron de seguida por las calles *acribillaos* a balazos, que dice el Salustiano que fueron pocos los que escaparon con vida del cerco de las tropas y que a eso de las dos, con el sol en mitad del cielo, la ocupación ya estaba hecha y estaba la calle Carnicerías *sembrá* de muertos, Dios los tenga en su gloria.

—Ahí fue donde cayeron los de mi tierra, ¿no es eso lo que me dijiste antes, mujer? —preguntó Cayetano tras una queja sonora en la que parecía escapársele el alma.

—Eso dice la Felipa, sí. A lo visto, una cuadrilla de segadores gallegos que andaban por esa calle cayó también *cosía* a tiros.

—Que Dios nos ampare... A nosotros, a nuestros hijos y a nuestros nietos. A todos los españoles de bien, tanto da si están en un bando o en el otro, que si esta guerra sigue no estaremos a salvo en parte ninguna — concluyó su abuelo con voz resignada.

—Que Dios le oiga, abuelo —apostilló su madre en un tono menguado por el desaliento, apenas audible por el joven vigía.

—Pues andando, que los de ahí afuera van a empezar a barruntarse algo malo, y mientras se pueda, mejor evitar pesadumbres.

Al tiempo que su abuela daba por terminada la secreta reunión, Ricardo se escabulló por debajo de la cama y de puntillas deshizo el camino con el mismo sigilo que lo había hecho.

Son incontables las veces que, como en este momento le ha sucedido, la memoria de Ricardo le conduce a repasar los detalles de las páginas oscuras escritas por la guerra; crudas lecciones que aprendería con dureza en los años tempranos de su existencia. Y como en tantas otras ocasiones, también ahora su pensamiento busca al hermano ausente, con el deseo ya imposible de recrear con él los pasajes de aquel tiempo de temores y luchas que condicionaría las vidas que vivieron después.

¿Te acuerdas, Carlos? Desde allí mismo, desde el parapeto que nos brindaba la cama de tía Inés, bien cubiertos por la colcha blanca de flecos, conocimos tú y yo las nuevas que llegaban de la zona nacional, como desde un principio dieron en nombrarla los insurrectos que habían arrebatado al pueblo el poder alcanzado en las urnas con el voto libre. Esos que se hacían llamar a sí mismos nacionales, «como si la nación fuera sólo suya», palabras que tantas veces escuchamos en boca de abuela Crisanta, en aquel tiempo de horror y de miedo; en aquellos años sin norte ni cordura.

Enseguida Salustiano llegó con el parte de que la derrota de los republicanos en Talavera había sido costosa, que entre muertos, heridos y prisioneros pasaban con creces de los mil hombres. Y a nosotros, hermano, no nos cabía el corazón en el pecho de angustia, tanto si tocaba escuchar la noticia desde la trinchera, acompañada por el llanto de nuestra madre, como si correspondía informar al otro en el taller situado en el segundo corral de la casa, donde hasta hacía bien poco habíamos visto a padre y a abuelo Cayetano con la maceta y el cincel en la mano trabajando la piedra, que entonces, vacío por la vejez de abuelo y por la maldita guerra, era el sitio al

que acudíamos los dos con disimulo en cuanto se presentaba ocasión, cosa que para no levantar sospechas no siempre ocurría de inmediato.

Todavía me acuerdo de que aquella tarde fuiste tú el encargado de la sigilosa escucha, así que tras la merienda, a un gesto tuyo, me dirigí al lugar convenido para que me pusieras al corriente.

Allí, sentados en los bloques de piedra que parecían estar aguardando las ganas de abuelo y la deseada vuelta de padre para tomar forma, volcamos, los dos a la par, las noticias y los temores.

—¿Han dicho algo de padre hoy? —te pregunté yo con la desazón de costumbre en la voz y en la cara.

—De padre nada, como siempre. Madre sólo sabe suspirar y llorar; lo mismo que abuelo Cayetano.

—¿Pero dónde está padre? ¿Se sabe algo de él? ¿Qué dice el hombre que va y viene a Talavera?

A ti no te gustaba que te hiciera tantas preguntas, y menos sobre padre, así que me cortabas rápido y de malos modos.

—Te he dicho que me dejes hablar, que eso es lo que hago yo cuando te toca a ti, conque abre las orejas y calla.

Y así fue como aquel día de septiembre me contaste que las cunetas de las carreteras que unían Talavera con los pueblos vecinos estaban llenas de muertos, y que las milicias de voluntarios, entre las que se encontraba nuestro padre, tenían poco que hacer contra las tropas de Franco, que estando estas más duchos en asuntos de combate, contaban además con los legionarios y los moros del ejército de África, y que esos sí que eran sanguinarios. De modo que a los nuestros, con ser más, no les había quedado otra que huir en retirada, y que estando las cosas como estaban, difícil iba a ser plantar cara a los fascistas.

Y a las preguntas que yo seguí repitiéndote pasando por alto tu desagrado, sobre si alguien había visto a nuestro padre en alguna parte, negaste con la cabeza y a punto estuve yo de echarme a llorar.

Lo que vino después no es que fuese más halagüeño. Me seguiste contando que un montón de falangistas canarios habían llegado a Talavera, y que en pocos días se conocían ya sus fechorías por la ciudad y sus contornos. Al parecer, Salustiano había visto con sus propios ojos cómo aporreaban en la cabeza y arrojaban después al Tajo por el Puente de Hierro a diez hombres, y que luego de caer al agua los remataron a balazos como si fueran conejos.

Lo que son las cosas, Carlos: no hace mucho tuve yo conocimiento de estos hechos por un artículo de un periódico español. Me lo trajo mi hija Nadine de París un día que vino a verme con la familia. En ese escrito se recogía con pelos y señales el testimonio de la hermana exiliada en Venezuela de uno de los asesinados aquel día en Talavera, un joven médico, también canario, de nombre Manuel Monasterio, que militaba en Izquierda Republicana. El desgraciado no había cometido otro delito que el de trabajar por los pobres en su consulta, y por eso terminó en el campo de concentración de La Isleta. A lo visto, le embarcaron junto con otros nueve o diez republicanos más en el carguero Dómine, que salió de las Islas Canarias atestado de falangistas, eso decía el periódico, los mismos que luego llegarían a Talavera y acabarían bien pronto con su vida.

Y al terminar yo de leerlo, hermano, todo acabó cuadrando en mi cabeza, de modo que la historia del periódico era la misma que me contabas aquella mañana de septiembre en voz baja, cuando estábamos los dos sentados en los bloques de piedra del taller pensando en padre, y en la tragedia de unos hombres, apaleados y malheridos, a los que Salustiano, el porteador de fascistas, había visto con sus propios ojos arrojar por el puente a las aguas del Tajo.

Tú seguías hablando aquella tarde, mientras las sombras oscurecían el taller, y yo te escuchaba con ansia, a ver si entre tantas noticias de muertes y atropellos, saltaba el rumor de que alguien se había topado con padre entre los cerros de Talavera donde a buen seguro andaría refugiado, que así lo creía a pies juntillas abuela Crisanta; acuérdate de que no fueron pocas las veces que, tanto tú como yo, se lo oímos repetir desde nuestro escondite. Y si ella lo decía, debía de ser verdad. Pero de padre, que era lo que a mí más me importaba, no dijiste palabra. Y yo tampoco quise insistir con las preguntas que me asaltaban por las noches, antes de que el sueño se llevara los pensamientos que tanto daño me hacían en la cabeza: ¿dónde está padre? Si está vivo, ¿por qué no nos manda recado con Salustiano y nos dice el sitio en el que se esconde? Y si nadie lo sabe, ¿por qué no podemos nosotros pasar al otro lado, cuando todo esté oscuro, para que no atinen a dispararnos, y luego con las luces del día echarnos a andar por los montes y los barrancos hasta dar con él?

A mis doce años, no quería entender yo, y mucho menos conformarme

con que así fuese, que una alambrada pudiera separar a un padre de sus hijos, por más que la guardaran mil fusiles.

Después de una tarde de luz desvaída, anclado al sillón y a los episodios de la guerra, Ricardo arrastra las zapatillas hasta la cocina para tomar su tazón de leche, acompañado siempre de la repostería casera que le prepara Madeleine.

Esta vez le ha dejado en una fuente de cristal tres crepes rellenas de mermelada de ciruela. Sin azúcar, como manda el médico, bien enrolladas y cubiertas con una servilleta. «Esta muchacha no tiene precio», piensa el anciano mientras se afana en probar el manjar. Lástima que desde hace un par de días se le haya cerrado el estómago y no sea capaz de tragar bocado.

Lleva media hora intentando deglutir la leche, y cuando apenas ha logrado llegar a la mitad, se levanta con fatiga y arroja el líquido por el fregadero. Luego intenta envolver las crepes casi intactas en papel aluminio. Madeleine le dice que no debe dejarlas al aire. El pulso le tiembla mientras intenta colocar el envoltorio sobre el plato de cristal en la encimera de mármol.

La imagen insegura de su mano, siempre tan firme y precisa, ya fuera con los pinceles o la gubia, le lleva a evocar otras manos secas y nudosas como sarmientos robustos: las de su abuelo Cayetano. Avejentado por la guerra y la ausencia, su pena se traslucía en las arrugas de un entrecejo poblado y canoso, en la mirada de unos ojos casi siempre distantes, y en su libro de rezos, cuyas páginas manoseaba tantas veces que habían ido adquiriendo en la parte inferior una pátina negruzca y brillante.

Sentado en su sillón de mimbre, en el primer patio y a la sombra del emparrado, la mayoría de los días el abuelo Cayetano dejaba que en el reloj de la torre sonasen las horas, sin que de su boca saliera más sonido que el de algún suspiro hondo, o el que producían sus labios amarillentos al succionar la boquilla de su pipa, con la maestría y parsimonia adquiridas por años de costumbre.

No obstante, Ricardo recuerda que en los primeros meses de la guerra su abuelo Cayetano se mostraba más hablador, aunque bien es verdad que su ánimo era fiel reflejo de las noticias que llegaban de Talavera.

A veces la esperanza de que la paz acabara con la sombra de la muerte,

esa que cada día sobrevolaba las casas con alas de abanto, como le oyeran decir en alguna ocasión, le llevaba a atravesar la puerta del segundo corral. Allí se refugiaba en el taller, empuñaba el cincel y la maceta, y a poco comenzaban a retumbar en la casa los golpes acompasados en la piedra. Tan familiares para sus moradores, tan evocadores para su hermano Carlos y para él, acostumbrados a su timbre y a su eco desde los años más tempranos, cuando su padre y el abuelo se eternizaban sacando santos de la piedra, como solía decir su abuela Crisanta, al tiempo que les encomendaba la tarea de comunicarles que las sopas del cocido ya estaban caladas, y que si no se apuraban en soltar las herramientas, empezaría la comida sin ellos, que un cocido frío, mejor echarlo a la pila de los gorrinos que al estómago.

En otras ocasiones, su abuelo Cayetano les pedía que acercaran una banqueta y se sentasen un rato con él. Carlos y Ricardo, a quienes la marcha de su padre había hecho madurar deprisa, entendían que su deber era prestarle atención, a ver si con la plática se olvidaba por un tiempo de la guerra; del frente donde estaría resistiendo su hijo el cerco cada vez más estrecho de los fascistas, «si es que una bala no le había partido ya el corazón», como le oyeran decir entre dientes un atardecer, preso de la desesperación, con la mirada fija en un cielo que sangraba el hundimiento del sol, y en la certeza de que nadie escuchaba sus lamentos.

En aquellas escasas tardes de bonanza, a la hora en que las luces del cielo cambiaban de fuego a ceniza, y los vencejos dibujaban en lo alto sus últimos vuelos, Cayetano se mostraba extrañamente locuaz. Parecía tener prisa en que sus dos nietos conociesen los detalles de sus años mozos, sobre todo aquellos que tenían que ver con su llegada al pueblo; a Torrecilla de los Valles, lugar al que le llevaron los vientos del destino para encontrarse con la mujer que logró poner lindes a su condición andariega.

Era entonces cuando la mirada de Cayetano González-Coruvo buceaba muy hondo, mientras sus labios, interrumpidos tan solo por las breves y repetidas caladas a su pipa de arce siempre encendida, ponían palabras a las remembranzas que le dictaba su sentir.

Una vez que ha logrado guardar en la nevera el plato con el rejujo de aluminio, como Madeleine le ha advertido que haga, Ricardo se dirige de nuevo al acomodo del sillón. Mientras arrastra las zapatillas por las baldosas, sale de su boca el rezongo de una protesta que chocará con la soledad

húmeda de la casa: «¡Maldita la falta que hacen las neveras en enero! Y menos en estas tierras...».

El sillón recibe impasible el crujido de sus huesos. Ricardo se acurruca entre el paño de la manta de cuadros azules y blancos, cierra los ojos y deja volar su pensamiento hasta aquellas tardes en las que su hermano Carlos y él rodeaban a su abuelo Cayetano mientras escuchaban sus memorias de juventud.

Y el ambiente húmedo y frío de la pequeña estancia se transforma en un patio empedrado. Con un horno donde su abuela y su madre hacían las cochuras de pan, un emparrado preñado de uvas, dos banquetas alrededor de un sillón de mimbre y, ocupando todos los huecos, la voz de su abuelo Cayetano deshilando aconteceres viejos, entre las esencias del tabaco quemado en su pipa y el revoloteo alocado de los vencejos en el cielo de la tarde.

Teníais que haberla visto aquel día. Crisanta entonces sólo era una rapaza, por más que ella se empeñase en anudarse las trenzas negras y lustrosas de un pelo lleno de ondas que le pasaba de la cintura. ¡Y anda que no era guapa! En cuanto le eché el ojo sentí en mis adentros que aquella rapariga iba a acabar con mi soltería. He de deciros, hijos, que yo por aquel entonces, debido a la vida errante por la que mi ocupación de cantero me traía y me llevaba, no quería más ataduras que las de mis compromisos con curas, alcaldes y gente de posibles, que de ellos me llegaban los encargos y los cuartos para asegurarme el sustento.

Y lo que son las cosas, por esas fechas me ocupaba yo en la talla de una pila bautismal, por cierto que en una iglesia del centro de Talavera, cuando don Alejo, que así nombraban al cura, me habló una mañana de la ocurrencia que había tenido el párroco de Torrecilla de los Valles, un tal don Baldomero con el que guardaba amistad: ni más ni menos que colocar dos ángeles de piedra custodiando las campanas, y que el alma de Dios le había pedido que si sabía de algún cantero con talento y buenas manos a quien encargar tales menesteres.

Lo demás ya podéis imaginarlo, que así sería como mi buena estrella me trajo a este pueblo, y tuve la fortuna una mañana de junio de descubrir entre las mozas, que iban y venían con baldes de agua, la cara de abuela

Crisanta, casi una niña por aquellos días, y no se me ocurrió otra cosa que quedarme con ella en la cabeza y darle forma en la piedra. De modo que cada vez que alcéis la vista hacia el campanario, mirad despacio la cara del ángel que lo guarda por la derecha, y veréis las facciones de vuestra abuela, que fue ella sin saberlo quien me sirvió de modelo aquella mañana y la siguiente, cuando con su garbo y sus vaivenes inquietos, y con un cubo en cada mano, hacía el porteo del agua desde el pozo de la plaza hasta la iglesia, que así lo había voceado el pregonero al clarear el día por orden del cura, y a ella le sobraron disposición y ganas para personarse allí la primera, que si ahora sigue siendo un torbellino, a los diecisiete era poco menos que un huracán; ya la conocéis...

—¿Y para qué hacía falta tanta agua, abuelo? —preguntó Carlos mientras ambos, Ricardo y él, observaban los trajines de las manos callosas del anciano, que se afanaban en hurgar con el atizador en su eterna pipa de cerezo, preparando calmoso la liturgia de una calada intermitente, húmeda y sonora.

Sonoras e intermitentes suenan al unísono las nueve campanadas de la iglesia y de la catedral. Un olor familiar a tabaco quemado emana de la memoria de Ricardo y se expande por la sala de estar, envuelta desde hace rato en la oscuridad de la noche. Lo mismo que su cuerpo en la manta de lana, incapaz de guardar la tibieza de unos miembros castigados ya por el fluir perezoso de su sangre.

Es la hora de retirarse a dormir; Ricardo lo sabe. Sin embargo, la fuerza de la evocación es más poderosa que la fatiga provocada por los años, y el eco de una pregunta sin respuesta permanece en el aire.

Y la voz de su abuelo, interrumpida por las campanadas de los relojes y la imagen del culto a su pipa, reanuda el hilo de aquella conversación vieja mantenida con su hermano y con él una tarde de otoño, en la que fue capaz de sustraerse a su ánimo demolido por la guerra, de vencer el revoloteo de los abantos, que con alas de muerte se cernían sobre su cabeza, derribaban cada día su esperanza y le agujereaban el corazón.

—Buena pregunta, muchacho —dijo al fin su abuelo—. Hartos estáis de ver que para sacar figuras de la piedra no se precisa agua ninguna. Pero si el cura quería colocar en semejante sitio las dos tallas descomunales, y eso

sin poner en peligro la vida de los feligreses que se arrimaran al campanario de camino hacia sus rezos, no quedaba más remedio que hacer obras de importancia para resistir el peso de aquellos benditos ángeles que don Baldomero se había forjado en su cabeza, y que vuestro abuelo talló con estas manos para que custodiaran el llamado de las campanas.

Volvió a aprisionar la boquilla de la pipa entre los labios y repitió con lentitud el eterno ritual. Mientras esto hacía, sin poder evitarlo, su mirada buscó el norte, y entre el humo, casi en un susurro, como si la voz de su hijo Rogelio hablara por la suya, pronunció unas palabras que su hermano y él recordarían siempre: «Acabará pronto esta guerra y me tendrán de regreso. Dígaselo así a Pilar, a los muchachos, a Inés y a madre...».

Pero sus dos nietos seguían allí. Aguardando la historia de sus amores mozos, y a él nada le complacía más que revivir las escenas de unos hechos casuales y afortunados que le amarraron de por vida a las tierras castellanas.

La tarde de antes ya habíamos logrado poner en su puesto a uno de los ángeles, el mortero había fraguado como era debido y yo, maceta y escoplo en mano, me afanaba en sacar con tiento la blandura de las facciones al ángel de la derecha, que no resultaba fácil de lograr en un material tan duro como la piedra (montones de veces los dos habéis visto a vuestro padre y a mí trabajar los detalles finos de las caras), y más siendo mi intención que la fermosura de la zagala que me estaba robando el sentido se quedara para los restos luciendo en el campanario.

Y mientras en tal menester me ocupaba yo, durante todas las horas del reloj de aquella mañana de junio de 1886, que el año lo tengo bien presente, la bella muchacha morena y menuda no paraba de mirarme: si me encaramaba en el andamio a revisar las obras, ella dirigía los ojos a lo alto, y yo no paraba de bajar la vista hacia su estampa garbosa. Y luego, ya en el suelo, seguía la mociña con la vista pegada a cada uno de los golpes que iba yo dando con la maceta en el escoplo. Con mucho tiento, eso sí, no fuera a ser que alguno de ellos diera al traste con la finura de las facciones de la modelo, que haciendo honor a la verdad, y ahora que no nos oye, no se apartaba de mi vera ni un instante, y al ver cómo me caían las gotas de

sudor, se daba buena prisa en ofrecerme agua fresca, sin saber que en lugar de aliviarme, a cada mirada me iba encendiendo el corazón.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté yo en una de estas mientras el agua de la escudilla me chorreaba por el bigote hasta la camisa.

—Crisanta me puso el cura cuando me llevaron a cristianar —dijo ella con soltura y aguantándome la mirada.

—Crisanta... Suena bien, rapariga, muy bien. Aunque la verdad es que nunca me topé con nadie nombrada como tú.

—Don Baldomero me dijo un día que mi nombre quiere decir flor de oro.

—Pues este cura vuestro no anda descaminado, a la vista está que tiene más razón que un santo: tengo delante de mis ojos a la flor más bella de la primavera, y por las muestras, pinta ser oro molido. Crisanta... Difícil será olvidarme del nombre, de la dueña y del alcance que este guarda.

A mi requiebro estallaron las carcajadas por doquier, que las mozas de entonces, por más que a vosotros os cueste creerlo, y no me choca, teniendo como tenéis delante a este vejstorio que ya no guarda ni la sombra de lo que fue, sabed que desde el instante mismo en que arribé a este puerto no paraban de revolotear alrededor de mí como moscas, que parecía talmente que tuviese miel la piedra. Y a las carcajadas siguieron de seguida las risitas y los cuchicheos, mientras vuestra abuela se encendía como la grana, y al punto dio un respingo, y con un cubo en cada mano, echó a andar deprisa y la perdí de vista detrás de la iglesia.

A su retorno, que ocurrió mucho antes de lo que era de esperar, la cuadrilla de mozas ya se había percatado de que la cara de aquel ángel era la de Crisanta, y así se lo espetaron apenas la vieron aparecer. «Mira, Crisanta, este mozo es un artista... ¡Ha sacado tu cara de la piedra!». Y se llevaban las manos a la boca al ver que la nariz, el hueco de los ojos y hasta el pelo con ondas eran un calco de la mocita que miraba la cara del ángel sin dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Y así fue cómo me prendé de este torbellino de mujer, desde aquella mañana en que la vi aparecer con un balde en cada mano, me apresuré a bajar del andamio y le pedí un sorbo de agua. Y ella, sin remilgo alguno, rebotó por dos o tres veces el cuenco que hice con las manos, mientras me miraba de soslayo con el rubor arrebatándole las mejillas. Así fue como pasó de mis manos a la piedra, porque me dijo el corazón, al instante de tenerla cerca, que iba a quedarse en mis adentros para el resto de mis días.

Ricardo ha arrastrado los pies hasta la cama, se ha cubierto con las tres mantas de lana y ha apagado la luz. Sin embargo, aquella tarde bajo el emparrado, y las confesiones de su abuelo, revolotean por la oscuridad tupida y fría impidiendo que el sueño acuda a sus ojos.

¡Qué gran hombre, el gallego! Mi abuela Crisanta nos contaba también, tal vez para endulzar aquellos días largos de ausencia y miedo, que a lo primero lo que más le llamó la atención fue que cuando le hablaba aquel mozo rubio y alto su voz era como una canción. No se cansaba la buena mujer de referirnos sus virtudes. Su paciencia, su calma, su buen genio con propios y extraños.

Pero lo que más admiraba era esa gracia que Dios le había dado, como ella solía decir, para sacar de la piedra lo que se le antojara: santos, ángeles o vírgenes, en las iglesias; fuentes, túmulos o escudos nobiliarios, en las casas de la gente de posibles. Y no cesaba de dar gracias al cielo, porque no le cabía duda ninguna de que dos seres celestiales, enviados por Dios, le habían traído al mejor compañero de vida con el que a sus escasos diecisiete años se hubiese atrevido a soñar.

Ahora que mi cuerpo comienza a no obedecerme. Ahora que el sueño no quiere visitar mi cama, que la sangre corre despacio, fría y perezosa como la de los lagartos en invierno, los recuerdos son los únicos que se pegan a estos huesos míos, ya torpes y llenos de dolores; a este pellejo seco y arrugado que está pidiendo tierra.

Cuando Michèlle compartía conmigo las horas, cuando escuchaba mis incansables pláticas sobre España, mis añoranzas y mis quejas, he de admitir que la vida era llevadera. Afable, si no feliz. Porque Michèlle me quiso, claro que me quiso y mucho, de eso no me cabe duda alguna, pese a que nunca llegara a entender esa mirada mía siempre dirigida al sur, siempre detrás de los Pirineos hurgando en los pesares, reclamando justicia, doliéndome en carne viva una paz levantada sobre el silencio obligado de los muertos y la boca tapada de los vivos. Sobre las espaldas dobladas de la mitad de los españoles. Unos, como mi padre, porque se negaron a andar de por vida con la testuz baja, y tuvieron que salir a escape, de noche y sin mirar atrás. Otros, porque el miedo los había convertido en paralíticos y mudos, y de esa

manera, obligados por sus verdugos a vivir de rodillas, hubieron de soportar la agonía lenta de una vida sin voz y sin libertad.

Michèlle no lo había vivido, y no podía entenderlo como yo lo entendía. Y menos aún, sentirlo y sangrarlo como lo sangraba yo.

Aun siendo mi mujer tantos años, Michèlle no pudo vislumbrar nunca, porque yo la mantuve guardada en el fondo del pecho, en un rincón al que ella jamás pudo asomarse, la imagen de una muchacha de trenzas rubias como la paja; de una niña con voz de pito que encendía mis orejas cuando le hablaba con desparpajo a doña Aurora, la maestra, aquel día en el que aprendimos todos, niños y niñas juntos, el significado de la palabra coeducación.

Jamás entrevió la estampa de la joven vivaracha y espigada que sufrió la vergüenza de desfilarse por las calles principales de Talavera con el pelo a rape. Junto a su madre y a sus hermanas, humilladas en público, para purgar de ese modo la culpa de tener en la cárcel a un marido y a un padre republicano.

Y menos aún, pudo adivinar las imágenes que tantas veces acudían a mi cabeza, de aquella tarde entre los almendros, detrás de la huerta donde vivía Manuela, cuando la vi aparecer con su blusa blanca perforada de budoques y su falda azul de vuelo, y le dije que me iba de España por mucho tiempo, y ella no quiso creerlo, hasta que me pegué a su cuerpo y junté mis labios con los suyos, en un beso en el que se mezclaron a la par las mieles de la primera vez y las hieles de la despedida.

Los recuerdos se encadenan, lo mismo que las horas, y el beso de despedida de Manuela le lleva a aquella noche de principios de otoño en la que embarcarían desde las Vascongadas con destino a la costa francesa. Nadie hablaba. Sus sombras se cubrían de oscuridad, tan espesa como la zozobra que aceleraba los latidos de su sangre. Caminaban temblorosos y tambaleantes, entre las ropas de abrigo y el sudor frío que las ceñía a sus cuerpos. Al amparo de la negrura eran bultos de miedo sin rostro ni identidad. Las barcas de pescadores aguardaba atracadas al abrigo de los acantilados, no lejos del cabo de Higuer, y ellos descendían despacio, clavando los pies y las manos en las rocas para no despeñarse.

No era precisamente una noche de luna llena. Elegida a propósito para arropar la travesía desde Pasajes de San Juan a Fuenterrabía, en el cielo apuntaba una hoz blanca y afilada, que alumbraba lo justo para no perder de vista la hilera humana de quienes creían peregrinar hacia la libertad.

Ricardo recuerda la sensación confusa de dejarse arrastrar entre las piedras sin más sonido que el ruido de los pasos. Su padre iba a la cabeza de los cuatro, él y su madre en medio; su hermano detrás.

—Ya eres un hombre, Carlos —le dijo Rogelio a su hijo mayor cuando, caída la noche, se disponían a ocupar entre la ringlera de veinticuatro personas los puestos que no deberían abandonar hasta el embarque.

Carlos tenía diecinueve años; Ricardo diecisiete.

Antes de iniciar la caminata entre las peñas y la maleza que ocultaba sus sombras, la voz del guía silbó las obligadas consignas.

—El primero me sigue a mí, el segundo al primero, y así hasta el embarque. Nadie ha de decir palabra, las toses y los carraspeos se sofocan con las manos, y las ganas de mear o de hacer de cuerpo se aguantan hasta mitad de camino. Cuando hayamos hecho una legua, detengo el paso. Hará lo mismo el que me sigue y así hasta el último. ¿Estamos? Y de seguida que cada cual haga lo que le pida la naturaleza, que en la oscuridad todos los gatos son pardos; eso sí, a la izquierda o a la derecha de la hilera, pero a menos de un paso, si es que nadie quiere abrirse el testuz contra las rocas o llegar al mar antes de tiempo. Y ya puestos, aprovechando la parada —

terminó diciendo el guía—, quien precise soltar la carga, que lo haga delante mismo, a sus pies si puede ser, no vaya a ser que atine a plantarla encima de las porquerías calientes del vecino. Y no crean que lo digo como chanza; que no iba a ser la primera vez ni la última que esto pasara.

Nadie hizo una mueca ante la inoportuna chirigota, que ni la ocasión era propicia ni los ánimos andaban para risas.

La noche y las horas iban pasando por sus cuerpos, al borde de la extenuación por el peso de las maletas, los envoltorios de ropa, el frío y la fatiga, al tiempo que los temores salían de sus pechos entre suspiros y quejas sofocadas que ascendían con el calor del aliento.

Cuando la hilera de cansancio se detuvo, las ráfagas esquinadas del faro les permitieron entrever con alivio unos bultos que se movían con los vaivenes del mar: eran las barcas que trasladarían sus cuerpos derrotados y lo que quedaba de su esperanza, tras aquella noche de tinieblas. Poco después, uno a uno y en grupos de cuatro, a la señal del guía y a la luz tenue del farolillo que portaba, fueron saltando a la barca que tras escasos minutos de espera se iba acercando por riguroso turno, lo mismo que ellos, a la roca saliente y plana que hacía las veces de embarcadero. Y de este modo, las maderas oscilantes fueron recibiendo su fatiga y su miedo. Luego, a escape, como les había indicado el guía que hiciesen, acomodaron en las tablas cuerpos y enseres, y se dejaron llevar por la oscuridad con la ilusión humilde de que aquel baile desconocido y misterioso les transportase al paraíso de la libertad.

Nunca olvidará Ricardo las sensaciones de aquel primer viaje por mar. Sentados en las traviesas de madera que unían los costados de la barca, se sujetaban a duras penas mientras apretaban contra sus cuerpos los escasos avíos que portaban y que parecían querer escaparse a su destino: la costa francesa, tan cerca y tan llena de impensables sobresaltos.

Sus padres, Rogelio y Pilar, miraban a proa. Delante, frente a ellos, Carlos y él, orientados hacia popa, no perdían de vista el promontorio oscuro del que se apartaban sin remedio. Y detrás de aquellas montañas, y de otras, y de las tierras llanas, en la vega del Tajo, en una casita blanca rodeada de una pequeña huerta se había quedado Manuela. Con su madre y sus hermanos. Seis bocas alrededor de un pegujal de tierra. Sin cuartos para comprar más semillas que las de la miseria. Con el hambre mordiéndoles el estómago de la mañana a la noche. Con el sambenito al cuello de un padre castigado por

haber empuñado el fusil de la esperanza en un futuro perdido. «Nos vamos de España, Manuela», le dijo Ricardo una tarde. «No puede ser verdad», contestó ella. Y los dos temblaron entre los almendros donde se arrullaban las palomas. Y los labios de él buscaron los de ella.

Ricardo no podía dejar de mirar aquella quebrada oscura. Era la última pared que le arrebatava a la muchacha menuda y hermosa que desde esa noche sólo viviría en su recuerdo. Aunque él entonces no pudiese entenderlo, Manuela iba a convertirse en una de esas personas que se quedan a vivir en la despensa del corazón por los restos, como en alguna ocasión le oyera decir a Pilar, su madre, cuando la nostalgia hacía mella en su ánimo y le pesaban las ausencias, los pedazos de vida que se habían quedado detrás de los Pirineos. Sin embargo, hubieron de transcurrir muchos años para que él llegase a comprender el significado pleno de aquellas sabias palabras.

Después de un tiempo que nunca supo precisar, Ricardo sintió la mano firme de su padre en la rodilla. La pequeña embarcación se pegaba a la costa, apenas definida por una acuarela tenebrosa, esbozada por la claridad que comenzaba a despuntar por el este.

La voz del patrón ordenó en voz baja.

—¡Abajo! Y sin rechistar, no vaya a ser que los alemanes nos echen el ojo, que nunca se sabe por dónde te pueden salir.

—¿Los alemanes? —preguntó su padre extrañado.

—Ha oído usted bien; los alemanes. ¿Por qué si no íbamos a salir a mar abierto para llegar hasta aquí? —decía el hombre en voz apenas audible.

—Yo no entiendo de mares. Soy de tierra adentro, de modo que no sé a qué se refiere.

—Pues si me escucha, se lo explico, que por lo que atisbo, necesita aprenderse bien la lección, si no quiere que esta misma noche les echen el guante los *polizontes* a usted y a la familia.

—Hable sin tardanza, patrón —apremió Rogelio en el mismo tono de cuchicheo que al parecer las circunstancias imponían.

Y así fue como aquel pescador postizo, español con pasaporte francés, al resguardo de los salientes rocosos les relató aquella madrugada los pormenores de la tierra en la que Rogelio había puesto la esperanza en un futuro mejor; para él y para su familia, lejos de la represión y del miedo.

—Estamos en guerra —se apresuró a decir el hombre que hablaba como si bisbiseara una oración—. La Francia en la que acaban de poner los pies no es una nación libre. Abajo manda Pétain, y arriba los alemanes; en junio se cumplirá un año. Así que el norte, y toda la costa que da al océano Atlántico —dijo apuntando al mar con el dedo índice—, está en manos de los nazis.

—¿Quiere usted decir que estas rocas que nos sostienen están bajo la bandera alemana?

—Eso mismo es lo que digo, sí señor. Miren el mástil de la barca. Aunque no se alcance a ver bien, en lo alto lleva la tela roja con el redondel blanco y los ringorrangos en negro. Por dar de comer a la familia, uno tiene que cerrar los ojos y hacer de tripas corazón. Pero la razón principal no es esa; a ustedes puedo decírselo: soy español y republicano, y mi tarea por estos mares es ayudar a mis compatriotas. Conozco la costa como la palma de mi mano, así que con esta cáscara de nuez capeo a esos nazis como me da la gana. Bien que nos conocemos, las maderas y yo, los recovecos por donde escabullirnos, los cobijos de las rocas, y hasta como jugar al escondite con las luces del faro. De momento, en este sitio estamos a salvo, pero hay que andar con ojo para pasar la frontera.

Rogelio miraba a Pilar y a sus dos hijos con desaliento; casi con desesperación. No era la acogida con la que soñaba cuando decidió pasarse a Francia, idea que su mujer había tratado de quitarle de la cabeza sin conseguirlo.

Y los cuatro, mirándose unos a otros, sin decir nada, evocaron aquella noche en la que las paredes encaladas de la casa situada en la Plaza de San Miguel de Talavera, y abandonada días atrás quién sabe si para siempre, se estremecieron con los ecos de un sueño de libertad que iba a cambiar sus vidas sin remedio: Rogelio, por su parte, pensaba en la confesión que le hiciera a su mujer acerca del viaje ya dispuesto; ella, en las dudas y los temores con que recibió la decisión irrevocable de su marido; Carlos y Ricardo, en su alentar contenido, a fin de no perderse detalle de la conversación de sus progenitores, que al final llegaría a quitarles el sueño cuando percibieron en la oscuridad las palabras de su padre poniendo fin a cualquier objeción: «Si nos quedamos, las cadenas de aquí afuera acabarán por ahogarme más que las de dentro, que no hay peor cárcel para un hombre que la del pensamiento».

Su madre no pudo añadir palabra alguna. Ellos tampoco.

—No hay tiempo que perder, si quiere salvar el pellejo y el de los suyos

—susurró el hombre con energía, sacándolos de su ensimismado aturdimiento— abra bien las orejas. A unos metros de donde estamos, sale una trocha llena de piedras por la que caminaremos un rato largo. Los alemanes no suelen andar por aquí, de manera que si tenemos suerte, antes de que esté el sol fuera, habremos llegado al que va a ser su primer escondite: una casa situada en las afueras de Hendaya por la parte del sureste. Los dueños son franceses, pero de ley. No regatean esfuerzos cuando de ayudar se trata. Su casa sirve de refugio y de estación de paso, tanto a los compatriotas españoles que desean pasarse al sur, como a los españoles que todavía llegan por mar huyendo de la represión franquista. Eso sí; una noche, y a aguardar a la siguiente para encaminarse hacia lugares más seguros. Ellos les darán las explicaciones precisas, que mi trabajo acaba cuando los deje allí sanos y salvos.

Rogelio echó mano a la cartera, sacó cuarenta y cinco duros y los puso en las manos del hombre.

—No lo cogería, camarada —dijo el barquero mientras lo guardaba—, pero no me queda más remedio.

—Era lo convenido, y lo que siento es que la ocasión no me permita ser más generoso —añadió Rogelio.

—¡Pues andando! Y mucho ojo, que al otro lado se van a encontrar con un gobierno vendido a Hitler y con un ejército a su servicio. Pétain es un pelele en manos de los malditos alemanes; se lo digo yo, que bien lo sé. Miles de compatriotas nuestros han resistido en campos de concentración, y ahora los están metiendo a la fuerza en el ejército.

Mientras intenta cubrirse la cabeza con las mantas para mitigar la tiritera de sus miembros, Ricardo recuerda aquellas palabras con las que el barquero, sin andarse con rodeos, les puso ante los ojos la realidad cruda que allí los aguardaba.

Todavía su entendimiento es capaz de reconstruir con minuciosa fidelidad el desconcierto de su padre, que no dejaba de pasarse las manos por la cabeza en un gesto nervioso e incontrolado, cual si quisiera ahuyentar una pesadilla al tiempo que aquel hombre le hablaba. Y el temblor de las manos de su madre, que no cesaba de negar con el gesto, desesperada, sin dejar de mirar al sur, más allá de la mole de montañas donde habían dejado sus vidas.

Y ya no hubo más palabras hasta que llegamos a la segunda parada de una noche que parecía la de nunca acabar. Caminábamos a ciegas detrás de aquel hombre que nos abría una vereda al parecer segura, y aunque el miedo nos encogiera el corazón, no quedaba otra que confiar en la buena estrella. Los cuatro, sin pensarlo siquiera, volvimos a repetir los mismos puestos de hacía unas horas. Mi padre detrás del barquero, luego yo, y cerrando filas, mi madre y mi hermano Carlos.

Me acuerdo de que a lo primero se oían los chillidos de las gaviotas que ya barruntaban la amanecida, aunque yo entonces, por ser la primera vez que los escuchaba, no tuviera claro qué pájaro en el cielo podría alborotar con tanto fuelle. Luego, según nos íbamos retirando del mar, sólo guardo memoria del ruido de los pasos entre las piedras y del alentar de mi madre, que parecía no encontrar aire para el respiro.

La fatiga era tan grande que ya no sabía yo qué parte de mi cuerpo me dolía más, si los pies, la espalda doblada por la carga, o las manos y la cara, cortadas de frío por el relente de la madrugada, que poco a poco iba abriendo el cielo y haciendo más grande nuestro temor a que una voz saliera de entre las piedras o los matorrales y nos echara el alto.

Nos pareció mentira cuando vimos a aquel hombre pararse en seco y apuntar hacia el saliente.

—Ahí tienen su refugio. Pero sigan andando sin prisa, que nunca se sabe donde puede saltar la liebre.

Y allí estaba la casita blanca. Recuerdo que entre las luces de un día ya casi nacido su contorno se iba haciendo notar cada vez con más detalle. ¡Qué largos se me antojaron aquellos últimos pasos! Cuando la tuve delante, me fijé en que era pequeña y en dos plantas, estaba encalada de blanco y tenía salientes de piedra en las esquinas; siempre he recordado estos detalles.

Pero eso entonces no tenía importancia ninguna, que a nosotros nos bastaba con que los dueños nos dieran cobijo y algo de comer, y tanto daba si en un jergón o en un colchón de lana bien ahuecada, que el cuerpo no iba a poner peros esa noche, pues lo que precisábamos los cuatro era reposo, que después de haberla pasado entera dando tumbos por tierra y por mar, estos huesos que ya piden tierra, aunque fuertes y enteros entonces, me pedían el amparo de un suelo donde tenderse, pues de las uñas de los pies al último pelo de la cabeza no quedaba sitio que no doliera.

Eternos se me antojaron los minutos que nos separaban de la puerta, y ya delante, cuando el fingido pescador levantó el llamador y aporreó por tres veces las maderas, el primer golpe más recio, y los otros dos más suaves y seguidos (la verdad es que me acuerdo como si los estuviese oyendo ahora mismo, que fue como si los sintiera en el mismo pecho), se oyó el chirriar de la llave, y ante nuestros ojos apareció la figura despeinada de una mujer rubia, que enseguida se hizo a un lado y nos dio paso sin pronunciar palabra.

A los pocos instantes, cuando apareció el amo de la casa, escuchamos un chapurreo en voz baja, en una lengua que no podíamos entender, y es que nuestro salvador, que de este modo le nombraría mi padre de por vida, al parecer le estaba poniendo en antecedentes de la situación que atravesábamos y de la conveniencia de sacarnos a escape del peligro. Enseguida repartieron con nosotros el peso de los avíos y nos dijeron que los siguiéramos, y en pos de ellos subimos los peldaños de madera que nos separaban de la planta de arriba.

Y ya dentro del que iba a ser nuestro aposento las horas que durara el día, los gestos afables de aquel hombre, de gran corpulencia y mirada llena de nobleza, después de tantas horas de zozobra nos devolvieron la calma que los acontecimientos de la noche se habían llevado.

De inmediato, el barquero le dedicó a mi madre una seña respetuosa, y a nosotros tres, un apretón de manos como despedida, al que siguieron unas palabras que tuvimos bien presentes; ese primer día y los venideros:

—Se quedan en buenas manos —dijo al tiempo que señalaba al dueño de la casa—, de modo que cumplan a pies juntillas lo que les diga, si no quieren acabar presos en uno de esos campos alemanes donde han ido a parar tantos españoles.

—¿Te quedas a tomar algo caliente? —le preguntó el amo de la casa en nuestra lengua con deje vascuence—. Françoise ya se está ocupando de preparar esa sopa de leche que tanto te gusta.

—Bien me conoces. De sobra sabes que a tal convite no me resisto. Y no hace falta que bajas conmigo —añadió con resolución viendo que hacía intención de acompañarle—; mejor vamos ganando tiempo y les das a esta buena gente las consignas precisas, que tendrán los huesos molidos después de las fatigas de esta perra noche.

Yo, a mis diecisiete años, y a pesar del calvario que me había tocado vivir aquella maldita noche, desde que nos echáramos a andar a poco de

hacerse oscuro, sentí que las tripas se me retorcían de hambre, y deseé que la sopa de leche, cuyos efluvios subían ya por las escaleras, viniera a remediar los males de mi estómago.

Y nos quedamos frente a aquel desconocido, que enseguida se volvió hacia nosotros, y nos habló sin rodeos, como su amigo lo había hecho aquella misma madrugada.

—Mi nombre es Iñaki, ¿cuál es el suyo? —preguntó dirigiéndose a mi padre.

—Me llamo Rogelio, para lo que quiera mandar —contestó mi padre en un tono que dejaba bien a las claras las cavilaciones de su cabeza—. Esta es Pilar, mi mujer, y los mozos son mis hijos, Carlos y Ricardo —terminó diciendo, al tiempo que nos ponía la mano en el hombro para dejar clara la propiedad de cada nombre.

—Pues si quieren salir de este avispero, tendrán que seguir al pie de la letra lo que yo les diga.

—Soy hombre de juicio, y sé que no me queda otra que fiarme de lo que me diga, de modo que hable usted.

—Pasarán el día en este cuarto. Aquí les subiremos la comida, y sólo saldrán cuando las necesidades del cuerpo así lo manden. Al llegar la noche, una carreta los estará esperando detrás de la casa, a unos cien metros; yo los acompañaré hasta ella. El que arrea a las caballerías sabe bien por dónde ha de meterse para burlar a los alemanes. Ya los aviso de que el trecho es largo y duro. Pero con suerte antes de que el sol salga habrán llegado a Itxassou. Sepan que no es su último destino, allí pasarán un día más escondidos, y cuando la oscuridad lo aconseje, otra vez saldrán de viaje en busca de sitio seguro.

—No sé cómo podré pagarle lo que está haciendo por nosotros. Cuando acordé salir de España con la familia, ni por asomo imaginé que podría encontrarme con esto.

—Si lo dice usted por los cuartos, no van a ser muchos, que con cubrir gastos y poco más me vale. Y si estoy metido en esto, como usted dice, es por mis ideas, que ustedes los españoles no tienen culpa alguna de que les hayan hecho pedazos la República y la dignidad —decía el hombre acompañando las palabras con movimientos enérgicos de sus manos.

—Razón tiene, y bien que duele —dijo mi padre con el gesto de perdedor que no le abandonaba ni durmiendo desde que había salido de la cárcel.

—Un día las cosas van a cambiar. Para España y para Francia, que ni el dictador vivirá para siempre, ni los alemanes se quedarán en nuestra tierra por mucho tiempo. Y ahora, a descansar. Eso sí, antes tendrán que reponer fuerzas. Mi mujer ha preparado una sopa de leche que resucita a los muertos, como dijo un español que pasó por aquí no hace mucho. En un momento la tendrán servida. ¡Fíjense que hasta aquí llega el olor a dulce!

Mi madre no se cansaba de darle las gracias al francés, ni él de repetir que lo hacía con gusto, mientras Carlos y yo apenas podíamos aguantar la impaciencia de nuestras tripas, que desde hacía horas pedían a gritos algo con qué llenarse.

Y así sería, que a poco la mujer rubia nos puso delante una sartén grande y cuatro cucharas, y allí mismo, en un rincón del cuarto, sentados en unos taburetes en derredor de un cajón a modo de mesa que el hombre colocó en el medio, dimos fin de la leche ensopada, tan dulce y calentita que a mí me supo a gloria, lo mismo que a mi hermano, a juzgar por los ruidosos sorbetones que salían de su boca cada vez que se metía la cuchara.

Mi padre y mi madre, sin embargo, con más conciencia del peligro que nosotros, apenas fueron capaces de matar el hambre con un par de idas y venidas a la sartén.

La reconstrucción de aquellas escenas le fatiga, pero una vez abierta la puerta que las guarda, irrumpen en tropel en su cabeza sin que sea capaz Ricardo de sustraerse a la necesidad de recrearlas con detalle. Y una noche más, por encima del sueño, se convierten en imágenes casi tangibles que se mueven en la oscuridad de la alcoba; en palabras que vienen a ocupar los espacios del silencio.

Crecían a la par la luz y los temores. En la pequeña casa blanca situada en las afueras de Hendaya, amparados por sus dueños en un cuarto cuyo perímetro se ceñía a sus cuerpos tendidos en el suelo, los cuatro aguardaban a que las sombras deshicieran de nuevo los caminos, para dejarse llevar por la noche hacia una libertad que comenzaban a percibir incierta. Como dijera su madre con voz muy queda, en la confianza de que Carlos y él dormían, una quimera que parecía estar jugando al escondite con su suerte.

De vez en cuando, los suspiros entrecortados de Pilar, sin duda fruto de sus temores, se imponían de manera imperiosa a los ruidos que ascendían de la planta de abajo, propios de una casa cuyos moradores se enfrentaban a los quehaceres de una nueva jornada: el movimiento acompasado de la escoba arañando el suelo; el chasquido de la leña que ardía en la chimenea, el golpeteo de los cacharros en la pila... Y lo más inquietante, los susurros indescifrables de aquel hombre y de aquella mujer, dos desconocidos en quienes debían confiar sin remedio, que a Ricardo se le antojaban peligrosamente misteriosos.

Fue entonces cuando las palabras de su padre, pronunciadas en la oscuridad de una noche no lejana en la casa de la Plaza de San Miguel de Talavera, en el hogar que tan distante había quedado ya, acudieron inoportunas; dispuestas a alimentar la duda que los últimos acontecimientos habían sembrado en su cabeza: «No quiero que vivan en una España en la que el miedo corre por las calles a sus anchas».

Y por eso había dispuesto lo que acababan de hacer: dejar la tierra del miedo y buscar la libertad en otra tierra. ¿Y si su padre se había equivocado? ¿Y si habían llegado *a otra tierra* donde también el miedo andaba por las

calles sin que nadie le pusiera trabas? Eso era lo que a todas luces parecía. Una vez habían pisado suelo extranjero, apenas habían respirado a gusto. Y todo desde que el falso pescador les pusiera ante los ojos una realidad nada halagüeña. Y Ricardo llegó a la triste conclusión de que Francia estaba rota, igual que España. Habían escapado de una guerra y se metían en otra.

Las preguntas y las dudas se mezclaban en su cabeza, sin hallar más luz que la del sol que se filtraba por las contraventanas. Apenas sin moverse, recorrió con los ojos los cuerpos derrotados de sus padres y de su hermano. Allí estaban. Ovillados sobre el suelo fingiendo reposo, lo mismo que él. Esperando que las horas pasaran deprisa; que la noche los arrojara con su manto incierto para huir sin saber adónde.

Quiso imaginar la negrura de los pensamientos de los tres, que no podrían apartarse mucho de los suyos propios, y sintió entre el pecho y la espalda un desencanto que pesaba y dolía; algo así como si el aire de aquella habitación no le llegara adentro cuando trataba de respirarlo.

Nunca supo las horas que pasaron hasta que su respiración comenzó a acomodarse. Al fin, la fatiga le condujo a esa oscuridad salvadora donde lo real y lo imaginado se alían en la cabeza para tejer las imágenes del sueño.

—¡Vamos, hijo! Espabila, que nos tenemos que ir de aquí.

Era la voz de su padre la que le arrancaba de la pacífica oscuridad.

En los primeros instantes, Ricardo buscó el sentido de las palabras de su padre sin hallarlo.

—¿Qué pasa! —exclamó mientras sentía su mano fuerte en el antebrazo.

—Tenemos que salir a escape, que abajo nos aguardan ya.

—¿Quién nos aguarda, padre?

—Un carromato que se esconde a cien pasos de aquí, y que a lo visto nos va a llevar a sitio seguro. ¡Arreando, que no hay tiempo que perder!

Como si las palabras de su padre hubiesen dado cuerda a las remembranzas, las imágenes del último día con su noche reviven en toda su crudeza: el ruido de las pisadas sobre el terreno pedregoso, los bultos flotantes que oscilaban con el oleaje, las explicaciones y advertencias del fingido barquero, la sopa de leche de Françoise; el desencanto y la desconfianza de su madre, cuyos suspiros le acompañaron hasta que el sueño acudió a rescatarle de los mismos temores...

Mientras se incorporaba, tres golpes quedos en la puerta de madera se

llevaron las recientes impresiones de Ricardo. Una vez que su madre hubo abierto, Ricardo reparó en las escudillas y las cucharas que portaba la mujer rubia debajo del brazo izquierdo, pero sobre todo en la perola humeante que sostenía el marido con ambas manos, cuyos efluvios ascendían hasta su nariz al tiempo que la boca se le hacía agua.

—Buenas noches —dijeron los dos casi al unísono, con aquel acento que le resultaba tan extraño.

Los cuatro respondieron al saludo casi al mismo tiempo. De inmediato, obedeciendo a los gestos elocuentes de la mujer, que ya colocaba los cuencos y las cucharas en el cajón orillado en uno de los rincones, retiraron los taburetes y se dispusieron a acallar el estómago con aquel caldo humeante que el hombre soltó deprisa en medio de la mesa improvisada. En él danzaban a sus anchas las hilachas transparentes de cebolla con las muestras blanquecinas de algún huevo estrellado.

—No tarden en bajar. La carreta espera y el camino es largo —les dijo Iñaki muy serio; con todo el peso en la voz que las circunstancias aconsejaban.

—Descuide —se apresuró Rogelio a responder en el mismo tono—. Nunca les agradeceremos bastante lo que están haciendo por nosotros —añadió con aire reservado.

—Es lo que hay que hacer en los tiempos que corren. *Peu importe* si franceses o españoles. Mi mujer y yo lo hacemos con sumo gusto, a fin de poder devolverles la libertad que los fascistas les han quitado.

—Antes de sentarme a la mesa —añadió Rogelio— quiero que me diga cuánto debo entregarles por su valiosa ayuda, aunque vaya por delante que lo que han hecho no se paga con dinero.

—Ya he dicho antes que esto no se hace por dinero, aunque es verdad que no sobra en esta casa. ¿Qué voy a pedir yo por un suelo de madera y unos tragos de sopa de cebolla? Deme lo que usted quiera dar.

Todavía recuerdan las tragaderas de Ricardo el sabor a gloria de aquellas cucharadas rápidas, en las que abundaban los hilos de cebolla y escaseaban las briznas de huevo. Como recuerda también que antes de sentarse en el taburete su padre echó mano al bolsillo interior de su chaqueta de pana, sacó la cartera y entregó al hombre un billete de cincuenta pesetas nuevecito, de aquellos que acababan de salir tras la maldita guerra.

—Ya me gustaría ser más generoso, pero a la vista de cómo andan las cosas por aquí, no tengo más remedio que condurar los cuartos, bien que lo siento.

—Con la mitad basta —dijo Iñaki, quien mirando a su mujer añadió—: Anda, Françoise, busca en la caja de moneda española y sube veinticinco pesetas.

Pero antes de que la mujer rubia saliese por la puerta, le puso la mano en el brazo y corrigió el mandado.

—Mejor en francos, que los van a necesitar. Y usted, Rogelio, para su buen gobierno, no tarde en cambiar los cuartos que traiga. Pruebe esta noche con el dueño de la carreta, tengo oído que se ocupa de tales menesteres.

A los pocos minutos, ya estaban abajo con la maleta de cartón y las bolsas de ropa en las que portaban lo justo para mudarse cuando la necesidad y la ocasión lo hicieran posible.

Iñaki salió de la casa para echar en derredor una mirada de reconocimiento, no fuera a ser que los alemanes, de quienes diríase que tenían mejor olfato que los perros de caza (así se lo dijo con sigilo antes de franquear la puerta), atisbaran su presencia y les torcieran sin remedio el rumbo del viaje. Al cabo de unos minutos, y en la certeza de que no existía peligro alguno, el hombre volvió sobre sus pasos y se dirigió a su padre en voz baja, casi convirtiendo en aire las palabras.

—Vamos; en hilera y detrás de mí, que Bernard espera desde hace rato y no debemos tentar a la suerte.

Y en hilera como la noche anterior, con el mismo miedo pegado a sus cuerpos, y los pasos encadenados en la oscuridad, siguieron a su segundo bienhechor, sin la certeza de que esta vez su suerte fuese a conducirlos a lugar seguro.

Y durante unos minutos, tan solo el ruido de las pisadas en el suelo quebró las sombras.

—Ahí tienen la carreta —susurró Iñaki como si el aire le robara la voz—. Sigán las indicaciones de este hombre sin dudarle. Ha hecho el mismo viaje montones de veces, y conoce el terreno como la palma de su mano.

El desconocido, que esperaba en la oscuridad la llegada de los ocasionales viajeros, hizo un ademán de saludo llevándose la mano a la gorra apenas visible, al tiempo que intercambiaba algunas palabras en vascuence con su compatriota, carentes para el resto de otro significado que no fuese la

angustia que les provocaba el desconocimiento de aquella conversación.

—Les deseo mucha suerte —dijo Iñaki como despedida antes de volver la espalda y desaparecer en la noche.

Y allí se quedaron los cuatro, paralizados por la inseguridad y el miedo. Soportando en sus espaldas el peso cada vez más fuerte del desaliento. A la espera de que aquel hombre, un desconocido al que apenas entendían, les indicara cómo y dónde tenían que acomodarse para iniciar el viaje.

Sin poder desenredarse de los lienzos del pasado, Ricardo intenta buscarle acomodo al sueño, cada vez más exigente para hacerse sitio. Diríase, piensa el hombre, que al sueño le gusta fustigar su pensamiento, que se alimenta de su vigilia y de sus remembranzas; que disfruta sobrevolando su cama como un buitres, en busca de historias muertas, esas que salen de la tumba de su pecho aprovechando el silencio y la quietud. Y lo peor es que el sueño se muestra cada vez más cicatero: tarda en llegar y desaparece antes. El buen entendimiento del que ambos gozaban es cosa del pasado; las horas placenteras que solían pasar juntos en otro tiempo se han convertido en una breve visita de cortesía.

Con simultaneidad matemática, acaban de sonar las cuatro en los relojes de la Catedral de San Pedro y Nuestra Señora la Grande. A las ocho llegará Madeleine y no es de recibo que le encuentre en la cama sin haber pegado ojo. Ricardo sabe que tiene que dormir para que la mente repose. Olvidarse de aquella noche, de la carreta del campesino fingido, del refugio angosto que los separaba de los haces de heno, una especie de túmulo vertical hecho de tablas que con los baches del camino se le incrustaban en el pecho y le impedían respirar. Apartar de su cabeza el silencio alimentado por el miedo, ese sentimiento incontrolado que recogía los golpes de las ruedas sobre un terreno de baches y piedras; los chasquidos del látigo de Bernard cuando espoleaba a los animales, y los suspiros de su madre, que intentaba sujetar en su garganta antes de que fueran aire quejumbroso.

Desterrar de la mente, aunque sólo sea por unas horas, el desvalimiento, la incertidumbre de aquel éxodo oscuro que, si bien pudo haberles salvado la vida, iba a ser la penúltima etapa de un viaje al infierno.

Otra vez ha soñado con Gurs. Los dos meses escasos que pasaron en el campo de refugiados aún provocan en Ricardo viajes del subconsciente al Cerro de los Horrores, como llegarían a nombrarlo Carlos y él las veces incontables que a lo largo de los años evocaban aquel castigo del destino.

Después de la noche en la que viajarían emparedados en la carreta de aquel hombre llamado Bernard, iban a repetirse las mismas o semejantes escenas. Esta vez a media legua de Itxassou, en una casa blanca con puertas y ventanas rojizas situada entre árboles, a la que se accedía por un camino estrecho, vallado de piedra a su derecha y escoltado a su izquierda por una fila de pequeños árboles.

A su llegada, durante las horas que alumbró el sol, se escondieron en los cobertizos a la espera de la noche, momento en que volverían a emprender otro viaje incierto.

Como el humilde aposento se hallaba situado a un tiro de piedra de la vivienda, y los ánimos no daban para pláticas, tan sólo se escuchaban las quejas leves de Pilar, que se mezclaban con el olor a hierba podrida por la humedad y el peso del hacinamiento.

Pero lo que hacía tambalear la resistencia de los tres era el gesto taciturno de su padre, quien mostraba dos surcos de sombra entre las cejas, más hondos con el paso de las horas. Una mirada bastaba para darse cuenta de que su entereza, tal vez también la confianza con la que abandonó su casa y su patria, se le iba quedando atrás enredada entre caminos que parecían no tener fin.

De este modo, y siempre viajando hacia el este, tras otra noche en carreta más larga si cabe que las anteriores, se ocultaron en Ossés; en una casa perdida a las afueras del pueblo, pequeña y blanca como todas, con remates de piedras contrapeadas en las esquinas.

Ya no sabían si los dueños eran pastores, campesinos o buscavidas, como decía su madre cuando la confianza la abandonaba.

—No desconfíes, mujer —le decía su padre sin desplegar los surcos del entrecejo.

—Entiende que quiera ver el fin de esta quimera —replicaba ella—. Si no dejas de soltar cuartos, el día que pisemos tierra segura no te va a quedar un real en la faltriquera... Y a ver con qué preparo yo la sopa de cebolla a la que esta gente nos ha ido acostumbrando las tragaderas y el estómago... Y a ver adónde nos metemos para refugiarnos del frío, que en estas tierras aprieta en gordo, ya lo estáis viendo.

Era entonces cuando Rogelio, su padre, colocaba las manos en los hombros de su madre, la miraba fijamente a los ojos y le decía con voz que aparentaba seguridad:

—Créeme, Pilar. Aquí no ha de faltarnos pan ni techo, de eso nos encargaremos estos dos mozos y yo —remarcaba señalándonos a los dos mientras intentaba convencerla con una sonrisa forzada—. ¿O es que no sabes que ya apuntan buenas maneras? Estos, te lo digo yo, son igualitos que su abuelo Cayetano. Y que su padre, aunque esté feo decirlo, que igual les da la piedra que el barro. En cuanto lleguemos a tierra segura, como tú dices, a poco que nos movamos para que los gabachos nos vayan conociendo, nos llueven los encargos, ya lo has de ver. Y entre medias llegará por fin algo tan importante como el alimento y el trabajo: recibir el sol de cada día sin miedo y poder mirar al porvenir sin recelo, libres y de frente.

Llegados a este punto, su madre, con más esperanza que fe, dejaba caer un *diosteoiga*, henchía los pulmones hasta que las costillas no le daban más de sí y trataba de robarle al aire las fuerzas que poco a poco la iban abandonando.

Y fue ese día, tendidos en el suelo de madera de un altillo poblado de aperos y telarañas, cuando la voz de su hermano Carlos surgió de pronto, grave y seca.

—¿Hacia dónde nos encaminamos esta noche, padre? ¿Lo sabe usted?

A ninguno de los tres se le escapó el tono de una pregunta en la que parecía esconderse un claro reproche.

—Pues claro que lo sé —respondió Rogelio con la misma rotundidad, al menos en la voz—. Esta noche vamos a Navarrenx y desde allí a Pau, que es el sitio donde nos quedaremos por fin. Dicen que en esa ciudad hay unas cuantas familias bien dispuestas que dan cobijo y pan a los que hemos escapado de España. Por un tiempo corto, sí, eso es lo que me han dicho, pero bastará para darnos a conocer. Y si a lo primero no podemos trabajar en lo nuestro, pues echaremos mano de lo que se tercié, que salud y ganas no nos faltan.

No hubo más palabras después de aquellas. Aguantaron las horas de luz, y al caer la noche, como ya era costumbre, se dirigieron al punto convenido listos para afrontar la última estación de aquel vía crucis que parecía el de nunca acabar, como decía Pilar arrebujándose en el mantón mientras caminaban al encuentro de la última carreta.

Ninguno de los cuatro podía adivinar que aquella noche los caballos que tiraban de las tablas viejas, donde desplomaron sus huesos cansados de bregar, se convertirían en la catapulta de la que se valdría la suerte para lanzarlos a la cárcel del horror.

El dueto unísono de los relojes interrumpe por unos instantes las evocaciones de Ricardo. Cuenta las campanadas. Una... dos... tres... cuatro...

Ya son las siete. Falta una hora para que llegue Madeleine y apenas ha dormido. Quizás la cabeza de los viejos se alimente más de memorias que de sueños, piensa Ricardo. Aunque eso de alimentarse no es la palabra más propia para explicar lo que le pasa a la suya cuando el ayer la toma por asalto. «¡Qué asalto ni qué leches!», se enfrenta Ricardo presto y en voz alta al pensamiento, tan dado siempre a justificar costumbres malsanas que sólo sirven para remover los charcos del pasado. De sobra sabe él que cuando se deja llevar por los malos recuerdos un sabor pestilente le sube a la garganta, le oprime el pecho y le hace daño.

Pero los recuerdos son su borrachera particular; también lo sabe de sobra. Sus aliados en la resistencia contra la soledad que le paraliza cada mañana las ganas de enderezar el cuerpo. Pedazos rotos del espejo de su vida, que se recomponen cuando las horas crecen a lo oscuro y la bruma se pega a los tejados de Poitiers. Sin los recuerdos, la niebla espesa y húmeda acabaría envolviéndole en la nada, antes de que su corazón dejara caer el último latido. Ricardo encoge las piernas, se cubre la cabeza con las mantas y deja que la memoria le conduzca por sus caprichosos laberintos.

Arcilla pegajosa era aquel barrizal cuando los pies se nos hundían hasta los tobillos bajo la carga que aguantaban nuestras espaldas. Ni mi padre ni mi madre ni mi hermano Carlos ni yo entendíamos las razones por las que nos habían llevado hasta aquel sitio rodeado de alambradas y lleno

de barracones. Y lo que resultaba todavía más chocante: vigilado por guardias con fusiles que nos miraban con desconfianza y no dejaban de dar vueltas a nuestro alrededor.

Todo había ocurrido demasiado deprisa. El desconocido que nos transportaba esa noche, ya sin ninguna gana por nuestra parte, y con la sospecha de que aquellos caminos no iban a terminarse nunca, bramó un bufido a los animales y paró en seco la carreta, desmontó con la agilidad de un gamo y se acercó por la parte de atrás para cobrar el trabajo antes de llegar al sitio donde al parecer nos aguardaban.

—En una media hora nosotros habremos llegado a Navarrenx. Allí, a las afueras del pueblo, en una casa de piedra cerca del río Gave, ya nos están esperando. Y es en ese sitio donde yo tengo la costumbre de refrescar mis animales y coger fuerzas para seguir hasta Pau. Ustedes deben saber que Pau es un pueblo grande, casi una ciudad. Les habrán dicho también que algunas familias se prestan a acogerlos, a ustedes los españoles, hasta que encuentren la manera de salir adelante, ¿no es así?

—Así nos lo han contado —contestó mi padre ya con poca fe.

—Pues aprovechen la parada, y si el cuerpo se lo pide, quédense a gusto antes de seguir nuestro viaje. Y ya saben, como ya hemos dejado atrás la parte de la Francia que está ocupada por los alemanes, no es necesario esconderse.

Todo fue acabar de decirlo, y escuchar la voz que tronó entre las piedras.

—Halte-là!

Me acuerdo bien del brinco que me dio el corazón, y como si nos hubieran puesto pólvora en el culo, como decía mi abuela Crisanta, Carlos y yo echamos a correr como gamos hacia la carreta.

—Arrêtez et levez les bras en l'air! (¡Deténganse y levanten los brazos sobre la cabeza!).

Subieron de tono las palabras de aquellos hombres a la par que nuestra prisa, pero fue mi padre quien nos reconvino, a voces también, para que nos quedáramos quietos en el sitio, que eran guardias y nos estaban echando el alto, eso fue lo que nos dijo. Y los dos nos quedamos plantados en el suelo, igual que las estatuas de piedra que tenía mi abuelo Cayetano en el taller, que ya teníamos edad para darnos cuenta de que no era asunto que hubiera que tomárselo a la ligera.

Más que los fusiles que empuñaban, y que relucían a la luz de una luna en creciente, eran los gritos y el talante de aquellos guardias los que me hacían sentir temor, que uno tras otro dejaron caer sobre nosotros un aluvión de palabras de difícil entendimiento, para quienes por aquel entonces no conocían palabra alguna en gabacho. Pero el problema tuvo arreglo al llegar a la carreta, que allí Henri, que así se llamaba el carretero, les dijo que éramos españoles, y entonces fue cuando se explayaron a gusto con nosotros, que sólo les quedó por saber el número de pie que calzábamos cada uno.

Chapurreando, y sin apearse un instante del gesto hosco con el que comenzaron el interrogatorio, no pararon hasta conocer quiénes éramos, de qué sitio de España veníamos, hacia dónde nos encaminábamos de noche como malhechores. Y aquellos cabrones, viéndonos tiernos en años a mi hermano y a mí, no paraban de soltarnos a bocajarro preguntas que eran tiros certeros, a ver si descubrían algún asunto turbio para ponernos las esposas allí mismo.

Enseguida se pusieron a parlamentar en francés con el tal Henri.

—Où allez-vous avec ces Espagnols?

—À Navarrenx, pour y passer la nuit. Puis je vais les emmener à Pau.

Entonces fue cuando los dos guardias movieron la cabeza y chasquearon la lengua. Luego nos miraron a los cuatro con cara de pocos amigos, y el más joven, un imberbe al que a la luz de la luna se le apreciaba el labio de arriba moteado de pelusa con ínfulas de bigote, chapurreó unas palabras en nuestro idioma, las mismas que torcerían esa noche nuestra suerte, si es que podía llamar así al sinvivir que arrastrábamos desde el momento mismo en que pisamos suelo francés.

—Están muchos españoles en Pau. C'est peligroso tanto número. Ustedes van a venir con nosotros... Es un lugar donde pour le moment van a tener refugio y comida.

Luego se volvió hacia Henri, que a juzgar por la calma con la que se tomaba el asunto debía de estar acostumbrado a bretes parecidos, señaló el par de caballerías que tenían atadas a un tiro de piedra de donde nos encontrábamos y ordenó con voz de mando:

—Allez! Derrière nous! (¡Vamos! ¡Detrás de nosotros!).

Sin mediar palabra, el carretero se dirigió a nosotros y nos dijo que teníamos que seguir a los guardias sin rechistar, y sin rechistar subimos a la carreta. Enseguida montó de un brinco, espoleó a los animales y se colocó

detrás, tal como se le había dicho que hiciera. Y así, con el cuerpo dando botes por vericuetos llenos de piedras, nos encaminamos durante un par de horas bien cumplidas hacia el sitio al que nos conducirían aquellos dos guardias, que no serían alemanes, pero que a nosotros, por huir de la cárcel del pensamiento como decía mi padre, iban a castigarnos con otra cárcel. Porque eso y no otra cosa era el barrizal pegajoso y maloliente donde nos llevaron aquella mañana, cuando los primeros rayos de sol se empeñaban en hacer brillar las alambradas.

La llave de Madeleine en la cerradura ha interrumpido las evocaciones de Ricardo. Antes de que sus pasos se aproximen al dormitorio, ritual que la muchacha ejecuta con precisión cada mañana tras entrar en la casa, se apresura a arrebujarse entre las mantas y comienza a respirar fuerte, de forma acompasada, simulando el sueño que no ha querido acompañarle durante la noche.

Puede adivinar el sigilo de sus movimientos, su oído pegado a la puerta, su respiración contenida. No en vano le tiene dicho que si le encuentra dormido no se le ocurra despertarle, orden que argumenta con el razonamiento de que los viejos no se llevan bien con el sueño, y que por eso, si alguna vez lo pillan, es preciso tratarlo bien para que a la noche siguiente vuelva.

No le cuesta acentuar su magnífica representación con algún leve ronquido, gracias a las numerosas veces que se ha visto obligado a ensayar la farsa; ni más ni menos, las mismas que por imperativo de su añoso cuerpo, o de los amarres del pasado, no se veía con ganas para poner un pie en el suelo.

Un minuto escaso, y se desembaraza de los ropajes para prestar oído a los ruidos de fuera. Los cacharros en el fregadero le avisan de que Madeleine, aunque sea por un rato, se ha desentendido de él. Ya puede respirar tranquilo. Se agarra con fuerza a los barrotes de la cama y no sin trabajo logra darse media vuelta. Si no lo hace, los huesos protestan y le castigan sin miramientos.

Y así, una vez logrado el difícil acomodo, Ricardo deja que su pensamiento regrese a aquel lugar.

No era Gurs el sitio apropiado para quienes llevaban a sus espaldas, como les sucedía a ellos, varios días de zozobra y penurias. Desde que habían dejado su casa en Talavera, casi dos semanas atrás, sus cuerpos habían resistido caminatas y hambre, frío y sed, horas de luz rodando por el suelo a la espera de las noches, para luego aventurarse en la oscuridad con el miedo pegado al cuerpo, como si de un hábito pesado se tratase. Temiendo siempre que si los alemanes se cruzaban en su camino pudiera ser su último viaje.

Cuando los guardias se detuvieron en aquella planicie elevada, las primeras luces del día les mostraron las alambradas, y dentro de estas, las líneas que dibujaban el trazado interior del campo: un sinfín de barracones alineados cual si formasen parte de un disciplinado regimiento.

La cara de sus padres ante aquel panorama desolador le ha acompañado durante su larga existencia; todavía puede recordarlo con nitidez. Por un momento, diríase que la entereza de Rogelio González-Coruvo caía al suelo demolida por la piqueta del infortunio. No fue menor la consternación de su madre, quien no paraba de santiguarse mientras pronunciaba entre dientes exclamaciones que ponían en evidencia su sorpresa y su desesperanza.

—¿Qué es esto? ¿Dónde nos han traído? ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Virgencita del Prado, ampáranos!

Pese a su juventud, su hermano y él se dieron cuenta de que aquel lugar no era ni por asomo el que su padre buscaba para ellos. Si los guardias los habían conducido hasta allí, no era para mostrarles aquel enjambre de cobijos iguales. Y los dos, pese a su juventud, comprendieron enseguida que aquel recinto rodeado de alambradas era lo más parecido a una cárcel. Aunque no tenía nada que ver con el penal de Ocaña, del que no hacía mucho se había librado su padre, tampoco parecía el sitio anhelado por este para sacarlos de una España en la que el miedo corría por las calles a sus anchas. Esa vida justa que quería ofrecerles para vivirla libres y en paz no parecía hallarse entre aquel espacio vallado, cuyas puertas acababan de atravesar escoltados por los dos guardianes de su mala suerte.

Ya dentro de aquel recinto que se asemejaba a un campo de concentración, los llevaron hasta la caseta donde se encontraba uno de los mandos con responsabilidad, quien sin perder un instante comenzó el interrogatorio dirigiéndose a Rogelio en un español correcto, en el que se percibía sin embargo un aire distante acentuado por un tono autoritario, casi hostil.

—Entréguenos su cédula personal.

Rogelio echó mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó la cartera y se apresuró a mostrar el papel requerido.

—Aquí la tiene, *monsieur*.

No bien hubo soltado su padre el papel amarillento sobre la mesa, aquel hombre lo cogió de prisa entre los dedos y comenzó a leer en voz alta los datos que allí se recogían.

—Rogelio González-Coruvo Muñoz..., natural de Torrecilla de los Valles, provincia de Toledo, nacido el 6 de mayo de 1896, de estado casado y profesión... ce-ra-mis-ta. Ceramista —repitió asegurando la pronunciación—. Habita en la Plaza de San Miguel número 3 en Talavera de la Reina, donde reside habitualmente... Año de 1935.

De pronto el guardia frunció las cejas, torció el bigote rubio y espinoso que le cubría el belfo y gritó:

—¡Esta cédula no es buena!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Rogelio con gesto confuso.

—No vale en su país, no vale aquí tampoco. Usted vea la fecha —añadió el guardia con vaivenes nerviosos de su dedo al papel—. ¡Antes de su guerra! Ningún valor para nosotros.

La reacción airada del guardia fue un mazazo inesperado. Un nuevo regate del destino para rematar lo que pudiese quedar en pie de la fe en una vida mejor. El temor era visible, y cada uno de los cuatro lo manifestaba a su manera. Su madre cruzando los dedos y musitando una plegaria inaudible, su hermano Carlos y él sin poder dejar los pies quietos en el suelo, y su padre tratando de buscar la respuesta precisa que salvara a su familia de dar con sus huesos en alguna de aquellas barracas, a las que el sol de la mañana esculpía con absoluta crudeza.

Conteniendo la respiración, siguieron los movimientos nerviosos y rápidos de Rogelio, quien se afanaba en sacar el portapapeles que llevaba bien guardado entre la chaqueta de pana y el forro. Hecho esto, desató las cintas y sacó los papeles que podrían librarlos de la hecatombe.

—Mire usted, haga el favor —rogó al gendarme mientras le ponía delante el fajo de documentos debidamente desplegados y en orden—. Aquí están las partidas de nacimiento de los cuatro, y la fe de bautismo de mi mujer, de los muchachos y mía.

El civil pasó las manos y los ojos por los documentos sin apenas reparar en su contenido, se dirigió a su acompañante, allí presente, que por la edad y la posición que ocupaba tras el pequeño escritorio situado a su derecha debía de tener menor rango, y le entregó los papeles.

—*Inscribes gens.*

Mientras los cuatro seguían la escena, volvió a encarar a Rogelio sin apearce del tono airado con el que los había recibido.

—Devolveremos a usted sus papeles, no vaya a tener duda. Y si usted me lo permite, yo le daré un consejo: no tenga más la idea de atravesar

ninguna frontera sin su cédula personal.

—Ya sabe usted que en España hemos salido de una guerra... y que...

—Yo lo sé bien. Desde el 39 son miles los compatriotas suyos que han pasado por este sitio —se apresuró a decir cortando las explicaciones de Rogelio—. Yo imagino que usted será venido con su familia por las mismas razones que a ellos los llevaron a cruzar nuestras fronteras. No es necesario ser listo para adivinar que usted es republicano y que ha huido de la España de Franco. ¿No es así?

—Sí, señor, ha acertado usted.

—¿Y cómo es que ha esperado tanto tiempo, hombre?

—Me tuvieron preso dos años y...

El gendarme volvió a interrumpir las palabras con las que Rogelio pretendía responder a su pregunta.

—*Prenez note, Antoine! Un prisonnier de guerre pendant deux ans en Espagne!* —ordenó con un gesto dirigiéndose al muchacho antes de proseguir el particular interrogatorio—. ¿Qué busca en Francia con una mujer y dos hijos? —inquirió.

—Libertad y trabajo; eso es lo que busco.

—Pues usted se ha equivocado de tiempo y de lugar, ¿o es que no sabe que la mitad de la Francia es ocupada ahora por los alemanes?

—He tenido tiempo de aprenderlo en estos días, sí, señor. Mi familia y yo llevamos a las espaldas noches y leguas huyendo de ellos.

—Haga una explicación más clara, *si vous n'avez aucun problème*.

—Pues le diré que entramos por Hendaya, y el barquero que nos llevó desde Fuenterrabía hasta allí nos puso al corriente de lo que pasaba. Supimos entonces que si no llegábamos pronto a la zona francesa libre, podíamos caer en manos de los nazis. Y así llevamos ya varias noches, de un sitio para otro, con la idea de alcanzar lugar seguro —relató Rogelio con abatimiento.

—Sí, sí, sí... ¿Y hasta dónde pensaban llegar?

—Hasta Pau. Nos dijeron que allí iban a darnos cobijo. Ya sabe, en alguna de las familias que al parecer están dispuestas a ayudar a la gente como nosotros —añadió su padre, mientras Pilar, su madre, movía la cabeza con gesto abatido y los dos hermanos no cesaban de danzar nerviosamente sobre el cemento del suelo, sin dejar de mirar a aquel hombre que no paraba de hostigar a su padre con un pedrisco de preguntas.

—Francia no está en condiciones de abrir sus fronteras a la mitad de los españoles como ustedes. ¿Quién puede decir a nosotros que usted y sus hijos

no son *maquis* aliados con la resistencia? Nuestra obligación es comprobarlo.

—Sólo queremos trabajar. Ganarnos el pan con nuestras manos...

—¿Qué saben hacer?

—Un servidor trabaja la cerámica, y mis muchachos, los dos —añadió dirigiéndose a ellos—, saben sacar a la piedra lo que se les ponga por delante: imágenes para las iglesias, escudos para las casas, tumbas para los cementerios... Y mi mujer es costurera; ya sabe, hace vestidos, pantalones, ¡lo que se tercié!

—*Je comprends, je comprends* —dijo rascándose la cabeza—. Aunque los franceses no vivimos buen momento para las cosas del arte, *c'est bien vrai*. Pero no pierdan ánimos, como dicen ustedes los españoles, que si trabajan con el barro, podrán aquí practicar lo que ustedes quieren, todo el tiempo que van a pasar con nosotros en Gurs; usted podrá ver que tenemos buena arcilla —concluyó el guardia con una sonora carcajada llena de ironía antes de señalarles el islote donde tenían su casa.

Más de setenta años y todavía mi cabeza no puede echar fuera los sobresaltos de aquella maldita mañana. El mandamás se levantó de la mesa y nos ordenó con un gesto poco amigable que le siguiéramos. Ya fuera, dio un grito y acudieron dos guardias, metralleta en mano. Luego voceó algo en francés que nos descifró de inmediato: «No se asusten, que las armas las portan por si ellas fueran necesarias de usar. Y como deseo tenerlos cerca, yo les he dicho que conduzcan a ustedes al segundo barracón del primer ilot de la derecha; allí tienen su casa. Ah, y ustedes deben saber que tienen suerte, porque acaban de partir a Polonia los treinta y dos judíos que se encontraban alojados dans leur petit hôtel», dijo el desgraciado señalando la chabola sin abandonar el deje de sorna que tanto parecía divertirle.

Y allí estaba nuestra casa, una barraca pareja en facha y tamaño a la treintena que se enfrentaban formando dos filas, una a cada lado de la parcela. Las paredes eran tablas finas sin apenas huecos para que entraran la luz y el aire, aunque esa misma noche aprenderíamos que el aire precisamente no hallaba traba alguna para colarse por los cartones que cubrían las muchas rendijas que se abrían entre los listones. Y para colmo, el techo desde esa primera noche también nos hizo saber que no era otra cosa que un colador viejo y agujereado. Quizás en su día pudo haber servido de sombrilla o de paraguas a los infelices que habrían ocupado aquel tugurio

miserable y apestoso antes que nosotros, pero a las alturas en que nos tocó dar con nuestros huesos en el lugar, de techo sólo le quedaba el nombre, que hubimos de pasar las horas de oscuridad cambiando de un sitio para el otro los sacos de paja que nos servían de jergón, y todo porque el cielo no paró de llorar en la oscuridad, quién sabe si haciéndose eco de nuestros pesares. Ese fue nuestro trajín durante una noche tan larga que parecía que el sol nunca iba a asomar por detrás de los cerros.

Mi madre se pasó en un ay todas las horas de aquella primera jornada en Gurs, que todo fue atravesar la puerta de la que iba a ser nuestra casa y, sin decir palabra, sus ojos y los suspiros que sujetaba con las manos antes de que le salieran por la boca dejaban bien a las claras la angustia que la comía por dentro a la pobre. Y lo peor, sin atreverse a decir nada por no aumentar la pesadumbre que cada uno veíamos en la cara de los otros tres.

Al fondo del barracón, se amontonaban un sinfín de sacos de paja y un par de jergones, y al no ver camas en parte alguna comprendimos que era el sitio que teníamos para tender la fatiga por las noches. En un rincón había un hornillo redondo de barro, del vuelo de un cubo, con dos asas de hierro, un boquete en la panza para alimentarlo y una rejilla para colocar el puchero, y pendiendo de una alcayata, dos ollas pequeñas de barro con los bordes mellados. Era claro, por el óxido y el polvo que acumulaban, que llevaban tiempo sin cumplir su función. Lo malo es que allí no se veía leña ni carbón, y menos algo que llevarse a la boca, de modo que hasta el día siguiente, en el que nos entregaron la ración diaria, sobrevivimos con las dos hogazas y la longaniza que nos habían metido en las alforjas antes de abandonar la casa blanca, situada a media legua de Ixassou, la que tenía las ventanas y las puertas rojizas, después de que mi padre aflojara la faltriquera, como mi abuela Crisanta solía decir en ocasiones semejantes.

Recuerdo que pasamos el día allí prisioneros, no sé si por miedo a lo que pudiera aguardarnos afuera, porque el abatimiento terminó por postrarnos en el sitio, o por las dos cosas a un tiempo. Lo cierto es que estábamos tan quietos que nuestra estampa me trajo otra vez a las mientes las estatuas de piedra de mi abuelo Cayetano plantadas en el taller. Estas, paralizadas por sus manos, nosotros, por la mala suerte, que esa mañana se le antojó cortar de raíz las pocas esperanzas que nos quedaban en pie, así que no hubo más salidas a la calle que las precisas para evacuar.

No se me olvida que la primera vez que salimos en busca de los retretes íbamos los cuatro juntos, entre el barrizal y las miradas de curiosidad y

desconfianza de la gente, que se arremolinaba en corrillos a lo largo de aquella columna vertebral embarrada que hacía de medianía a las dos filas de cobertizos. Y si a mi padre se le ocurría preguntarles algo, la contestación no era cosa fácil, que en la parcela donde nos habían metido, el único idioma que nos servía para entendernos era el de los gestos. A poco, terminamos averiguando que casi todos eran judíos.

Así fue como descubrimos que el sitio para hacer nuestras necesidades, los urinarios y los retretes, era de todos. A estos últimos había que subir por una escalera, debido a que estaban contruidos a dos metros del suelo sobre un tablado, y como tenían debajo los excrementos, al subir y bajar se removía el estómago con los olores que gateaban de las letrinas.

Aligerado el cuerpo, descendimos de aquella inmundicia y, por señas también, supimos que había un lugar común donde asearse y allí nos fuimos derechos, a ver si con unas cuantas abluciones se nos iba el hedor. Pero nuestro gozo en un pozo, que para desgracia nuestra nos encontramos con que los aseos no tenían nada que envidiar a los abrevaderos para animales. El armatoste no era otra cosa que una artesa recubierta de zinc con varios senos, a la que vertía una tubería con tantos agujeros como huecos sobre los que derramar el agua. Eso sí, sólo a las horas convenidas. De modo que pronto aprenderíamos también que había que andarse con ojo si queríamos pillar agua y pila libre.

Siempre he dicho que la noche que siguió a ese día fue una de las más largas de mi vida, que entre el trajín huyendo de las goteras, que más que goteras eran chorros, y la angustia de mi madre, que la pobre intentaba tragarse los lamentos antes de que se le escaparan de la boca, entraba la claridad por las aberturas de las paredes cuando al fin el sueño terminó con las pesadillas de la vigilia.

Pero la calma duró poco. Muy de mañana nos despertaron los golpes en las tablas y las voces de los guardias, que sin miramientos atravesaron la puerta antes que ellos.

—Vite, vite! Allons-y! Vous êtes maçons, n'est ce pas? Il faut réparer les toits! Il va beaucoup pleuvoir aujourd'hui. (¡Rápido, rápido! ¡Vamos! Son albañiles, ¿no? Hay que reparar los tejados. Va a llover mucho hoy).

Al instante nos incorporamos los cuatro de un brinco. Aun puedo recordar que el corazón me hacía redobles de tambor en la garganta, lo mismo que la sangre en las sienas.

De sobra sabían aquellos guardias que no comprendíamos ni palabra de lo que por el tono parecía una orden, pero como no daban muestras de querer dar explicaciones, mi padre se las pidió, que no era hombre que aceptara de buen grado el abuso porque sí de los que tenían el mando, así que se encaró a ellos con brío, tanto en la voz como en el gesto.

—Somos españoles; lo saben de sobra. No comprendemos su idioma. Si tienen algo que decirnos, habrá de ser en español, que es el habla que aprendimos desde la cuna.

Entonces fue cuando uno de los dos, el más alto y corpulento, tuvo a bien descifrar aquellas palabras, voces más bien, que todavía retumbaban en las tablas de la barraca.

—Nosotros tenemos su ficha, monsieur, y usted trabaja con el barro, n'est-ce pas?

Sin entender bien adónde querían ir a parar, mi padre hizo un gesto afirmando con la cabeza, mientras los cuatro esperábamos un milagro que nos sacara de allí, aunque por desgracia no iba a producirse hasta casi dos meses después.

El guardia miró al techo y señaló los agujeros por donde el agua seguía goteando sin parar.

—Alors, usted y sus muchachos vont venir rapidement avec nous. La réparation des toits est nécessaire —ordenó mostrando la puerta para que le siguiéramos.

Mi madre, que se había llevado la mano al pecho, como lo hacía siempre que quería sujetar las sacudidas de un corazón que en los últimos tiempos, y según le oí decir un día a mi padre, andaba a punto de salirse de la caja, se acercó a los guardias y dijo con voz que parecía no atreverse a salir de la garganta:

—Monsieur, por Dios bendito, le pido que me deje ir con mi marido y con mis hijos —les decía cruzando las manos en señal de súplica.

Pero de nada le sirvieron sus ruegos.

Todavía me duelen las lágrimas que mojaban la cara de mi madre aquella maldita mañana cuando seguía con los ojos nuestros pasos. Mi madre lloraba de miedo. El miedo que nos había hecho huir de España corría también a sus anchas por las calles embarradas de Gurs. Se amasaba en el barrizal en el que se hundían nuestros pies, mientras nos alejábamos del barracón escoltados por dos guardias con fusiles. El mismo miedo que se adivinaba en los ojos de quienes se asomaban a las puertas, o en el murmullo

de quienes nos veían pasar.

Y mientras mis zapatos se hacían más grandes y pesados, cada vez que lograban desembarazarse de la arcilla pegajosa del suelo, iba pensando yo que mi padre se había equivocado. No había más que mirar alrededor. Las alambradas y los guardias estaban allí para recordarnos que nos tenían presos. Y esa mañana, allí, entre el barro, a mis diecisiete años sentí que se me rompía en pedazos la confianza en mi padre, en la vida nueva que nos había prometido. Y pensé entonces que lo que le había dicho a mi madre aquella noche en nuestra casa era mentira. El lugar a donde nos había traído estaba en guerra. El miedo se respiraba y se mascaba. Por el mar, por los caminos de la noche, en las casas perdidas a las afueras de unos pueblos cuyos nombres nos resultaban extraños; en los rostros de unas gentes a quienes no entendíamos. El miedo se había agazapado con nosotros en los refugios donde nos habíamos ocultado de la luz del sol, a la espera de otra noche más para salir a la seguridad incierta de lo oscuro.

Y sin poder remediarlo, al tiempo que avanzábamos escoltados por los dos guardias, culpé a mi padre de las lágrimas de mi madre, de su mirada de desesperanza cuando nos obligaron a dejarla sola en la barraca; de la náusea que me subió hasta la boca en las letrinas, del hambre, de las goteras, del frío, de la lluvia y del barrizal. Y pensé que nunca iba a perdonarle que me hubiera arrancado de raíz los ojos de Manuela, su pelo del color de la paja, sus labios recién descubiertos entre los almendros donde se arrullaban las palomas, una tarde detrás de la caseta de la huerta donde sobrevivían los seis a la ausencia de un padre encarcelado. Y sobre todo, aquellos besos que me recordaban el sabor del pan blanco con azúcar, de las uvas maduras y la miel.

Mientras Madeleine no deja de bullir por la casa, Ricardo sigue pensando en Manuela. Por momentos, parece que el sueño se apoderase de su conciencia, aunque más preciso sería decir que cae en esa especie de sopor cercano a la frontera del ensueño en la que el juicio aún es dueño de manejar algunos resortes de la fantasía.

Sin embargo, dormido o despierto, no tarda en retornar Manuela. Y no la niña que le hizo enrojecer en el pupitre el día que estrenaron aquella palabra tan rara que la señorita Aurora escribió en la pizarra; ni la joven que acudió a su encuentro una tarde detrás de la huerta vestida con una falda azul de vuelo, una blusa blanca de manga corta con bodoques perforados, y el movimiento de su melena inquieta y rubia, que ya le rozaba los hombros renacida tras la cruel mutilación. Vuelve la imagen acabada y hermosa de la mujer en la que se había convertido tras dos lustros de distancia, cuando la buscó y la encontró cruzando el Puente de Hierro, camino que recorría a diario cargada de hortalizas desde la casita humilde y blanca que habitaba al otro lado, en la vega del Tajo, circundada por un pegujal de surcos donde cada jornada se vertían su sudor y su desventura. Y con la imagen de Manuela, vuelve también aquel viaje que le permitiría abrazarla.

Terminaba el mes de julio de 1952. En esas fechas, la economía de la familia podía permitirse el lujo de cerrar algunas semanas el taller que tenían en las afueras de Poitiers, razón por la que Rogelio, su padre, los animó a visitar España, sin otro motivo que encontrase con las dos mujeres que en un pueblo de la geografía toledana llevaban más de una década llorando su partida y aguardando su vuelta: su abuela Crisanta y su tía Inés.

Fue una noche de estrellas y luna en creciente. Los cuatro disfrutaban de unos minutos de paz plateada, antes de entregarse al sueño, cuando la voz de su padre resonó de pronto en la quietud del patio.

—En agosto hay pocos encargos, y los que lleguen, mal ha de ser si estas manos no se atreven con ellos —dijo con aires de misterio que a Ricardo no le pasaron desapercibidos, aunque estuviera lejos de adivinar la

sorpresa que arropaban.

—Pocos o muchos, sabe usted que entre los tres los sacaremos adelante —se apresuró a puntualizar.

—No en agosto, hijo. Anoche le estuve confiando a tu madre la idea que me ronda en la cabeza desde hace meses: vais a viajar los dos a España. A Torrecilla de los Valles, el pueblo de mi infancia y de la vuestra. ¿O es que vais a decirme que no lo echáis de menos?

Los dos le miraron con perplejidad. Era la primera vez que hablaba del retorno.

—Sí, hijos. Ya sois hombres hechos y derechos. Confío en vosotros tanto como en mí mismo. Es hora de que desandéis el camino que os obligué a tomar cuando la situación me obligó a mí. Mi madre os recibirá con los brazos abiertos —prosiguió su padre con un tono en la voz que dejaba a la intemperie su sentir—. Y mi hermana Inés más todavía; sabéis que no para de repetirlo en las cartas. Ella os quería como a los hijos que no tuvo, y...

Carlos, quizá por ser el mayor de los dos, interrumpió a su padre con palabras que traslucían un atisbo de contrariedad.

—Pero, padre, no es que no queramos ir a España, que lo estamos deseando —dijo buscando la aquiescencia de Ricardo, a quien de solo imaginarlo se le achisparon los ojos con el sueño del retorno, y comenzó a moversele la barbilla en vaivenes asertivos sobre el pecho—, pero ¿por qué no se animan madre y usted y se vienen con nosotros?

—Eso, padre. Ganas no le faltan —apostilló Ricardo—. No vaya a negar que lo está deseando. Lo mismo que usted, madre. A ver si ahora va a decir que no es verdad.

Pilar buscó las miradas de sus hijos en el aire plateado de aquella noche, en la que la emoción del momento, unido a la frescura propia de las noches veraniegas de Poitiers, acababa de arrancarle un escalofrío, a todas luces visible por la sacudida que convulsionó su cuerpo.

—Claro que me gustaría volver. Tanto como a tu padre. Lo deseo como lo deseáis vosotros. Echo de menos los veranos de Talavera, el olor del Tajo y el de las flores del Prado. No hay día que mi pensamiento no vuele a la Plaza de San Miguel. A nuestra casa. Y cuando al acostarme cierro los ojos, me vienen a la mente cada uno de sus rincones. Y entonces os veo corretear por las habitaciones, y escucho vuestras risas, vuestras rabieta cuando erais chicos... ¡Virgen del Prado! Las perras que cogíais por cualquier cosa... Y anda que no erais antojadizos, tan igualones los dos. Quizá me llaméis

exagerada, pero echo de menos la máquina de coser, que aunque aquí tenga una de las mejores, aquellos pedales se movían solos... Un día iremos juntos los cuatro. Volveremos tu padre y yo a la tierra donde están nuestras raíces. Y podré abrazar por fin a las dos mujeres a las que quiero como si de mi madre y mi hermana se trataran: abuela Crisanta y tía Inés, que así es como se hicieron querer desde el día mismo en que puse los pies en la familia. Lo mismo que el abuelo Cayetano, un santo a quien no le cabía el corazón en el pecho. ¡Lástima que a él ya no podamos abrazarle más!

Los tres, que habían seguido las palabras de Pilar sin apartar la mirada de su cara, percibieron un brillo acuoso en sus ojos a punto de rebosarle las cuencas, pero ella se apresuró a detenerlo con el dorso de las manos. Tras unos instantes de silencio acerado, la mujer comenzó a hablar de nuevo, sin dejar de mirar alternativamente a sus dos hijos.

—Anoche yo también le dije a vuestro padre lo mismo: que por qué no nos liábamos la manta a la cabeza y nos íbamos los cuatro. No sobran los cuartos, pero gracias a Dios marchamos bien y podemos hacer el viaje sin agobios... Pero él, que es hombre sesudo, me convenció de que lo mejor es esperar.

—¿Esperar a qué, padre? —indagó Carlos con un aire de velada protesta.

Antes de responder, su padre respiró fuerte y expulsó el aire lentamente, con trabajo; como si dentro del pecho se le hubiera espesado.

—Nada deseo más que poder volver un día a mi tierra, encontrarme con mi madre y con mi hermana, y poder remediar de este modo todos los abrazos que el maldito exilio nos ha robado. Pero aún no es tiempo. Al dictador no le tiembla la mano a la hora de firmar sentencias contra nosotros, los republicanos. Ya estuve en prisión una vez, y no quiero darles a los fascistas el gusto de que me echen el guante de segundas. Así que, Pilar —concluyó con firmeza—, prepárale la maleta, que en un par de semanas esta pareja sale para España... ¡Aguardad un momento!

Y dicho esto, Rogelio, seguido por la curiosidad de los tres, se levantó de la silla y se metió en la casa. En pocos segundos, apareció con un sobre en la mano.

—Aquí tenéis la carta que tengo escrita para echarla mañana mismo al correo. Bien sabía yo que no ibais a negaros, pero antes de mandar la misiva, era preciso contar con vuestro consentimiento. Ya no sois los muchachos a los que embarqué a regañadientes una noche desde Las Vascongadas. Ya sois

hombres. A vuestra edad ya tenía yo mi propio nido... Y con dos polluelos que hoy están en edad de formar el suyo. Pero eso es harina de otro costal, como decía abuela Crisanta —añadió levantando el sobre—. Es para ella. Aquí lleva su nombre escrito: Crisanta Muñoz Oliva. Y la dirección del pueblo donde la están esperando las dos, tía Inés y abuela: Torrecilla de los Valles. Para que veáis que no albergaba duda alguna de cuál iba a ser vuestra respuesta, ¡leed, leed estos renglones, a ver qué os parece!

Fue Ricardo quien tomó las cuartillas, colmadas con la letra inclinada y angulosa de su padre. Aquellos trazos dibujados con tanto mimo como si de motivos florales sobre arcilla se tratase.

Poitiers, a 30 de julio de 1952

Mi querida madre y hermana:

Deseo que al ser esta en su poder se encuentren bien las dos, que aquí las cosas no marchan mal del todo, pues lejos de la familia y de España, por muy bien que uno quiera sentirse, siempre le araña la distancia en el corazón. Por lo demás, no podemos quejarnos, que la salud no falta, ni el trabajo tampoco.

Lo primero es hacerme perdonar por mi tardanza en contestar a la suya, que ya va para tres meses que tuve noticias y unos días por otros el tiempo se va pasando sin pensar, aunque eso no quiere decir ni mucho menos que no las tenga presentes a las dos, pues han de saber que me gusta recordarlas como eran entonces, que yo quiero guardar memoria de aquel tiempo cuando todos estábamos juntos y soñábamos con ser libres, aunque por desgracia algunas mentes cerriles nos pusieran un precio demasiado alto a la libertad, y después nos la arrancaran de las manos con sangre. Siempre que cojo la pluma me hago el propósito de no poner ni una palabra de aquello que no quiero nombrar, pero no lo puedo remediar, que las heridas aún siguen abiertas.

No vayas a pensar Inés que se me pasó lo de tu cumpleaños, ni el de madre tampoco, que bien que me acordé, y como no hay santo sin octava, pues os mando a las dos un millón de felicidades, que ya me hubiera gustado acudir a decirlo en persona.

Madre, me preguntaba usted en su carta que para cuándo vamos a volver a España, pues le digo que las cosas no van a ser siempre así, y que un día va a llegar en que los españoles que estamos fuera podamos retornar sin miedo a la revancha y con la cabeza bien alta, que a nadie se le tiene que apartar por las ideas que tenga, y mucho menos encarcelar el pensamiento. Así lo aprendí de usted desde la cuna, y así he procurado inculcárselo a mis hijos siempre.

Me decías, Inés, que te contara cosas de tus sobrinos, pues qué te voy a decir si no es que son dos hombres hechos y derechos, buenos mozos como su abuelo Cayetano, y con unas manos con el cincel que serían su orgullo de haberlo conocido, que han heredado su habilidad y sacan de la piedra lo que se les antoja lo mismo que hacía él, de modo que estamos los tres juntos en un taller que hemos abierto, que es esta una ciudad con mucha historia y no falta ocupación.

Muchas veces me viene a la cabeza cómo habrán pasado estos años por las dos, que con las fotografías sólo te das una idea, pero como pasan para todos, yo tampoco soy el que era entonces, que he enreñado, lo mismo que Pilar, y tengo menos pelo, esto lo digo por si cualquier día me presento en el pueblo y no me conocen, aunque dejando las bromas aparte, es hora de que se vayan preparando para una buena noticia, así que sin dar más coba voy a ello. Lo que tengo que decirles es que Carlos y Ricardo están arreglando los papeles para ir a España, y en cosa de un mes están en el pueblo. Y luego,

según lo que me cuenten de cómo andan las cosas, a lo mejor yo también me animo, que ya tengo ganas, pues estos once años se me han hecho siglos, así que me contestan a vuelta de correo y me dicen lo que les parece la novedad.

Por mi parte no me cansaría de añadir renglones a esta carta, pero se me está haciendo tarde y hay que dormir, que en cuanto salga el sol nos tenemos que ir al taller, de manera que reciban muchos besos de Pilar y de los muchachos, y de este su hijo y hermano todo el cariño que siempre guarda para las dos en el corazón.

Rogelio

Cuando terminó la lectura de la carta, y después de plegarla sobre sus dobleces, Ricardo la introdujo en el sobre y se la entregó a su padre. Un escalofrío le recorrió la piel de la nuca a los tobillos haciéndole sentir cada poro de su cuerpo. Entraba la madrugada del último día de julio de 1952, y crecían a la par el relente y el silencio. Las emociones en los ojos de los cuatro eran espejo de las estrellas. Y así, en la quietud del patio, permanecieron callados unos instantes, al tiempo que los recuerdos de un pueblo lejano, tendido entre valles y colinas, emergía como un barco entre el oleaje de la noche.

De lo alto de la ciudad llegó el sonido metálico y desnudo de un reloj. Era la una de la madrugada. Rogelio se levantó de la silla. Como cada día, cuando el sol apuntara en el cielo, los tres habrían de estar en el taller si querían sacar adelante los encargos pendientes antes de que Carlos y Ricardo partieran hacia España.

—Es la una, mozos. Con las glorias se olvidan las memorias, ya lo decía mi madre. A la cama, que mañana, además de la faena, hay que empezar a arreglar los papeles, si es que pensáis llegar al pueblo antes de que se acabe la función.

Cuatro golpes contundentes en la puerta bastan para desvanecer las remembranzas de Ricardo. Al tiempo que se entreabre la hoja de madera, la voz de Madeleine irrumpe en la alcoba entonando la consigna que empieza a hacerse cada vez más frecuente.

—*Monsieur* Coruvo, ¿qué pasa hoy a usted? Es ya hora de tomar su desayuno. Usted va a darse prisa o va a venir la hora de la comida. ¿Usted necesita ayuda para que le vista y le acompañe a la cocina? —su obligación es preguntarlo, aunque de sobra conoce la respuesta.

—Tú sigue a lo tuyo, que para eso aún me valgo.

—*C'est bien, monsieur* —dice encajando la puerta.

A duras penas, Ricardo obedece tirando de un cuerpo que en los últimos días se empeña en poner freno a las órdenes de su cabeza.

Madeleine ha cumplido su misión, y ya oye sus pasos alejarse por el pasillo, mientras canturrea la canción que no se le cae de la boca. Da igual si se ocupa de limpiar el polvo, si está preparando una sopa de cebolla, o colocando los platos. Le encanta tararear los mensajes machacones de esa chica rubia y desgarrada que repite acordes monótonos por las plazas de París. Alguna vez en televisión se ha topado Ricardo con ella, y no ha tenido por menos que reconocer en sus gorgoritos la cantinela de Madeleine. ¿Cómo se llama la intérprete? No lo sabe ni le importa. ¡Qué más le da su nombre! Los nombres de la gente a su cabeza ya empiezan a darle lo mismo, así es que a él también. Lo cierto es que ni por asomo le pone el sentimiento de Juliette Gréco, ni el desgarro de Édith Piaf, si bien ha de admitir que le encuentra cierto parecido con ellas. Esas sí que cantaban de verdad. Cuando las escuchaba en el taller, en la primera gramola que les compró su padre, se le revolvían las entrañas y pensaba en Manuela.

Se acerca a la cocina arrastrando las zapatillas, mientras la voz de Madeleine sigue repitiendo los mismos estribillos, que a fuerza de oírlos ya empiezan a sonarle tolerables.

Offrez-moi la tour Eiffel, j'en ferais quoi?

*Je veux d'l'amour, d'la joie, de la bonne humeur.
Ce n'est pas votre argent qui f'ra mon bonheur.
Moi j'veux crever la main sur le cœur.*

*(Ofrecedme la Torre Eiffel, ¿qué haría con ella?
Quiero amor, alegría, buen humor.
No es vuestro dinero el que me hará feliz.
Yo lo que quiero es morir con el corazón en la mano).*

—Buenos días, Madeleine —saluda el hombre con voz fatigosa.

—*Bonjour*, segunda vez, *monsieur* Coruvo. Hace rato que es tiempo de que usted abre los ojos, *n'est-ce pas*?

—Claro que sí, mujer..., abiertos los tengo. Y para cerrarlos del todo no está mal eso que dices de morir con el corazón en la mano. Así quiero morirme yo.

—Yo no lo digo, lo dice Zaz, la chica que canta la canción. Y nada de muerte, que usted tiene guerra que dar, como dicen ustedes los españoles.

—¿Así se llama la flaca esa que canta por las calles?

—Eso es, se llama Zaz... —hace una pausa y se le encara con extrañeza—. ¿Va a decirme, señor Coruvo, que a usted le gusta Zaz? —le pregunta ella con una mirada burlona mientras le ayuda a acomodarse en la pequeña mesa de la cocina, donde ya humea el tazón de leche escoltado por dos crepes brillantes y esponjosas.

—Quita, quita, estas de hoy no cantan... Maúllan como los gatos.

—Pero dicen cosas con sus canciones.

—Sí, sí... ya lo veo, ya... —afirma Ricardo acompañando sus palabras con un ligero movimiento de cabeza.

Mientras Madeleine le sirve el desayuno, él le pregunta por los pequeños, y ella le cuenta que han visto a su padre el fin de semana, le narra alguna de sus travesuras, y se lamenta por no poder dedicarles el tiempo que debería ser de ellos. A su madre le van pesando los años, y aunque los cuida con esmero, ya va acusando la fatiga.

—En siete días será *sa fête d'anniversaire*, *monsieur* Coruvo. ¿Usted sabe? En una semana, *maman* tiene sesenta años —exclama la muchacha acompañando sus palabras de un gesto de fastidio.

—¿Y te parecen muchos? Quién los pillara, como decía mi padre... A los sesenta andaba yo todavía como un gamo por los tejados de Poitiers. Pero

ahora... Ya me ves... hecho una calamidad... Hasta las zapatillas se me quejan cuando las arrastro por el pasillo.

—¡Cómo gustan ustedes los españoles de la exageración!

—No, muchacha. Lo que digo es la pura verdad. Tú eres de la generación que siembra las flores, tu madre aún puede regarlas, y yo ni siquiera soy capaz ya de sentir su olor...

—Usted gusta decir las cosas que hacen pensar. Vamos, le acompaño a su sillón.

—No hace falta, mujer. Todavía muevo los huesos, aunque protesten mis zapatillas.

Madeleine corea con una carcajada las palabras del anciano, que ya se ha puesto en pie y con movimientos trabajosos se encamina hacia la salita de estar mientras ella vuelve a la rutina de la limpieza sin dejar sus canciones. Y a la hora convenida, como cada día desde hace casi seis años, un portazo le devolverá a Ricardo al sitio donde dejó sus recuerdos, sus ensoñaciones, o una mezcla indivisible de ambas cosas a la vez.

Se acomoda en el sillón orejero que le regaló su hija Nadine, de eso hace ya más de veinte años. Es verdad que tiene el respaldo y los antebrazos deslucidos por el uso, además de un quejido metálico cada vez más insistente cuando la anatomía tambaleante del hombre se derrumba sin miramientos sobre su estructura. Pero, pese a la insistencia de su hija, no quiere deshacerse de él. Siempre que viene a visitarle le dice Nadine que cualquier mañana cuando se levante de la cama no lo va a encontrar en su lugar. Hasta le amenaza con traerle uno nuevo, de esos abatibles que se convierten en camas. Y ya puestos, de los que masajean la espalda; eso le dice su hija. Pero Ricardo le ha advertido que no tenga la ocurrencia de hacerlo, argumentando, en su deseo de perdonar la vida al armatoste, que ya tiene tallado el hueco relieve de su cuerpo, igual que las esculturas excavadas por el cincel en la piedra que hacían los egipcios, y que su cuero cobrizo, aunque presente lesiones en el respaldo y los reposabrazos, propias por otra parte de la edad, habrá de sobrevivir a su cansancio.

Y así, acogido por su eterno compañero de horas, Ricardo busca el hueco de la cabeza, ajusta sus brazos a los del sillón y cierra los ojos.

Es entonces cuando los espectros de su pasado acuden a la cita sin demora.

Desde que mi padre nos habló del viaje a España, mi cabeza no paró de dar vueltas al asunto, y esa misma noche, mientras mi hermano Carlos dormía a pierna suelta, me acuerdo de que yo la pasé casi entera cavilando. Diez años era mucho tiempo, y más en la vida de un joven como yo que por obligación tuvo que aprender a cerrar puertas, a meterse por otros caminos bien distintos a los que hubiera querido transitar, que si es verdad que el paso de los días me enseñó a mirar para otro lado, a lo primero tengo que reconocer que un día sí y otro también me tenía que sujetar el coraje, cada vez que la memoria se saltaba la barrera y me corneaba los ijares.

Por eso, cuando supe que mi hermano y yo íbamos a volver al pueblo de nuestra niñez, acudieron en tropel a mi cabeza el puente de piedra, las barrancas, las escuchas debajo de la cama de mi tía Inés, a ver si pillábamos noticias del frente al que marchó mi padre una mañana. Y volvieron también los recuerdos de aquella maldita noche en la que le escuchamos decirle a mi madre que había que salir a escape de una España en la que el miedo corría a sus anchas por las calles.

Y a mi imaginación acudió también el viaje que a los cuatro nos segó el futuro, y a mí, en particular, los sentires que ya apuntaban en mi corazón, y que tanto dolieron cuando la hoz del infortunio me los quiso cortar de cuajo.

Y ya, en toda la noche, no dejé de pensar en la clase de la señorita Aurora, en la palabra coeducación, que sin dejar de sonreír escribió ella bien grande en el encerado para que nos la aprendiéramos de carrerilla; en ese bendito acuerdo del gobierno de la República, que nos llevó a Manuela y a mí a compartir el pupitre de madera.

Manuela... ¿Qué habría sido de ella? Me desazonaba la idea de lo que en más de una década pudiera haberle deparado la vida; me preguntaba si su padre habría vuelto de la cárcel sano y salvo para remediar las penurias que en la huerta sufrían su madre y sus hermanos; si se habría casado y con quién. Diez años era mucho tiempo, pensaba yo entonces, y más en la vida de una mujer, cuyo destino en aquellos años del hambre no podía ser otro que asegurarse pan y techo.

Entre aquel torbellino de pensamientos, me acuerdo bien de que busqué por el hueco de la ventana el lucero más brillante de todos, y juré que no me vendría de España sin encontrar a Manuela. Que iría a la huerta, por si un milagro de la vida me la devolvía entre las calles de los almendros. Con la misma falda azul de vuelo y la misma blusa blanca llena de bодоques de la

última tarde, la tarde de la despedida. Mirando el camino por el que me alejé con el corazón hecho trizas, encaramado en la bicicleta de mi padre que iba dando botes entre las piedras, en aquella fuga forzosa que me apartó de sus labios flamantes con regusto a fruta madura...

Y entre tantas desazones, caí por fin rendido con la imagen de Manuela en la cabeza. Claro, que fue por poco tiempo, pues antes de que el sol asomara, la voz de mi madre nos avisaba de que el almuerzo ya estaba en la mesa y había que echarse abajo.

Luego tuvimos que espabilarnos. Dos semanas nos costó arreglar los papeles, y eso contando con que mi padre, gracias al don de sus manos, y sobre todo a su buen talante, era ya conocido y respetado por personas de influencia, y todo porque su trabajo de restaurador le llevaba a codearse con los mandamases de la Iglesia y la gente de dinero, y no sólo de esta región, que también hasta la vecina Aquitania llegaba su fama, así que no le fue difícil hacerse con el Certificado de buena conducta y los dos pasaportes, precisos para la entrada en España. Eso sí, aunque tardara menos de lo previsto, nos costaría un par de viajes o tres al Consulado de España en Burdeos. Y yo tan contento, que con el adelanto en la fecha de la marcha, antes pondría fin a la desazón que me bullía por dentro y que apenas me dejaba probar bocado.

¡Qué largo aquel viaje! ¿Te acuerdas, Carlos? Parecía que no iba a acabarse nunca. En Poitiers, lo primero fue coger el tren que venía de la estación parisina de Austerlitz, y que iba a servirnos de enlace para llevarnos a la capital de España. A nosotros, que estrenábamos trayecto, nos extrañó el aviso de que había que cambiar de tren en Hendaya. Enseguida supimos que el motivo tenía que ver con las diferencias en el ancho de vía de los dos países, de manera que no quedó otra que cargar con los bártulos y acomodarnos enseguida como mejor pudimos para enganchar con las vías españolas.

Y en un abrir y cerrar de ojos llegamos a la estación vasca de Irún, sin llegar a creernos del todo que estuviéramos por fin en España. Y antes de continuar hacia Madrid, los dos, con los ojos clavados en el mapa que colgaba de la pared, mientras hacíamos la cola delante de los policías en la sala donde nos hicieron mostrar nuestros pasaportes y demás documentos, sin decir palabra buscábamos los mismos sitios que en el 41 tuvimos que atravesar escondiéndonos en la noche como si fuésemos malhechores,

lugares que teníamos tan claros en el recuerdo como en aquel mapa: Pasajes, Fuenterrabía, Hendaya, el falso barquero, el miedo, la huida por lo oscuro, las casetas perdidas en los caminos de la incertidumbre, el infierno de Gurs... Y atravesándolo todo, aquella maldita segunda guerra acompañada de la dura posguerra con la que nos habíamos tropezado sin haberla buscado.

Luego, cuando nos dieron el visto bueno, nos salimos afuera un rato a hacer tiempo, y nos sentamos en un banco sin respaldo. Y allí nos quedábamos embelesados mirando a otros viajeros como nosotros (no muchos entonces, es verdad, que no andaban los tiempos para gastar cuartos en andar de la Ceca a la Meca). Unos y otros iban tirando de sus maletas de cartón o aguantando en el hombro sus alforjas, para desaparecer luego en los vagones a la espera de que la máquina saliera bufando y dando pitidos, mientras tú y yo, hermano, tan jóvenes entonces, y sin las desazones por el reloj que dan los años, pegados a aquel banco de piedra aprovechábamos los últimos minutos para dar buena cuenta de las tarteras atiborradas de longaniza y de los panes preñados de tortilla de patata que madre nos había preparado. Tú, no vayas a negarlo, te llevaste la mejor parte, que en lo tocante a mí, no era capaz de deshacer la bola que me crecía en las tragaderas según veía acortarse las distancias que me habían alejado dos lustros bien cumplidos de Manuela. Claro, que ni siquiera me atreví a decirte lo que me pasaba (los hombres somos así), y me lo guardé para mí solo por miedo a que me tomaras por loco, y eso por guardar después de tanto tiempo los amoríos de la escuela, como le oí decir a madre alguna vez cuando le contaba a padre por las noches antes de dormirse mi zozobra de los primeros tiempos.

Gran parte del día, y algunas horas de la noche, fueron precisas para atravesar las tierras que nos separaban de Madrid. Tuvimos que pasar por muchas estaciones, Carlos, aunque bien que me daba cuenta de que a ti te importaban menos los sitios y la tardanza, que a poco, con la tripa bien llena, te hiciste un ovillo en el asiento y dejaste de ocuparte de paisajes y letreros.

Pasado San Sebastián, te quedaste dormido como un tronco, y de esa guisa dejaste atrás las estaciones de algunas capitales de provincia, como San Sebastián, Burgos o Ávila, que con sus paradas de rigor iban haciendo crecer mi impaciencia, de tal modo que no veía el momento de llegar a

Madrid.

Era noche cerrada cuando por fin paramos en la Estación del Norte. Nada más ver el letrero, te zarandé por los hombros.

—¡Ya estamos en Madrid, Carlos! —te grité casi al oído sin poder aguantarme las ganas.

Y mientras te restregabas los ojos, yo seguía, erre que erre, sin darte respiro.

—Vamos, hermano, que ya sólo queda un tren. Tenemos que irnos a la Estación de Delicias para coger el Expreso Lusitania; el mismo que de camino a Lisboa va a dejarnos en Talavera.

Nos apeamos sin perder tiempo, y en un taxi hicimos el trayecto de la Estación del Norte a Delicias, que no era cuestión andar dando tumbos por la capital sin conocerla.

—¡Talavera, Carlos! —seguía diciendo yo cuando en la ventanilla sacamos el billete—. Parece mentira que a poco de que el sol alumbre vayamos a ver el Tajo.

Y tú, más templado y sensato, me hablabas del pueblo, de abuela Crisanta y de tía Inés. De la rápida en la que llegaríamos al caer la tarde, de lo que las dos irían a decirnos cuando nos vieran aparecer por la puerta de la casa.

Pasamos unas horas acurrucados en la sala de viajeros, en uno de los rincones, y los dos, haciendo turnos de vigilancia por si algún carterista tenía el acuerdo de elegirnos para limpiarnos el bolsillo, dimos alguna que otra cabezada, que a pesar de ser entonces dos mocetones hechos y derechos, como abuela Crisanta gustaba decir, el cansancio se iba acumulando al tiempo que las viandas iban tocando a su fin, así que había que hacer acopio de reservas para el último empujón.

¡Qué caprichosa, la memoria! Todavía me acuerdo de que tú caíste derrengado en el asiento, y en poco más de cinco minutos volvías a dormirte como un bendito. En cambio yo, como si tuviera azogue en el cuerpo (¿te acuerdas de que eso era lo que me decía siempre madre de chico?), no dejaba de mirar por la ventanilla en todo el viaje, hasta que mis ojos atisbaron la vega del Tajo, una franja verde en medio de la sequía salpicada de puntos blancos: las humildes casitas de los hortelanos.

Entonces mi corazón brincó en la caja, y entre el traqueteo del tren busqué con la mirada el sitio donde una tarde entre los almendros, once años

atrás, tuve que decirle a Manuela que nos marchábamos de España, que se lo había oído decir la noche anterior a padre, y ella me dijo que no podía ser verdad, que de seguro era una de esas cosas que se pensaban a lo oscuro, y que luego, con el sueño, al día siguiente se te iban de la cabeza y no volvías a acordarte nunca más...

No quiero que te vayas, me decía ella, y entonces yo la besé sin saber de besos. Ninguno de los dos sabíamos besar, aunque enseguida me di cuenta de que eso era lo de menos... Yo acerqué mis labios y ella entreabrió los suyos. Una vez... y otra... y otra. Hasta que nuestras bocas se quedaron así, cosidas por las ansias... Y yo dejé de ver las calles de los almendros, y el camino de la casa, y la bicicleta de padre... Y ya no sentía a las palomas, ni a las chicharras ni nada que no fuera la respiración de Manuela pegada a la mía.

No podría decir el tiempo que duró aquella despedida. Porque supe esa tarde que me estaba despidiendo de Manuela, y que el viaje forzoso a Francia iba a arrancar de raíz aquellos besos recién nacidos a los que los dos nos agarrábamos con fuerza, como lo hubieran hecho a las paredes de un pozo dos linceas a punto de ahogarse.

En estas añoranzas andaba, cuando tú, no sé si sería porque mis pensamientos habían entrado en tu sueño, o quizás porque te llegó el perfume del Tajo por las rendijas del vagón, hiciste a la par un aspaviento y una pregunta:

—¿Ya estamos en Talavera, Ricardo?

—En cinco minutos llegamos a la estación —te respondí.

Luego te restregaste los ojos.

—¿Tú también te has dormido?

—Como un tronco —mentí yo.

El tren se detuvo y sentí un martillazo en el pecho.

Después de once años, Talavera había dejado de ser un sueño.

Ricardo abre los ojos confuso. El eco punzante producido por el claxon de una furgoneta de reparto le ha rescatado del sopor en el que se le había hundido el viaje a España.

No es de extrañar que le venza el sueño. «El sueño es el amigo fiel de los viejos que vivimos solos», le dice a Madeleine cuando ella trata de despertarle, según le explica por temor a que pueda sufrir daños en el cuello ocasionados por la postura inconveniente de la cabeza doblada sobre el pecho.

Hace demasiado tiempo que la soledad es su inquilina forzosa. Habita con él. Dentro de su piel y en su casa las veinticuatro horas del día, hecha la salvedad de la presencia breve de la muchacha cada mañana de lunes a domingo. Y ello debido a que en su situación, sin marido y con dos criaturas a su cargo, no puede permitirse el lujo de rechazar esas ocho horas extras los fines de semana, por las que percibe los mismos emolumentos que por el resto de días laborables.

A Nadine y Mireille no se atreve a hablarles de soledad. Bastante tienen con su vida en París, sus compromisos sociales, sus hijos y ahora sus nietos. Ya son abuelas las dos; dos mil catorce ha sido un año prolífico en la familia. Sus primogénitas trajeron sendos varones al mundo en el año que acaba de terminar, la una en primavera y la otra en otoño, de modo que de un plumazo le han convertido en bisabuelo por partida doble, aunque no tenga más imágenes de sus dos bisnietos que las fotos que le muestran en sus móviles, orgullosas como gallinas cluecas, cuando acuden religiosamente a visitarle una vez por mes en turnos estrictos sin saltarse uno.

Y Ricardo trata de capturar en su retina alguna de las imágenes de esos vástagos tiernos que la una o la otra le van pasando según la quincena que toque, entre arrumacos incesantes y el vértigo de pantallas y dedos.

No entiende por qué sus hijas tienen que hacerlo todo con prisa, sabiendo que Madeleine se ocupa de la limpieza de la casa y tiene dispuesta la comida. Y si le entregan el móvil a él, peor aún. No bien ha logrado encuadrarlo con las dos manos, las diminutas caras infantiles se le escapan como si le tuviesen miedo. «Estos artilugios del diablo no están hechos para

mis ojos ni para mis dedos», termina diciendo entre gruñidos. «A ver si con la primavera —piensa Ricardo aunque no se lo dice—, son capaces de dejarse caer por aquí, que como se descuiden me iré al otro mundo sin conocerlos».

Con este panorama, ¿cómo va a decirles a Mireille y a Nadine que la soledad le da sueño unas veces y otras le impide dormir? ¿Cómo les va a contar que el frío gris de la niebla de enero no sólo se pega a los tejados?

Sabe de sobra que Madeleine es su único vínculo con el mundo exterior. Madeleine y la televisión, aunque de esta última, mejor no hablar. Pese a llevar casi setenta años en Francia, haberse casado con mujer francesa, haber dedicado casi medio siglo a embellecer catedrales, iglesias y monumentos civiles, siguen siendo ciertas aquellas palabras que una vez le dijo Michèle: «Nunca serás un francés de verdad».

Desde el binomio inerte que conforman su sillón y él, Ricardo mueve la cabeza en un gesto de asentimiento y piensa que su mujer no andaba descaminada. Que quizás sea esa la razón por la que las vicisitudes de la sociedad francesa llamen menos su atención que las otras, vergonzantes y putrefactas, que le llegan por boca de la chica que se ocupa de las noticias en Antena 3; la de los ojos azules que estudió en Burdeos, aunque tantas veces, cada vez con más frecuencia, sus vísceras le pidan coger el mando y acallar su voz, aun a sabiendas de que ella sólo es la mera transmisora de las inmundicias que corrompen España.

Y su conciencia, tal vez movida por la evocación de las palabras de Michèle, o quizás por una necesidad de justicia póstuma de saldar viejas deudas, le dice que hace mucho tiempo que no piensa en ella. Seis años enterrada en La Pierre Levée al parecer han sido suficientes para difuminar su imagen.

Claro que quiso a Michèle. Su medio siglo compartiendo cama y techo fue una entrega sin condiciones por parte de ella, iniciada cuando despertaba a la vida, y un intento denodado por parte de él de hacerse merecedor de su cariño, justo en el momento en que la dureza de la existencia acababa de cerrarle definitivamente las puertas de un sueño. El mismo que no pudo traerse en la maleta cuando regresó de España. El que allí quedaría enterrado por siempre, en el único viaje que hiciera con su hermano para ver a la familia.

Michèle era bella y delicada. Una orquídea blanca descubierta un día de primavera en la Catedral de San Pedro.

Se ocupaban por aquel entonces del montaje de una de las vidrieras del ábside, cuyo deterioro había hecho necesaria una meticulosa limpieza, seguida de una posterior reposición de desperfectos en pinturas y plomos, tareas que habían efectuado en el taller.

Ya en aquel tiempo las manos de su padre habían adquirido tal fama en la diócesis de Poitiers que durante años hubieron de simultanear este trabajo, minucioso y delicado, con la restauración de retablos, trípticos y lienzos, además de la recuperación de pinturas al fresco en las bóvedas policromadas desvaídas por los siglos.

Encargarse de las vidrieras obligó a su padre a ampliar el utillaje del taller con lo preciso para acometer con rigor una tarea tan prolija como cargada de responsabilidad: espátulas de hierro, soluciones antioxidantes, productos de limpieza no corrosivos para ablandar las capas de suciedad acumuladas con el paso de los años que por ambas caras, exterior e interior, conferían opacidad a los colores; pinceles finos de pelo de marta para perfilar las líneas o dar volumen...

Y es que, incluso a un artista como su padre, para quien el dibujo no tenía secretos, no le fue fácil conseguir y trabajar vidrios similares a los originales cuando habían de enfrentarse a las reposiciones por roturas. Algunos de ellos, los vidrios soplados realizados a mano, hubieron de traerlos directamente de la fábrica de Saint-Gobain, situada en las inmediaciones de París, circunstancia que encarecía el coste del trabajo en inversiones y en tiempo.

Lo más costoso sería la instalación y mantenimiento de un horno nuevo, distinto al que su padre utilizaba para sus trabajos de ceramista, que iba a permitirles vitrificar los motivos pintados, debido a que el proceso requería las mejores condiciones de aislamiento y temperatura. Fue esta una decisión acertada de su padre que les abriría un nuevo filón en el que proyectar su arte.

Pero lo mejor de su padre, piensa Ricardo con orgullo, era que aunaba en su naturaleza las cualidades del artista y la constancia del artesano. Después de muchos ensayos, logró resultados tan veraces y armónicos que sólo una mirada experta podría haber separado los trazos y colores retocados de los originales.

Recordando aquellos años de gloria, le viene a las mientes el apodo con el que eran conocidos en Poitiers: *Les trois aigles* (las tres águilas). Y el pliegue de su boca, paréntesis ya viejo que descuelga las comisuras de su

labio inferior, quiere corregirse en una mueca cercana a la sonrisa. Bien traído, el mote, piensa Ricardo mientras recuerda sus vuelos. Porque eso es lo que eran: tres águilas que elevaban sus alas a las cúpulas, que caían en picado sobre los campanarios y las gárgolas, que planeaban por bóvedas y cruceros, que hacían piruetas en andamios imposibles, que escalaban las cumbres doradas de los retablos.

En una de esas piruetas conoció a Michèlle. Un grupo de chicas vestidas de uniforme, con dos monjas a la cabeza que intentaban frenar sus revoloteos de mariposas inquietas, habían irrumpido en la Catedral de San Pedro y se acercaban a la elevada estructura del andamio entre exclamaciones y murmullos entrecortados. Desde el límite de seguridad acotado por listones de madera, los ojos de aquel enjambre juvenil se dirigían a lo más alto del ábside, donde su padre enmasillaba los plomos de las vidrieras restauradas. Justo en ese momento, como si la casualidad quisiera ofrecer a aquellas colegialas un motivo de divertimento, una de las espátulas más finas, utilizadas para sellar el plomo, se descolgó en piruetas oscilantes seguidas de risas, cuchicheos contenidos y siseos nerviosos de las dos monjas.

Otra vez los labios de Ricardo se distienden, y su pensamiento vuela, lo mismo que la espátula, hacia aquella mañana que cambiaría su destino. Como si su mujer pudiese oírle, se dirige a ella y le habla de un tiempo perdido, agua huida del cuenco de sus manos que tal vez nunca le calmara la sed.

¿Recuerdas, Michèlle? Casi a la par que la espátula descendí yo volando por las escaleras del andamio. Y mira por dónde, quiso la suerte que el pequeño utensilio fuera a caer justo a menos de un metro de donde tú estabas, de modo que con sólo agacharte un poco y alargar el brazo debajo de la barrera que formaban las traviesas de madera ya pudiste atraparlo entre tus dedos, mientras tus compañeras no paraban de celebrar el aterrizaje de aquel pequeño artefacto que les daba la bienvenida desde las alturas.

Cuando te levantaste chocaron tu mirada y la mía. Tenías los ojos azules y hermosos, y a pesar de la penumbra lucían como soles entre manojos de pestañas doradas. Enseguida me llamó la atención tu estatura, casi pareja a la mía, con ser buen mozo yo, condición esta que había heredado de mi abuelo Cayetano. Y sin que tú lo advirtieras, mientras

alargabas tu mano hacia mí (parece que la estoy viendo, fina y de dedos largos), te eché una mirada de artista acostumbrado a tasar proporciones en las piezas de piedra que trabajaba con el cincel.

Pese a tu estatura, estabas bien proporcionada, aunque tu cuerpo fuera todavía el de una niña con formas juveniles que apenas apuntaban entre la camisa y los tirantes del uniforme. Ni pechos ni caderas, pensé yo cuando me entregaste la diminuta herramienta. Tu dedo índice rozó la palma de mi mano, y al mirarte y darte las gracias aprecié que tu cara mudó de nieve a grana en cosa de segundos. Estabas nerviosa y no sabías disimularlo. Todavía me acuerdo de las pocas palabras que cruzamos allí, en la nave central, rodeados por las risas de las demás colegialas y entre las dos carabinas vestidas de hábitos y tocas, que al verme frente a ti se dieron buena prisa en colocarse una a cada lado.

—A quién tengo que agradecer el detalle —te pregunté mirándote de frente a los ojos.

Y tú, cada vez más turbada, me respondiste con una palabra:

—Michèle...

—Vous êtes très gentille, Michèle. Merci beaucoup —dije con la mejor dicción de que fui capaz.

Mi esmero, sin embargo, no impidió que algunas compañeras tuyas empezaran a preguntarse y a preguntarme de dónde era.

—Nous sommes espagnols. Mais il y a longtemps que nous habitons en France —aclaré señalando a las alturas, donde mi padre y mi hermano esperaban la paletilla para seguir puliendo el enmasillado de las vidrieras.

Y dicho esto, mientras seguían las risitas y los comentarios sin que las dos hermanas lograran apaciguarlos, en un santiamén me encaramé hasta lo más alto, coreado por el ramillete de mocitas que se llevaban las manos a la boca mientras contenían suspiros de admiración y miedo.

Pero todo eso, Michèle, no hubiera pasado de una simple anécdota si tú esa misma tarde no te hubieras plantado en uno de los bancos de la catedral, vestida de colegiala y sin compañía alguna. A una distancia prudencial, eso sí, pero con la cabeza levantada y los ojos fijos en lo más alto del ábside, donde mi padre, mi hermano y yo seguíamos acoplando los paños de vidrio.

Más que verte, adiviné que eras tú por el contraste del blanco y el negro del uniforme, pero mi curiosidad quiso cerciorarse, de manera que, haciendo honor a mi apodo, no tardé en lanzarme en picado desde lo alto para no

quedarme con la duda. Según iba bajando, te veía muy quieta, como si fueses una estatua sedente de las que Carlos y yo sacábamos de la piedra.

Claro que eras tú, me decía cada vez más seguro en la medida en que acortaba distancias: tu pelo claro, tus formas de niña, tus dedos largos, entrecruzados como si rezaras... Y entre las luces de la tarde, que se tornaban de colores al atravesar las vidrieras, a mí me pareciste un ángel rubio escondido entre las sombras de los bancos.

Me acerqué al sitio donde estabas y noté que tus manos se apartaban inquietas, mientras la cara se te encendía como una amapola. Te saludé por tu nombre, y con una sonrisa amable me atreví a gastarte una broma con la ligereza que se les habla a los niños: que era un placer tenerte allí, por si a la espátula se le ocurría lanzarse otra vez por los aires.

La respuesta fue un mohín entre la sonrisa y el enojo, al que siguieron unas palabras pronunciadas con tanto aplomo que nunca hubiera esperado en boca de la chiquilla que eras.

—*Pourquoi êtes-vous venus d'Espagne?*

Te habías levantado y me mirabas de frente, y entonces yo te miré, por vez primera, como se mira a una mujer, no tanto por tu apariencia como por la pregunta con la que acababas de sorprenderme.

—*C'est une longue histoire... Peut-être que tu es trop jeune pour en comprendre...*

—Pues tú haces prueba y así tú sabes.

Con tu respuesta, que me sonó a desafío, acababas de sorprenderme por segunda vez.

—Veo que hablas español con bastante soltura.

—No es importante que yo hable bien español, si tú comprendes mi pregunta y yo tu respuesta.

Por aquellos días, Michèle, no quería yo saber nada de mujeres, y mucho menos de una mocosa como tú que jugaba a serlo. Pero tus palabras me parecieron tan llenas de sencillez y de inocencia, tan valientes al mismo tiempo que mi coraza de acero se ablandó lo justo, y en vez de darte una contestación para salir del paso, como me hubiera servido, por ejemplo, alegar que eran asuntos viejos, que ya daba igual el motivo, que teníamos trabajo y que eso era lo que importaba, y con esa explicación volverme a las alturas por donde había venido, te respondí con una pregunta que enredaría nuestros caminos de por vida.

—¿Por qué quieres saberlo?

Fue entonces cuando bajaste los ojos y pronunciaste las palabras que me explicaron tu zozobra a la vez que me causaron malestar.

—La hermana Dominique dice que los españoles venidos a Francia después de su guerra mataron a muchas gentes allí, y por eso fue preciso que huyeron de la justicia de Franco.

Aquella confesión tuya me sonó como un martillazo en los oídos, y allí mismo, sin importarme el lugar ni el trabajo, de buen grado te hubiese dicho que eso era mentira, que los que se llamaban a sí mismos vencedores habían acabado con los derechos de la mitad de los españoles. Que el miedo andaba suelto por las calles, y que si habíamos puesto tierra por medio era porque queríamos precisamente vivir en paz. Libres de temores. Salir a la calle sin la sombra de la mano que podía castigarnos tan solo por pensar de manera distinta a ellos, los que mandaban por la fuerza de la sinrazón, como tantas veces decía mi padre.

Pero me contuve a tiempo y cambié mis deseos por unas palabras que me ayudaron a salir del paso.

—Si no fueras tan joven, podría contarte algunas cosas.

—Yo tengo dieciocho años, por eso tú puedes contarme algunas y todas las cosas, que yo voy a entender lo que dices.

Te advertí que era largo, y que si tenías permiso de tu congregación, cualquier día festivo, cuando no tuviese que montar vidrieras ni esculpir la piedra, podíamos quedar en la misma puerta de la Catedral, y con gusto te contaría yo todo cuanto quisieras conocer de la historia reciente de España, si es que de verdad tenías interés en ello.

—Pues domingo aquí a las cinco horas. ¿Tú no vas a olvidar?

Y sin esperar respuesta, te pusiste en pie y echaste a andar ligera por la nave central de San Pedro. Y yo seguí con los ojos el zarandeo de los pliegues de tu falda negra. Antes de salir por la puerta te volviste y levantaste la mano, y entre las luces que se colaban por las vidrieras me pareció que me sonreías. Entonces yo, sin dar crédito a lo que a mi entender no era otra cosa que una chiquillada por tu parte, y un intento por la mía de olvidarme de las heridas que se me habían abierto en mi reciente viaje a España, sacudí la cabeza y me encaramé en el andamio en un abrir y cerrar de ojos. Mi hermano Carlos me recibió con un guiño, y mi padre con una mirada silenciosa y prudente que yo sin decir nada supe agradecer.

Y así se enredaron los hilos de nuestras vidas, Michèlle. Sin yo buscarlo

ni quererlo, prendí en ti la chispa del amor primero. Cuando me mirabas, tus ojos brillaban igual que los de Manuela. Cuando me veías aparecer, tu sonrisa se parecía a la de ella... Pero sólo tu mirada y tu risa, no vayas a pensar que empecé a quererte por tu parecido con Manuela, que ni había tal parecido ni yo pretendía buscarlo.

Tú eras más serena. Hablabas pausadamente y tu voz era más grave. Creo que esa calma tuya, esa habilidad que tenías pese a tus pocos años para entenderlo todo, y opinar de cualquier cosa con el aplomo y la madurez de una mujer, fue lo que más me gustó de ti desde un principio.

¿Te acuerdas de nuestros paseos por la ribera del Boivre? Yo te hablaba de la República, de las banderas que cosió mi madre en la máquina de la esfinge, que tanto llamaba mi atención de pequeño, para celebrar su llegada por las calles de Talavera, y recordaba contigo en voz alta la primera vez que nos juntaron en la escuela a los niños y a las niñas. Y también los acontecimientos tristes que bien pronto vendrían a ensombrecer nuestras vidas: mi padre luchando en el frente, nuestro miedo en el pueblo durante los años que duró la guerra, la cárcel donde le encerraron por defender lo que era de justicia; el pan, y el derecho a pensar diferente... Tú me mirabas con los ojos muy abiertos, que te reían en la cara cuando tocaba el turno a lo bueno, como lo eran las correrías infantiles, y se te llenaban de nubes cuanto te hablaba de pesares.

Y así, entre paseo y paseo, conociste los motivos que nos habían traído a Francia, los pormenores de nuestra huida desde Hendaya, noche tras noche, hasta que dimos con nuestra esperanza en el Campo de Gurs, el sitio más parecido al infierno de cuantas cosas malas había vivido a mis veintinueve años de edad. No he olvidado que ese día lloraste, Michèlle. Ni que yo te abracé fuerte por primera vez, hasta sentir que tus lágrimas me calaban la camisa. Y ese día entendiste que tu superiora Dominique no te había dicho la verdad... Y yo besé muchas veces la palabra perdón que entre sollozos brotaba de tus labios sin parar.

Si como dicen los curas, hay algo detrás de la muerte, un sitio donde se queda eso que llaman alma, y si desde ese sitio puedes oírme, quiero que escuches bien lo que te va a decir este viejo, que anda muy cerca ya de descorrer la cortina y pasar contigo al otro lado: fuiste la mejor esposa que pude haber encontrado (que sepas que en los cincuenta y cinco años que pasaste a mi lado no recuerdo un día solo en que me arrepintiera). A ello hay

que añadir que no hubo madre más amorosa y firme al mismo tiempo, que con el arte como tú decías, a mí se me iba el santo al cielo y tenías que hacer de madre y de padre con nuestras hijas.

Dirás que por qué no te lo dije en vida, y tienes razón, no voy a negarlo, pero la tozudez de este corazón mío, pegado siempre al recuerdo de lo que no pudo ser, un amor de juventud que la vida me arrancó de raíz antes de que floreciera, hizo que entre nosotros dos habitara la sombra de Manuela, sin que tú supieras nunca de su existencia. Sí, mujer, Manuela, que nunca me atreví a hablarte de ella por no hacerte daño...

Perdóname, Michèlle. ¿De qué vale ya andarse con disimulos? Este suspiro que con trabajo me sale de lo hondo del pecho es la verdad que llevo dentro y que se me escapa con dolor, así que aquí la tienes: no sabía cómo decirte que en España me había dejado la mitad del corazón, y que por eso nunca pude entregártelo entero. Y ya, para que no quede nada en la conciencia, una última confesión, que bien cierto estoy de que en el lugar donde habites ya no va a dolerte: cuando llegaste esa mañana a la catedral de San Pedro, yo tenía por todo el cuerpo (en los labios, en las yemas de los dedos, en la piel entera) las huellas recientes de Manuela, y lo que era peor, la certeza de que no volvería a tenerla en mis brazos nunca más... Sí, estás en lo cierto; fue en el viaje a España. La busqué y me encontré con ella...

Estoy cansado, Michèlle. Cada día más viejo y más cansado. Tengo sueño. Duermo de día y me desvelo de noche... No tenías que haberte marchado tan pronto. Me tocaba a mí irme primero...

A veces, como me está ocurriendo ahora, siento un hueco en la cabeza y tengo que parar de pensar... Mi memoria, para que me entiendas, es como un charco grande al que acudo a pescar recuerdos, pero me meto tan hondo que se me escapan, y cuando quiero darme cuenta tengo que manotear contra corriente para atraparlos y salir a flote.

Michèlle... Se me cae la cabeza sobre... se me cae sobre el pecho... ¿Dónde estás? Dame la mano, Michèlle... Quiero irme... contigo.

El timbre del teléfono rompe el aturdimiento inconsciente de Ricardo. De un tiempo a esta parte, su sonido es capaz de crisparle sobremanera. No sabría decir la razón, pero intuye que tiene que ver con el cansancio que provocan los años.

No es capaz de desenredarse del sillón, la manta y las faldillas antes de que el teléfono deje de sonar. Debe de ser Mireille. Tiene por costumbre llamar a primera hora de la tarde. «No es nada, papá. Sólo que me digas que tú estás bien; así yo quedo tranquila...». Algo parecido suele decirle, casi cada día.

No han pasado cinco minutos cuando el teléfono vuelve a sonar. Ricardo se incorpora con trabajo refunfuñando mientras acusa a Madeleine de testaruda. ¡Mira que le habrá dicho veces que lo deje encima de la mesa, lo mismo que el mando! Pero ella insiste en que ha de estar siempre cargado, por si tiene que pedir ayuda. Lo cierto es que el otro, el del dormitorio, lo deja también en su base por la misma razón. «A ver, papá, ¿para qué quieres los dos teléfonos sin hilos que te regalamos por tu aniversario? Tú tienes que tenerlos siempre pegados a ti», le repiten las dos cada vez que llaman sin éxito, como si fuese el estribillo de una aburrida letanía; *uno en tu dormitorio y el otro siempre en la mesa*.

Descuelga con un gangoso *Allô* seguido de un carraspeo, y la voz de Mireille entona el salmo acostumbrado.

—*Salut, papa! J'étais déjà inquiète...!*

—*Bonjour, ma fille*. No te inquietes tanto, que estaba dormitando en mi sillón, ya sabes..., las costumbres de los viejos, que cada vez aguantamos menos en vela —le dice en español, como le gusta hablar en los últimos tiempos, convencido de que la lengua materna le presta cierto cobijo.

—¿Y cuántas veces yo debo decirte que tengas a mano el teléfono sin hilos? —pregunta ella aviniéndose al registro comunicativo en el que sabe que su padre se siente como pez en el agua.

—Las que tú quieras, hija —responde él moviendo la cabeza con esa resignación aceptada a regañadientes que imponen los años—. Pero dime,

¿cómo estáis todos?

—Bien, bien, papá, todos bien... Bueno, todos menos el pequeño Lorian... Con los fríos de París, siempre se pone mal de la garganta. Y le sube mucho la fiebre.

—Bueno, bueno, no sufras por eso. Son cosas de niños. Anda que no disteis guerra a tu madre con la garganta tu hermana y tú... Y siempre caíais malas las dos juntas, que la pobre no daba abasto para...

—Escucha, papá —le interrumpe ella con la prisa de siempre—, si yo te llamo es por esto mismo. No podré viajar a Poitiers el fin de semana, pues yo debo cuidar de Lorian. Y esto es así porque Nathalie tiene un congreso de cardiología y no puede ocuparse, así que he de quedarme con el pequeño.

Ricardo entiende el mensaje y aguarda callado unos segundos, tiempo que a su hija le parece suficiente para retomar las riendas de la conversación.

—Y tú, papá, no debes preocuparte de nada. Yo llamo a Nadine y ella acude por mí.

—¿Cómo iba a preocuparme por eso, hija? Lo primero es que atiendas a mi bisnieto, que yo con Madeleine me arreglo. Ya vendrás cuando puedas.

—¿Tú estás bien? Yo creo que tu voz no está alegre.

—Pues claro que estoy bien, hija. ¿Cómo no iba a estarlo?

—No sé, papa... Desde hace tiempo, yo te percibo fatigado. Tiene que verte un médico, papá. Yo se lo he dicho a Nadine, y las dos hemos pensado traerte a París para que tú seas examinado por un doctor.

Las manos y la cara de Ricardo se crispan.

—Ni hablar —corta rotundo—. La única enfermedad que me aqueja son los años; no necesito médico ninguno, ¡a ver si se os mete en la cabeza a las dos!

—Está bien, papá, lo que tú digas es lo que vas a hacer. Y por favor, dime que vas a cuidarte mucho. El sábado yo voy a telefonar a Madeleine para que ella me cuente.

Ricardo no insiste. Se despiden con un beso y sus dedos tiemblan al cortar la llamada.

Por primera vez en mucho tiempo pasará más de un mes sin ver a Mireille.

Casi sin levantar las zapatillas del suelo se dirige a la ventana. Pese a que son las tres, como le recuerdan las campanas, la niebla aún no se ha levantado, aunque es más evanescente y aparece teñida por una luz blanquecina.

No ha comido ni tiene ningún deseo de hacerlo. Cuando estaba Michèle se sentaban a la mesa a la una y media en punto, y él ha seguido manteniendo la costumbre. No ya por apetito, sino por quitarse de en medio algo que se ha convertido en rutina obligada. Pero hoy se le han pasado las ganas y la hora.

Suelta la cortina, se separa del ventanal y comienza a arrastrar las zapatillas. ¿Qué le habrá preparado Madeleine? No es que tenga mucha curiosidad, pero hay platos que su estómago tolera mejor que otros. Ella se empeña en consultarle cada día, y él cada día le dice que tanto le da su sopa de cebolla como una pularda en pepitoria, y le repite mil veces, aunque la muchacha no capte la ironía, lo que solía decir su abuela en tiempos de guerra cuando Carlos y él hacían ascos en la mesa a los garbanzos: «Del tragadero para abajo todo son sopas».

Mientras la cadencia de sus pies avanza con torpeza, Ricardo lanza una mirada al espacio angosto y largo que le separa de la cocina. No cabe duda de que al pasillo le gusta estirarse, jugar con su decrepitud. Y un pensamiento inoportuno viene a recordarle que el águila que fue es ahora una tortuga con el caparazón de hierro, apenas con fuerzas para reptar por las baldosas.

Otra vez el teléfono. Seguro que a Mireille se le ha olvidado alguna de sus consignas. Mueve la cabeza contrariado y vuelve sobre sus pasos. Menos mal que le ha pillado a esta orilla, que si hubiera llegado al otro lado, habría renunciado a hacer el intento.

—¿Papá?

Aunque su oído podría confundirle, el saludo en forma de pregunta no le deja resquicio para la duda.

—Dime, Nadine...

—Acabo de hablar con Mireille...

—Ya veo que le ha faltado tiempo a tu hermana. Le he dicho a ella y te repito a ti que no necesito médicos, coño —grita enfurruñado.

—¿Por qué hablas de médicos, papá? ¿Tú te encuentras mal?

—Que no, Nadine, que no.... Estoy viejo, no enfermo. Cuándo se os va a meter en la cabeza a las dos...—trata de explicarle con voz que por momentos se le desinfla como un fuelle agujereado.

—Entonces por qué te enfadas, papá. Yo iba a hablarte del fin de semana.

Ricardo se da cuenta de que se le ha disparado su malhumor y se reconviene.

—Sí, ya sé que no puede venir tu hermana... No pasa nada... Me ha dicho que tú vienes por ella...

—Espera un momento, papá. Tú me escuchas y yo te explico...

Ricardo percibe cierto nerviosismo en la voz de su hija y corta sus divagaciones.

—¿Estáis bien todos, hija? ¿Pasa algo?

—No es nada... Todos bien... Lo que sucede es que Paul deberá asistir el sábado a una cena con sus colegas de Justicia. Es la retirada de Jean Pierre, buen amigo de mi marido, y por eso él me pide que le acompañe... Y yo no puedo faltar, papá. Van a ir todas las esposas de jueces.

No le hace falta escuchar más para comprender lo que su hija trata de decirle, por eso se apresura a facilitarle el camino.

—No debéis preocuparos por mí. De sobra sabéis que estoy bien atendido.

—Yo lo lamento, papá. Es casual que las dos tengamos ocupaciones este fin de semana... ¿De verdad que no te importa?

—Tú atiende a tu marido y tu hermana a mi bisnieto, que a mí me atiende Madeleine. Qué más da lunes o sábados, si para mí todos los días son iguales.

—Tú te cuidas, papá. El sábado te llamo.

Y Ricardo finaliza la conversación con la rutina de siempre.

—¿Los muchachos bien?

—Claro que sí; todos estamos muy bien, papá. Y tu bisnieto crece demasiado deprisa. Él tiene las manos y los dedos de artista. Igual que los tuyos. Será pintor, seguro.

Se despiden con un beso, mientras Ricardo piensa, aunque no lo dice, que bien podían traérselos cuanto antes, no vaya a ser que la muerte se apure en visitarle y le prive de conocer a las dos yemas más tiernas que acaban de brotarle al árbol familiar.

Después de las conversaciones con sus hijas, no le apetece en absoluto hacer un nuevo intento de volver a la cocina. Su estómago no se queja. En los últimos días, nunca le pide nada, y cuando lo atiende por obligación, se irrita y arde cual si lo hubiese castigado con cayena.

No quiere comer ni le hace falta. No le importan las recomendaciones que le hizo Madeleine antes de marcharse, y menos los consejos de sus hijas; su celo a distancia, las consignas de que hacen gala cuando le llaman por

teléfono, cual si le hablaran a un niño rebelde.

Hoy tiene derecho a ser un viejo rebelde, y por eso va a cambiar la pularda en pepitoria, la sopa de cebolla, o el puré de verduras que Madeleine le tenga preparado por los recuerdos que le apetezca servirse *a la carta*. Va a trocar la silla de la cocina por su sillón, amigo fiel que siempre recibe con agrado su fatiga, sus gruñidos airados, cuando escucha a la chica de ojos azules de Antena 3 relatar impasible las noticias de una España con las instituciones socavadas.

Hoy se olvidará de la comida para dar rienda suelta a las digresiones de su mente, en búsqueda constante de los laberintos que le conducen al tiempo de las flores, a esa vida truncada que dejó al otro lado de los Pirineos. Al pasado le gusta sentarse con él durante horas hasta que el peso de las vivencias viejas hunde su pensamiento en un estado de somnolencia benévola que le salva de la soledad.

Es viejo y está solo. Como lo estaba su abuela Crisanta en la casona del pueblo de su niñez, cuando Carlos y él fueron a visitarla en agosto del 52. Aquel viaje a Torrecilla de los Valles, después de once años de ausencia, marcó un antes y un después en su vida. Su hermano y él llevaban en la maleta el deseo de abrazar a las dos mujeres que habían formado parte de su mundo afectivo desde el uso de razón hasta sus años jóvenes. Todavía conservaban intactas las caricias de seda de su tía Inés, su complicidad ante las travesuras de los dos, que ella solía arropar con una sonrisa de silencio, aunque no siempre pudiesen sus labios, oscurecidos por la enfermedad que arrastraba desde su nacimiento, manifestar el contento que le provocaba la presencia de sus únicos sobrinos en la casa. Eso les decía su abuela, cuando le preguntaban la razón de la tristeza que a veces se traslucía en la mirada de su tía, y que ellos a sus pocos años no eran capaces de entender del todo.

—Hijos, tenéis que ser cuidadosos con tía Inés. Y no meter mucha bulla, que ella tiene la salud frágil. El corazón de cristal, para que me entendáis, que eso fue lo que me dijo un médico de Toledo cuando todavía era una niña, de modo que entre todos tenemos que evitarle pesares para que le dure mucho, y así pueda estar muchos años con nosotros... Muchos años, sí, hijos, aunque yo ya me haya ido, que por ley de vida he de partir antes.

La primera vez que escuchó tales palabras de boca de su abuela, Ricardo recuerda que se quedó pensativo y triste, tratando de imaginar cómo podía guardar su tía en el pecho un corazón de cristal.

Y su pensamiento busca las imágenes de aquel día en el que llegaron a

la casa de su abuela Crisanta, y ya en la primera mirada de ella, desbordada de luto y de lágrimas, supieron que el corazón de cristal de su tía Inés había dejado de latir.

Era la hora en que el correo, como decían los del pueblo al carromato con ruedas que hacía el trayecto diario desde Espinosa a Talavera, paraba en Torrecilla de los Valles para soltar la valija de cartas y a algún vecino que otro si es que lo habían cogido por la mañana, ya fuera por asuntos de papeles o de compras, aunque esto último, en los tiempos que corrían, la verdad es que no debía de ser muy frecuente.

Ese día, además de mi hermano y yo, en Talavera tan solo subieron ocho viajeros que se fueron apeando en los pueblos por los que pasaba la carretera, por cierto llena de polvo y baches. Unos se quedaron en San Bartolomé y otros en Retamoso, de modo que, cuando paró en el pueblo y nos apeamos, dejamos al conductor sin más compañía que la del cartero que se acercó presto a recoger su valija de cuero marrón.

Desde el momento mismo en que nos vio bajar del autobús, se quedó allí plantado sin quitarnos ojo. A nosotros y a las maletas flamantes que portábamos. Y cuando el correo arrancó, se dio buena prisa en saludarnos.

—Buenas tardes, zagales —dijo enseguida acompañando su saludo con una sonrisa curiosa—. Habéis dejao al chófer sin compañía.

Y mientras respondíamos a su saludo, pronunció unas palabras que no tardaríamos mucho en comprender.

—Me figuro que la abuela Crisanta os ha mandao aviso... y que por eso estáis aquí... No podéis negar la casta. Rubios y buenos mozos; el vivo retrato de Cayetano. Bueno, bueno, no quiero entreteneros que abuela Crisanta os estará esperando con los brazos abiertos.

Dejamos al buen hombre moviendo la cabeza y echamos a andar cuesta abajo, entre las miradas, cuchicheos y risas de la muchachería, que al parecer seguía acudiendo cada tarde, lo mismo que cuando éramos chicos, a ver pasar la camioneta, como solían nombrarla en el pueblo también.

¿Te acuerdas, Carlos? En cuanto dimos vista a la casa, apreciamos la presencia de abuela Crisanta en la puerta. Su silueta menuda escudriñaba la calle con la mano derecha haciéndole de visera, que a aquella hora el sol en retirada deslumbraba los ojos. Todo fue adivinarnos, y echar a andar hacia

nosotros con paso ligero, a pesar de sus muchos años. Los dos apretamos la marcha y al instante llegamos a su encuentro. Soltamos las maletas en el suelo y nos agachamos para recibir sus abrazos, acompañados de los mismos besos sonoros que estampaba en nuestra cara cuando niños, cada vez que entrábamos en la casa.

Y allí, en medio de la calle, nos acarició y nos besó mucho rato y nosotros a ella. Cuando consiguió sobreponerse, se colocó en medio de los dos, levantó los brazos y se colgó de los nuestros. Y así con abuela en el centro y las maletas en los extremos, deshicimos los escasos metros que nos separaban de la casa.

Enseguida me di cuenta de los cambios con los que el tiempo había marcado su cuerpo, que se me antojó más enjuto y más pequeño. Tenía la espalda vencida hacia delante, los ojos caídos de color y la cara llena de arrugas. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, inflamados y llenos de lágrimas. Su luto era más negro que en los años de la guerra, y también llevaba un pañuelo negro a la cabeza.

Cuando echó mano a la faltriquera y sacó la enorme llave de hierro que a los dos nos resultaba tan familiar, entendimos la razón de su silencio y de su llanto, que si lo había sujetado hasta entonces, todo fue chirriar la cerradura y quebrarse su entereza. Al punto, dio rienda suelta a sus lágrimas y el portal se llenó de sollozos.

Y allí mismo, hermano, sin que fuera preciso que abuela Crisanta dijera palabra, los dos supimos que aquellas paredes ya no albergaban en su interior la risa morada y triste de tía Inés, que no iba a salir a recibirnos con sus caricias de seda, y que su corazón de cristal ya no latía en la casa.

Apenas ha podido desenredarse Ricardo de las evocaciones del viaje. Ni siquiera durante los escasos minutos en que ha hecho acopio de voluntad para conducir sus pasos a la cocina, destapar el bol de cristal y conducirlo al microondas entre el vaivén de sus manos, cada día más temblorosas e inseguras. Luego los afanes por atinar con la cuchara sin que la sopa, endurecida ya por el paso de las horas y los salpicones abundantes de jamón y huevo, se le perdiese por el camino. Mira que le habrá dicho veces a Madeleine que no le gusta encontrarse tropezones en la sopa; terminan por introducirse entre la dentadura y las encías, le molestan y le producen dentera sin tener dientes. Pero ella, en su afán de que se alimente como es debido, amén de seguir a rajatabla los consejos de Nadine y Mireille, hace caso omiso de sus protestas. Es más, diríase que de una vez a otra incrementa la dosis, pese a que sus tragaderas lleven ya un tiempo negándose a cumplir su función.

En total ha logrado ingerir cuatro cucharadas de sopa y otras tantas de yogur. Trastabilla en el momento de arrojar los restos al cubo de basura. Cierto es que Madeleine le ha dicho también mil veces que lo deje en el fregadero, pero él no es capaz de convivir con el olor de la comida hasta la vuelta de la muchacha, así que, aunque sea con trabajo, y aun a riesgo de partirse la crisma, repetirá la tarea mientras le quede resuello.

Ya está todo en orden. Vuelve al sillón con pasos que oscilan sobre el péndulo gastado de su cuerpo. No necesita comer más ni falta que le hace. Sus huesos ya están pidiendo tierra, como les decía su abuela Crisanta cuando Carlos y él fueron a visitarla y la encontraron sola en una casa demasiado grande que olía a recuerdos. Pegada a una cama de pilares dorados que aún conservaba la huella caliente y el perfume a violetas de su tía Inés. Una casa llena de sombras entre sus paredes. Un aire denso en el que aún resonaban los ecos del cincel y la maceta sobre la piedra, y en el patio, bajo el emparrado, aún podían percibirse, ascendiendo volátiles y difusas, las espirales de la pipa de su abuelo Cayetano.

Y piensa Ricardo con nostalgia que ha sido precisa una vida para llegar a entender las palabras y la soledad de su abuela. En aquel tiempo él era

joven y fuerte. Había vuelto a la tierra de su niñez, a la vida que dejó apenas esbozada cuando se vio obligado a cerrar la puerta a la primera ilusión. Pero todavía guardaba sueños en la maleta. Latidos que en la distancia no habían tenido réplica. Caricias y besos que esperaban convertirse en realidad el día en que encontrase a Manuela en Talavera. Y eso iba a suceder de inmediato. En cuanto tomara la rápida y se personara a buscarla.

Ahora, sin embargo, es viejo y está solo. Demasiado viejo para todo lo que no sea recordar y morir lentamente. Lo mismo que su abuela entonces.

Siente frío. Cada vez más frío... Se acomoda como puede. Tira de la manta de cuadros azules y blancos y se cubre hasta la boca. Cierra los ojos. Le gusta cerrar los ojos para que las presencias del pasado acudan a llenarle el hueco cada vez más hondo que excava la soledad por dentro.

Y vuelve el viaje a Torrecilla de los Valles. Los suspiros contenidos de su abuela Crisanta. Las lágrimas que quería sujetar en las cuencas enrojecidas, cuando marchaban a su lado camino del cementerio para visitar la tumba de su tía Inés.

Carlos y él acompañaban el andar lento de su abuela, tan distinto a sus pasos firmes y rápidos aquel día de septiembre de 1936, cuando sin reparar en el peligro viajó a Talavera para llevarse con ella a su sangre, al tiempo que las tropas de Franco gateaban Tajo arriba poco antes de la cruenta batalla.

Entonces había dejado un hijo en el frente, pero aún mantenía entera la esperanza. Ahora, Inés, la única hija salida de sus entrañas, se descomponía bajo la tierra. Por eso sus pies eran de hierro, el corazón se le escapaba por los ojos, y un silencio de muerte entorpecía su caminar.

Y así, con los ojos cerrados, en medio del silencio de la casa, Ricardo reconstruye en su cabeza las escenas de aquella mañana. Y le habla a su abuela como si hubiera vuelto de aquellos días perdidos para hacerle compañía.

No había nadie en el camino del cementerio. Usted iba muy callada. La miré y me di cuenta de que la pena se le salía por los ojos. Entonces le apreté el brazo con cariño, a ver si echaba fuera lo que le reconcomía por dentro, pero usted no quería amargar ni por un instante nuestra estancia en el pueblo después de tenernos lejos tantos años, como no paraba de repetir. Así que hizo de tripas corazón y procuró dejar a un lado sus pesares. Aún

recuerdo las palabras que salieron de su boca y que se quedaron para siempre conmigo.

—No me hagáis caso, hijos, que ya soy vieja, y a mis años, en cuanto te descuidas, la cabeza se va a escape hacia los tiempos que no han de volver. Pero vosotros estáis aquí y eso es lo único que ahora importa.

Todo fue escuchar sus palabras y hacer honor a nuestro apodo, que nos lanzamos como águilas a besarla cada uno por un lado, mientras usted no se cansaba de repetirnos que éramos el vivo retrato del abuelo Cayetano; tan altos y tan guapos como él. Y cuando lo decía, se le llenaba la boca con las palabras. Luego detuvo el paso, se soltó de nuestro brazo y se colocó frente a nosotros. Nos miraba a uno y a otro de arriba abajo, reparaba en nuestras manos, nos las cogía a los dos, y decía muy ufana que habíamos heredado del abuelo sus dedos de artista, delgados y largos. Que nuestras manos eran pintiparadas a las suyas; esas manos de gloria que Dios le había dado y que ella tanto admiraba.

Luego alzó la cara para besarnos y nosotros bajamos la cabeza, volvió a apoyarse en los dos y seguimos el camino.

Llegamos al camposanto, y entonces sacó usted de la faltriquera una llave de hierro que debía de pesar lo suyo, la introdujo rehilando en la cerradura y chirrió fuerte. Y a mí, por el lugar y el momento, me pareció una queja sin lágrimas.

Entró usted primero y se santiguó, al tiempo que murmuraba una plegaria. Y enseguida, entre los montones de tierra rematados por cruces de hierro o por mosaicos de cerámica, nos llevó hasta la tumba de tía Inés. Todavía tengo en mi cabeza el rimero de tierra rojiza y hueca que dejaba bien a las claras la cercanía del enterramiento.

Luego volvió usted a agarrarse fuerte a los dos, sacando arrestos para sujetar el llanto.

—Aquí está vuestra tía, hijos; a poco llegáis al entierro.

Luego, sin dejar de mirar el montón rojo, lo mismo que si quisiera usted atravesarlo y llegar hasta su fondo, volvió a santiguarse y se puso a rezar una oración por su alma. Al acabar, con los ojos rebosando pena, nos dijo que rezaba a sabiendas de que no le hacía falta ninguna, que su hija era una santa, la pobrecilla, y que por más que la vida se ensañó con ella desde bien chica, de su boca jamás había salido lamento alguno.

Carlos y yo asentíamos con la cabeza, que bien recordábamos el afecto que siempre nos tuvo tía Inés. Y mientras usted volvía a sus rezos, los dos la

mirábamos entendiendo y respetando su dolor, que ya éramos hombres hechos y derechos, como usted solía decir, y debajo de aquel montón de tierra se guardaba también el cuerpo y la voz perdida de quien siempre nos arropaba en nuestras travesuras cuando niños y nos colmaba de caricias y de besos; morados por la enfermedad, pero llenos de cariño... El mismo que nos mostró con ojos llorosos, ya de mozalbetes, aquel día que fuimos al pueblo a despedirnos de los tres, de abuelo Cayetano, de usted y de ella, y la maldita posguerra nos arrancó de allí, de nuestra casa, de nuestra familia y de nuestra tierra, quitándonos la vida que debió ser nuestra.

Ricardo respira con fatiga. En los últimos días, quizá hoy más que nunca, el aire pesa y se resiste a penetrar en sus pulmones. Duele la memoria. Aunque se ha convertido en su refugio, en algún momento se le hace hostil. Sin embargo, no quiere concederle respiro. Algo inexplicable le dice que el camino se acorta. También el del recuerdo; única senda por la que puede caminar sin que le tiemblen los pasos.

Llegado su pensamiento a este punto, el hombre mueve la cabeza en ademán de negativa. Pasear por la memoria tampoco es fácil. Sus caminos con el tiempo se van cegando de espinos que te enredan, que se clavan en los pies con saña y los hacen sangrar. «No importa la congoja. Aún duele más el olvido», murmura Ricardo suspirando mientras vuelve a los caminos del ayer.

Era usted dura como el pedernal, abuela, eso dijo mi padre aquella tarde, cuando llegó a nuestra casa de Talavera para llevarnos al pueblo, de modo que al cabo de unos minutos terminó los rezos, se santiguó, recobró la compostura, y empezó a guiarnos entre los sepulcros, que no quería irse del cementerio sin que supiéramos el lugar donde descansaba la familia. Y claro, la primera visita, como no podía ser de otra manera, fue a la tumba del abuelo Cayetano.

—Mirad, hijos, de piedra como a él le gustaba. Y con dos ángeles y todo que la custodian.

Todavía me acuerdo de que en las alas de uno de los ángeles empezaba a salir verdín, y que usted no dejaba de mirar para arriba, mientras repetía que eso era culpa de la humedad del arroyo Castaño, tan cercano a las

paredes del camposanto; que al abuelo no le gustaría ver la piedra manchada, y que si conocíamos el modo, antes de marchar del pueblo intentaríamos limpiarla.

Dos días más tarde hicimos lo que pudimos, y aunque el resultado no fue de nuestro agrado, sí que las manchas dejaron de hacerle daño a usted, que su vista ya perdía los detalles, como ahora me pasa a mí con la mía.

Pero volviendo al paseo, me acuerdo bien de que fuimos recorriendo despacio los lugares donde reposaba su sangre. Su hermano Marcos, a quien tanto quería. Eso nos decía mi padre cuando nos hablaba de él, y nos contaba que perdió los ojos cuando era un rapaz de ocho años y unas fiebres estuvieron a punto de llevárselo. Murió cuando éramos muy chicos, y yo casi no recordaba su cara.

Y nos mostró el sitio donde estaba enterrada la bisabuela Teresa, y muy cerca sus otros dos hijos, Mateo y Aurelia, los otros dos hermanos de usted. A la bisabuela no llegamos a conocerla, y de ellos apenas guardábamos un vago recuerdo; no se hicieron viejos ninguno de los dos, como pudimos comprobar a la vista de las fechas de nacimiento y muerte.

Después de murmurar sus oraciones, que en sus palabras «cada uno merecía su rezo», nos dijo que entendía de sobra que el camposanto no fuera el mejor sitio para dos jóvenes como nosotros, pero que si las circunstancias de la vida nos habían apartado durante tantos años de la familia, no quería que volviéramos a Francia sin antes haber visitado la tierra que guardaba a quienes no pudimos dar el último adiós, y así un día, cuando nuestros padres pudieran retornar al lugar donde nacieron, nosotros podríamos hacer con ellos el mismo recorrido. Le prometimos que así sería y usted respiró tranquila.

Pero todavía le quedaba algo por hacer en el cementerio, de modo que a ello se aplicó sin perder un instante. Puede usted creer que guardo enteras en la cabeza sus palabras; aquella confesión de la que allí mismo nos hizo depositarios.

—Nos vamos de seguida, hijos, pero antes quiero que sepáis el sitio donde descansa mi padre, que en vida de mis hermanos, y por respeto a ellos, no le pusimos lápida ni nada... Ya sois mayores y sabéis a qué me estoy refiriendo.

Carlos y yo nos miramos sin saber qué decirle, que aunque habíamos

oído algo del asunto que la familia mantenía en secreto, tampoco es que supiéramos mucho más allá de lo que sabían todos acerca de nuestro bisabuelo, Federico Muñoz Mencía, como rezaba en el sepulcro de mármol al que nos condujo, el que destacaba entre el resto por su blancor.

—Aquí descansa mi padre. Fue vuestro abuelo Cayetano quien tuvo el buen acierto de ponerle mármol blanco. Trajo el material de Navahermosa, y a pesar de su mucha edad se empeñó en trabajarlo con sus propias manos, gloria bendita hasta el fin de sus días.

Y los dos, aquella mañana de agosto, escuchamos de su boca la verdad de aquel secreto oscuro que nadie hasta entonces nos había contado.

—Muchas cosas habréis oído decir de mi padre, y hasta me atrevería a asegurar que ninguna buena —nos dijo usted mientras repasaba las letras talladas en el mármol—. Ni siquiera yo, siendo como era su hija y habiéndome “ocupao” de él once años largos, supe sonsacarle las razones de su mal proceder con mi madre y con la familia, que lo digo porque sé que nada descubro.

—Según dice aquí, murió a los 79 años —dije yo reparando en la fecha.

—Sí, hijos, en febrero; ya lo veis. Y aquel día nevaba con ganas en el pueblo; lo tengo presente como si fuera ayer, que antes de cavar la sepultura, tuvieron que aplicarse con ganas una cuadrilla de hombres, pala en mano, para quitar la montonera de nieve que tapaba la tierra.

Eso nos decía usted mientras dibujaba con el dedo la fecha de su muerte. Me acuerdo de que no paraba de temblar; ahora sé de quién me viene la herencia de estas manos mías que ya no me obedecen.

—Casi doce años, que se dice pronto, subiendo y bajando yo a la casa del cerrillo con la comida y la ropa limpia. La había levantado abuelo Cayetano al principio del matrimonio para que viviéramos en ella, pero mi madre no quiso que saliéramos de su casa, de modo que cuando volvió mi padre al pueblo, como un animal herido y con la vida hecha trizas, qué menos que darle techo y cuidados hasta su muerte. Y allí pasó el tiempo que le quedaba en el mundo. Siempre en su sillón de mimbre, viendo cómo salía el sol por los montes sin decir palabra, que lo mismo le daba el frío que la calor. No quería saber nada de lo que hubiera más allá de las paredes de la casa, ni ponía atención alguna a las horas que daba el reloj de la torre... Muerto en vida pasó el pobre sus últimos años, que ni se ocupaba siquiera de los días ni de los meses del calendario, por más que yo me apurara en

recordárselo: padre, que se acerca Nochebuena, que llega San Sebastián y los mozos andan con lo del tizne, mire la dehesa, que ya reverdece... ¡Abra las ventanas, que el aire ya huele a verano...! Y él, más callao que un muerto, siempre rumiando su pena.

Estas cosas escuchábamos de su boca cuando nos buscó la mirada y nos preguntó con un deje de reserva:

—¿Nunca habéis hablo de estas cosas con vuestro padre?

Negamos los dos con la cabeza.

—No me choca, hijos, la verdad es que tía Inés y él, de grandes y ya con conocimiento, no iban con buen talante cuando yo me empeñaba en que subieran a la casa del cerrillo conmigo a hacerle compañía un rato. Y yo me hacía cargo, no vayáis a creer que no, que tendrían mucho escuchao de su abuelo Federico y de sus andanzas... Sobre todo fuera, en la calle, que a vuestra bisabuela Teresa no le gustaba dar tres cuartos al pregonero, y de su boca no salía palabra alguna que manchara su nombre; sobre todo por nosotros, sus hijos. Pero ya sabéis lo que le gusta a la gente airear los tropiezos ajenos, así que me hago idea de la inquina que le guardarían por adentro a su abuelo Federico cuando se enteraran de que tuvo otra casa y otra familia, habiendo abandonao a la propia. Pero ya os digo yo que lo pagó con creces, que cuando le encontré a media legua de aquí —decía usted señalando el camino de Espinoso—, acababa de perder a la mujer y a la hija a manos de un asesino sin entrañas.

—Déjelo estar, abuela —dije yo al adivinar que aquellas memorias no le hacían bien.

—No, hijos. Tengo que cumplir con el mandado de mi padre. La vida es corta, y lo más seguro es que cuando volváis al pueblo ya no me encontréis en el mundo, de manera que os voy a contar lo que a mí me contó mi padre poco antes de morir. Ya andaba vuestro bisabuelo por aquellos días con un dolor fuerte en el pecho y un ahogo que no le dejaba respirar bien, así que me puse buen calzado para que la nieve no me calara los pies y me encaminé al cerrillo a ver cómo había pasao la noche. Me chocó no encontrarle levantado, que a esas horas le pillaba siempre en su sillón de mimbre mirando por la ventana hacia las sierras. De seguida me puse a encender lumbre y le preparé un tazón de leche bien caliente, pero al acercárselo él negaba con la cabeza una y otra vez, y como yo no paraba de insistir, me apartó el cuenco con la mano al tiempo que me decía, sin retirar los ojos de la ventana:

—No quiero dejar de mirarla...

—¿A quién, padre? —le pregunté yo asomándome a la calle, donde por más que miraba no veía un alma.

—Las horas del reloj me han dao el aviso de que esta noche ella estaba aquí...

Fue oír tales palabras, y pensar yo que mi padre estaba desvariando, de modo que me acerqué para verle la cara, y entonces me di cuenta de que tenía la muerte en los ojos.

Pero él seguía hablando, y yo seguía sin entender lo que me estaba queriendo decir.

—Quiero llevarme este blancor cuando me vaya... El maldito carbón te emporcaba el cuerpo de negro... Se metía en las uñas, y en la boca, y en las orejas... ¡y hasta en las tripas!

Al escuchar yo lo que a mi parecer no eran otra cosa que delirios, le dije que lo mejor es que le viera el médico, que ya le teníamos viviendo en el pueblo y no era preciso ir a buscarle por los caminos, de modo que en un tris iría yo a darle aviso y se presentaría en la casa.

—No te empeñes, hija, que ya no hace falta —me decía él con el soplo de aliento que le quedaba—. Retira las cortinas...

Sin comprender, hice lo que me pedía mientras él seguía hablando.

—Con ver... la nieve, me basta y me sobra... Nunca di tres cuartos al pregonero, que cuando de joven aparecí por este pueblo a nadie le importaba quién era yo ni de dónde venía, pero... tú, hija..., tú sí que te mereces una explicación...

—¡Cállese usted, padre! Que no creo que le venga bien tanta plática —le decía yo mientras me daba cuenta de que se le estaba escapando la vida.

—Deja, que peor va a ser si me lo llevo conmigo... —me replicaba él sacando fuerzas de donde ya no las había—. Cuando era chico, el hombre que vivía con mi madre me llevaba a hacer carbón a la sierra... Nunca tenía hartura. A la comida, cortaba con la navaja un cantero de pan duro y me lo tiraba con malos modos al montón... Parece que le estoy viendo con su risa negra cuando me veía rebozarme entre el carbón hasta hacerme con ello... Y si hacía ascos, me levantaba las manazas y me molía a golpes, que a mí me parecían las del mismo diablo de lo sucias que las tenía...

—¿Por qué se acuerda usted ahora de aquello? De lo que pasó, si es malo, mejor apartarlo de la cabeza; se lo digo siempre porque así lo creo.

Y mi padre me miraba como si no me viera, al menos eso me parecía a

mí, que adelantaba los brazos hacia donde yo estaba como si quisiera palparme, y entonces fui yo y le cogí las manos, y él me las apretó con la fuerza que le quedaba, que a decir verdad no era mucha.

—Quiero que un día les des cuenta a Inés y a Rogelio de lo que te he dicho, para que sepan por qué su abuelo se pirriaba por los caballos blancos... Y les dices también que me colma de contento la nieve, que es fría y blanca y en nada se parece al carbón, y que por eso quiero llevármela a la sepultura para que me arrope el cuerpo...

Yo veía a mi padre perder la voz por momentos, así que pensé que lo mejor era no moverme de la cabecera de su cama, que más que un médico, lo que precisaba en sus últimos instantes era compañía, además de unos oídos dispuestos a escuchar sus últimas palabras, aunque me sintiera yo en la obligación de negar lo que parecía más claro que la luz del día.

—No diga usted esas cosas, padre, que ya verá cómo va mejorando según vaya entrando la mañana —le dije sin convencimiento ninguno.

—¿Ya no te acuerdas? A mi niña le gustaba mucho el caballo blanco — se estaba refiriendo a Lucrecia, la hija que tuvo con la otra mujer.

—Me acuerdo bien —le dije yo—, que cuando llegué con la yegua aquella tarde, la hallé jugando a la puerta de la casa con chinarrros blancos que ella hacía trotar por la tierra como si fueran caballos. En cuanto vi sus ojos, supe que era mi hermana, aunque nadie me hubiera dicho palabra.

Carlos y yo nos miramos entendiéndonos con los ojos. Claro que sabíamos desde niños de aquel viaje. Nos lo había contado el abuelo Cayetano muchas veces en el patio, las tardes de verano debajo de la parra, cuando el humo de su pipa volaba por el aire. Y no se cansaba de ponderar el arrojito de su mujer, casi una niña entonces, capaz de enfrentarse sola a los peligros de la sierra, sin más compañía que una yegua negra, para pedir a su padre consentimiento antes de ponerse en relaciones con el piedrero de Galicia, como le llamaban en el pueblo; con el mozo andariego y talludo que había traído don Baldomero el cura para embellecer el campanario.

Y mientras esto pensaba yo, sin darse respiro, usted seguía quitando la cortina al pasado.

—Entonces me di cuenta de que aquellas palabras sobre mi hermanilla chica habían tocado a mi padre el corazón, que todo fue pronunciarlas y empezar a rodar las lágrimas por su cara.

—Maldita muerte... y maldito mil veces el criminal... que me la quitó... Ese final no era para mi niña... Eloísa era una santa... y a ella también me la arrancó de cuajo —repetía ya casi sin aliento.

Se echó mano al pecho y empezó a toser, hasta que los labios y la cara se le pusieron morados, y no paraba de jadear, lo mismo que si el aire fuera azufre quemado. Yo no le soltaba las manos, y él, aunque ya no podía hablarme, hacía esfuerzos por intentarlo, y a mí me pareció que se le estaba enredando una palabra entre la vida y la muerte, y quise adivinarla por la movición de los labios, pero su cuerpo empezó a aflojarse y sentí cómo expiraba... Bien cierta estoy de que si hubiera contenido su última exhalación un minuto más, la palabra perdón habría salido de su boca.

Después de su confesión, tengo que decirle que Carlos y yo nos quedamos sin palabras. Sólo nos atrevíamos a mirarla. Ahora mismo, con los ojos cerrados, la estoy viendo delante de mí: con un sinfín de arrugas en la cara y en las manos, los ojos irritados por los duelos y la valentía con la que encaraba la soledad y la muerte. Y entonces pensé que cuando llegase a Poitiers convencería a mi padre para que cumpliera sin tardanza ese deseo de volver al que nunca había renunciado, pese a los miedos que siempre le retenían otro año más.

Pero no pudo ser, que cuando llegó carta de España con la noticia de que usted ya no estaba, mi padre aseguró que ya no había nada que pudiera hacerle volver.

Y ya, cumplida la encomienda, respiró usted hondo y dirigió una última mirada al montón de tierra que cubría el cuerpo de tía Inés, y con el dorso de la mano izquierda apartó dos lágrimas que se empeñaban en saltar de los ojos. Se cogió otra vez de nuestro brazo, y sorteando las tumbas caminamos los tres hacia la puerta.

Yo no me quitaba de la cabeza la historia del bisabuelo Federico, y me preguntaba por los motivos que la habrían llevado a usted a saltarse una generación para quitar los velos a la confesión y la encomienda que le hizo cuando se estaba muriendo.

Más tarde, hablando con mi padre, entendí que la enfermedad de tía Inés podía haber sido el impedimento. Que usted nunca olvidó aquella comparanza del médico de Toledo, y que por eso siempre resguardó de la intemperie su corazón de cristal.

Ya en la puerta, sacó usted la llave de la faltriquera y se escuchó el chirriar de la cerradura. Y tras guardarla en su lugar, nos miró animosa.

—¡Vamos, hijos! Mañana empieza la fiesta grande de la Virgen del Valle y habrá música en la plaza, que no todo han de ser duelos... Vosotros sois jóvenes y estáis en edad de disfrutar.

Y así, abuela, caminando segura y orgullosa en medio de los dos, volvimos a la casa de nuestra infancia, de nuestros juegos; del escondite debajo de la cama en los años de guerra, de las meriendas con pan y miel; de los golpes del cincel contra la piedra, de la yegua negra, de las paredes blancas como la nieve, que había usted mandado pintar para recibirnos a nosotros, las ramas más tiernas de su tronco; así nos lo dijo a nuestra llegada, a pesar de ser el negro el color de sus ropas por culpa de la muerte injusta que acababa de arrancarle la mitad de la vida.

Ricardo abre despacio los ojos. Claro que duele el pasado. Cada añoranza es una página arrancada al libro de la vida que deja a la intemperie la cicatriz de lo que ya no es ni podrá ser. Su cabeza se ha vaciado con la reconstrucción minuciosa de un pasaje de su existencia vivido hace más de sesenta años. Sólo le queda la memoria para sentirse vivo. Los años se han llevado la firmeza de sus músculos, la habilidad de sus manos para crear belleza, la fuerza de sus piernas para sostener el armazón gastado de su cuerpo. La vista, los andares, la agudeza del oído, el gusto...

Y en la penumbra borrosa de la noche, una pregunta, más bien un lamento abatido, sale de su boca: «¿Qué me queda ya?».

Es entonces cuando cree escuchar una palabra metálica y dura, envuelta en la cadencia de las nueve campanadas acordes que traspasan la niebla: soledad.

La manta de cuadros azules y blancos descansa en el suelo. Una oscuridad espesa, quebrada levemente por el rectángulo acristalado de la ventana al que se pega la niebla, domina el pequeño cuarto. El frío le ha hecho salir del sopor complaciente que le ha librado del peso de las memoraciones; de esa suerte de sueño blando en el que su cuerpo y su cabeza se recuestan cuando la fatiga menoscaba la consciencia.

Con trabajo, Ricardo se inclina, echa mano de la manta y vuelve a envolverse hasta los ojos. Le tiemblan las manos y las rodillas. Debe de ser el frío. Siente frío en las piernas. Cada vez más frío. Y en el resto del cuerpo. Madeleine le dice que la calefacción funciona bien. Es verdad que ella en cuanto llega por la mañana se quita las capas que la envuelven y se queda en manga corta. Debe de ser que a los viejos se les hiela la sangre. En cuanto venga Mireille el fin de semana le pedirá que llame a un calefactor para que revise la caldera y los radiadores.

¡Qué cabeza la suya! Se le había olvidado que han cambiado el turno. Tendrá que ser Nadine quien se ocupe.

No bien acaba de corregir su juicio, vuelve a hacerlo contrariado. No cabe duda de que está perdiendo el caletre. Nadine tiene una cena de alto copete con los mandamases de Justicia y tampoco acudirá a visitarle.

Aunque no tiene apetito, si reuniese las fuerzas precisas tendría que llegar hasta la cocina y antes de acostarse tomar lo que le haya dejado Madeleine, a ver si así entra en calor. Seguro que allí le están esperando sus crepes rellenas de mermelada *light*, como dicen ahora, o sus galletas sin azúcar, o su bizcocho edulcorado con sacarina. Cosas del médico y de sus hijas. ¿Qué más da si la sangre se le endulza un poco más? Al fin y al cabo, de algo hay que morirse, y como a su edad ya es cosa cercana, a qué andarse con miramientos. Pero el problema no es ese; sus tragaderas esta noche apenas podrían pasar un sorbo de leche.

Además, no sería capaz de levantarse del sillón, aunque le estuvieran esperando las fritillas de su abuela Crisanta. Siempre que iban al pueblo de pequeños, se las preparaba para el desayuno. Y si no para la merienda. Echaba harina blanca en un azafate, añadía agua a punto de ebullición, lo

amasaba bien, y luego cogía pellizcos de masa y los trabajaba con los dedos, hasta convertirlos en tortas planas que bañaba en una sartén de aceite hirviendo. Cuando se doraban, las echaba en una fuente grande y las rociaba con azúcar.

En aquel último viaje, tampoco quiso su abuela privarlos del exquisito manjar. Y no sólo una vez. Fueron muchas las mañanas en las que, antes de levantarse, llegaban hasta la cama los efluvios del aceite y la masa, gracias a la ventana que daba al patio donde se hallaba situada la cocina.

Era el momento de echarse abajo. Ninguno de los dos podía resistirse a tan apremiante reclamo.

¿Te acuerdas, Carlos? Yo, más ligero de sueño que tú, y sobre todo con otras preocupaciones en la cabeza aquellos días, no resistía las voces del estómago. Me echaba abajo de la cama y te zarandeaba fuerte. «Arriba, hermano, que hoy abuela Crisanta anda preparando la golosina que de chicos nos hacía chuparnos los dedos».

Alguna vez la pillamos en plena faena, y cuando los dos nos poníamos a ello y la ayudábamos a moldear la masa, nos miraba ufana y nos decía sonriendo: “Vamos, que la harina es mucho más fácil de meter en cintura que la piedra”. Nos reíamos los tres, y ella parecía olvidar su padecimiento.

¡Cuántas preguntas salieron de su boca aquellos días! Quería saberlo todo. Cómo era nuestra casa de Poitiers, el taller, la calle donde vivíamos, el cielo por las mañanas, los campos, el olor de la ciudad... Y nosotros no escatimábamos detalles para complacerla, que las cartas no eran otra cosa que un puente en el que mandábamos el cariño y el recuerdo de un lado al otro de los Pirineos, y más teniendo en cuenta que su llegada, por unas cosas o por otras, siempre se hacían esperar.

Pero sobre todo abuela quería saber de padre; del hijo que Franco le había robado, como repetía tantas veces aquel mes que acompañamos su duelo, en carne viva aún.

De madre también quería noticias. «Vuestra madre, aunque nuera, para mí siempre fue una hija más», nos confesaba con ojos que dejaban asomar la añoranza. Y nosotros, en aquellas tardes de agosto, sentados con ella debajo del emparrado del patio, le hablábamos sin parar de los años que el tiempo y la guerra le habían arrancado de las entrañas.

Ella preguntaba, y los dos nos repartíamos las respuestas.

—Hijos, esta vieja necesita saber lo que de bueno y de malo hayáis vivido por tierras de franceses, así que adelante. Y bien alto, que estos oídos míos se están endureciendo.

—Abuela, a lo primero las cosas no se pusieron como los cuatro esperábamos —le decíamos allanando el terreno.

—Que sí, hijos, que sí... Ya me hago cargo de que no sería fácil salir adelante en una nación extraña..., sin conocer el habla, sin familia ni allegados... De modo que contadme al punto desde el primer día hasta el último. Sin perder detalle y sin miedo, que en las cartas de sobra sé yo que se disfrazan los pesares y se engordan las bonanzas. Así que ya estáis tardando, que los días vuelan y hay que aprovecharlos. Y sin dejarse los pormenores por duros que sean, que a este corazón mío las penas le han hecho más resistente que los riscos del arroyo, y más daño le hace ignorar que saber, por más que lo que me contéis no sea lo que yo quisiera escuchar.

Los dos nos mirábamos y nos entendimos con los ojos. Ya teníamos edad de saber que no era ocasión para hablarle de las penurias que vivimos en Gurs. Ni del hambre de los primeros tiempos, tras salir de aquel infierno. Por eso, cuando ella preguntaba, pasábamos por alto los malos momentos y nos deteníamos con largueza en los buenos, lo mismo que hacía padre cuando le escribía las cartas.

Y así, de los viajes por la noche, con el sudor frío que el miedo nos causaba pegado al cuerpo, sólo conoció que fueron largos, pero que al final nos llevaron a Poitiers, el sitio donde nos aguardaba la suerte.

Para qué íbamos a decirle que fuimos a parar al mismo infierno. O que antes de salir de él, con el barro hasta las rodillas, tuvimos que pasar un par de meses reparando tejados, puertas y ventanas, alambradas y letrinas en la cárcel donde habíamos caído presos.

Para qué tenía que saber ella que, desde antes de que el sol asomara en el cielo hasta después de su puesta, con los pies cosidos de sabañones y las manos como carámbanos, dejábamos a madre sola en el barracón para ponernos a las órdenes de aquella pareja de guardias, bien dispuestos junto con padre a cumplir con la tareas que ordenara el hombre que mandaba en Gurs. Y eso sin apenas comer, casi sin dormir por culpa del frío, y con la esperanza hecha trizas durante aquellos sesenta y cinco días, que a nosotros nos parecieron sesenta y cinco años...

Tampoco le contamos que Leduc, el cabecilla del Campo, en cuanto se percató de nuestro buen hacer con las manos, empezó a sacarnos de allí

para trabajar por la comida y el asilo en casas pudientes y con influencia. Y que ya fuese porque les debía favores, o porque quería alcanzar otros, aquellas salidas afuera a nosotros nos sirvieron para librarnos del suplicio.

Así que nuestro relato empezaría precisamente ahí; en el momento en que salimos de Gurs para trabajar en la casa de Monsieur Courtois, un hombre de bien que tenía un palacete en Pau, y que supo apreciar las habilidades que habíamos heredado del abuelo Cayetano. ¿Te acuerdas, hermano? A ella se le caía la baba. Y más cuando le contamos que fue nuestro bienhechor, y que gracias a él empezamos a trabajar en la iglesia de San Martín, una de las principales de la ciudad, para restaurar las pinturas del altar mayor. De modo que en aquellos días difíciles aquel hombre nos preparó el camino de la suerte.

Y así sería que, tras aquel trabajo, le pidió a Leduc que nos dejara libres y ya no volvimos a aquel infierno. Por descontado que este último detalle tuvimos que silenciarlo también. Igual que los dos años largos en que fuimos dando tumbos por las ciudades libres de la ocupación alemana, hasta que en el cuarenta y cuatro, tras caer París, y ya con el enemigo fuera, fuimos encontrando más sitios donde demostrar nuestra valía con las manos.

De este modo, sin mencionar fechas, le fuimos relatando las muchas tareas que enseguida nos cayeron llovidas del cielo, empezando por la reparación de las gárgolas en la catedral de Agen, para seguir con la torre de la Basílica de San Miguel en Burdeos, una de las más altas de Francia, encaramados en unos andamios a la altura de los pájaros, le decíamos señalando el cielo, repleto de vencejos y golondrinas.

Y abuela se echaba las manos a la cabeza y repetía de vez en cuando como si fuera una letanía: «¡Dios bendito! ¡Virgen del Valle!».

Entonces nosotros, al verla contenta, seguimos abundando en los pormenores que ella seguía recibiendo llena de gozo.

Y así fue como supo que debido a las conocencias, como decía padre, entre el cura que se encargaba de las obras en las iglesias de Burdeos y el que hacía lo propio en Poitiers, fuimos a parar a la ciudad donde terminamos encontrando nuestro sitio, que cuando dimos fin a las tareas de la basílica, con las gárgolas, ya nos estaban esperando en Poitiers con la encomienda de restaurar uno de los retablos de la Catedral de San Pedro.

Mientras le contábamos los pormenores, abuela Crisanta nos

escuchaba con las manos cruzadas, como si diera gracias al cielo por haberle concedido vida para escuchar con sus propios oídos lo que durante tanto tiempo quiso saber, que aunque padre se lo contara en las cartas, estas, según se le escapó de la boca en un suspiro, al principio fueron tardías.

¡Cómo no iban a serlo, si andábamos huyendo por las noches y escondidos por el día!

—Y no sólo eso, hijos, que a mí aquel invierno del 41 me pareció que no iba a acabarse nunca —nos decía mudando el gesto mientras nosotros nos mirábamos recordando Gurs—. Y luego, cuando empezaron a llegar las cartas con matasellos de Francia, a mí siempre me parecían pocas... Y poco también lo que tu padre en ellas nos contaba, que a tía Inés, que tenía que relevarme en la lectura cuando estos ojos se convertían en fuentes, siempre le decía yo al acabar de leer: ¿Y ya está, hija? ¿No dicen más?

Ni tú ni yo, Carlos, mayores para entender, pero aún jóvenes para el disimulo, fuimos capaces de añadir explicación alguna a las palabras de abuela Crisanta, en las que sin ella quererlo se vislumbraba un reproche, y por eso seguimos abundando en la parte dulce de aquella vida prestada en el exilio, que tuvimos que trocar sin remedio por la que debiera haber sido la nuestra.

Y le contamos que con los francos que padre había ido guardando de nuestro trabajo al fin pudimos comprar una casita en las afueras de Poitiers, a la que enseguida fuimos añadiendo más terreno para levantar el taller, ya grande y bien montado. Sin ahorrar detalles, le aclaramos que allí teníamos dos hornos, uno para la cerámica y el otro para el vidrio, además de una carpintería completa con tornos para la madera, y una nave tan espaciosa que podía albergar una cantera si se nos antojaba, sitio este en el que trabajábamos la piedra: tallas por encargo para las iglesias, heráldica para las casas solariegas, mausoleos y lápidas para los cementerios, y lo que se nos fuera encomendando.

Abuela nos escuchaba con la admiración pintada en la cara, y cuando acabamos de relatarle los pormenores de nuestro trabajo, y el aprecio y consideración que teníamos en la ciudad y sus contornos, no pudo aguantarse las lágrimas.

Entonces tú, Carlos, para cambiarlas por risa, tuviste la ocurrencia de confesarle que los poitevinos, que así se los nombraba a los habitantes de la

ciudad que nos había acogido, nos conocían a los tres por un apodo que nos venía pintiparado: las águilas de Poitiers. Y eso debido a que volábamos como tales por campanarios y tejados, por cúpulas y por andamios, dentro y fuera de iglesias y catedrales sin importarnos la altura.

Y ella, orgullosa, volvió a contarnos cómo conoció al abuelo Cayetano, una mañana en la que él subía y bajaba al campanario de la iglesia, donde había venido de la mano de don Baldomero, el cura, para colocar los dos ángeles de piedra que custodiaban las campanas tallados por sus propias manos. Y que mientras las mozas acudían con cubos de agua de los pozos para dar abasto a la obra, él se encaramaba también al andamio como si tuviera alas. Eso sí, sin dejar de mirarla, cosa que provocaba los bisbiseos de envidia en las demás muchachas del pueblo, que se arremolinaban alrededor como hormigas a la miel para contemplar la soltura y gallardía de aquel mozo alto, rubio y bien plantado que sacaba ángeles de la piedra...

—Pero aquella mañana el gallego sólo tenía ojos para mí —nos decía ella con la mirada agarrada al pasado.

Y tú, hermano, más zalamero, como solía decirte abuela Crisanta cuando le hacías carantoñas, le cogiste la cara entre las manos, le diste un beso sonoro en la mejilla, igual que los que ella nos daba cuando éramos niños, y terminaste la conversación.

—Porque usted era la más guapa, abuela. Ahora mismo vamos a dar los tres un paseo por el pueblo. Subimos al cerrillo de la iglesia, y de paso nos enseña el ángel de piedra al que el abuelo le puso su cara, que ya no nos acordamos cuál de los dos era.

Y así fue como subimos aquel día la cuesta con usted en medio, entre las miradas y los cuchicheos de las mujeres que enjalbegaban de cal las fachadas para la Función del Valle. Bien agarrada a sus dos nietos. Orgullosa de poder lucir las dos ramas fuertes que habían crecido lejos de sus ojos, y en las que ahora apoyaba su tronco viejo para gatear hasta el cerrillo, lugar donde se alzaba la iglesia.

Una vez arriba, dimos un rodeo por detrás buscando el campanario custodiado por los dos ángeles de piedra. Y uno de ellos, el de la derecha, por esos caprichos del enamoramiento, como nos decía abuela Crisanta mientras los tres mirábamos a lo alto, tenía la cara que tuviera ella a los diecisiete años. Sus mismas facciones y su mismo pelo, a pesar de que aquella mañana lo llevase recogido con muchas horquillas, en un moño bajo sobre la nuca para parecer más mujer. Porque nuestro abuelo Cayetano,

gracias a su talento de artista y al prodigio de su imaginación, había tenido el antojo de soltárselo sobre los hombros, a fin de arrancarle a golpes de cincel sus ondas a la piedra.

Ricardo tiene los codos apoyados en la mesa y la cabeza apuntalada con las manos, sarmientos reseco en los que resalta la prominencia y negrura de sus venas.

Cada vez que se anega de pasado, siente que le *bulle la sesera*. Eso les decía su abuela en aquellos días en los que hubiera querido relatarles hasta la última y más vieja de sus memorias. De sobra sabía ella que no habría más ocasiones. Presentía que nunca más volvería a verlos. Ni a su hijo ni a Pilar, su nuera; así se lo dijo con las estrellas por testigo una de las noches de aquel agosto que llegaba a su fin, lo mismo que la estancia de los dos en la casa.

Eran adultos para entender, pero no podían imaginar siquiera lo que significaba para su abuela esa certeza. La desazón que le causaba el convencimiento de que a su cuerpo lo guardaría la tierra sin que la vida pudiera resarcirle con un abrazo de su hijo Rogelio. Uno sólo de los muchos que la guerra le había robado.

Es muy tarde. Con el pensamiento en los años perdidos no ha oído los relojes. Ni siquiera ha encendido la luz; no le hace falta para moverse por los laberintos del recuerdo. No irá a la cocina, aunque allí le aguarde la leche junto al microondas con la engañifla sin azúcar que Madeleine le habrá dejado, como hace siempre, en una bandeja sobre la encimera bien envuelta en papel de aluminio. Es la rutina de cada día, pero hoy no tiene ganas de cumplirla.

Ahora sí que necesita luz. Tiene que levantarse del sillón. Apoya los codos y se incorpora. Dos pasos de plomo, y busca a tientas la pequeña lámpara. Le urge la vejiga. Siente el vientre hinchado y le duele; no sabe qué les pasa a sus riñones. A ver si es capaz de llegar hasta el baño sin mojarse los pantalones.

Al fin ha logrado llegar al dormitorio, deshacerse de la ropa y ponerse el pijama. Nunca antes había sentido tanta flojera en el cuerpo. Lo único que le apetece es tender sus años en la cama y esperar a que el sueño quiera acudir a

su almohada.

Ha perdido la cuenta del tiempo que lleva buscando acomodo en el colchón de látex. El que se empeñó Nadine en comprarle hace poco más de un año, convencida de que de este modo no iban a molestarle los huesos. Pero le siguen doliendo, pese a la firme confianza de su hija en lo último que sale al mercado.

Tiene el cuerpo aterido. ¿Quién podría dormir en semejantes condiciones? Madeleine dirá lo que quiera, pero los radiadores deben de estar llenos de aire. O si no, es que las tuberías que los alimentan tienen pérdidas debido al óxido. Tal vez sea eso, piensa Ricardo al tiempo que intenta sin conseguirlo hacerse un ovillo para entrar en calor.

No puede ser que pierdan agua. En caso de que fuese esa la causa, aparecerían humedades en el suelo o en las paredes, sobre todo en la planta baja, y ninguna de ellas le ha comentado nada al respecto; ni sus hijas ni Madeleine.

Desde que hace diez años dejaron el chalet que habitaban a las afueras para trasladarse a la calle Saint Denis, y hasta la muerte de Michèlle, era él quien se ocupaba de purgar los radiadores. Ahora ya ni siquiera sirve para eso.

Nadine y Mireille insisten en que son cosas suyas, que la calefacción funciona como es debido y que no es preciso tocar nada. La verdad es que en cuanto llegan, una y otra se despojan de sus ropas de abrigo y se quedan en manga corta; lo mismo que Madeleine.

Tendrán razón y serán cosas suyas... Manías de un cuerpo que ya pide tierra.

¿Por qué sentirá tanto frío en las piernas esta noche? No sabe qué le pasa, pero le cuesta respirar. Cierto es que lleva muchas horas sin ingerir alimento; desde las cuatro cucharadas de sopa que tomó a destiempo.

¡Cuánta soledad y cuánto frío...! Sin saber la razón, esta noche le llueven en la cabeza a Ricardo preguntas que nunca se hizo. ¿Cómo será morir solo, sin nadie cerca para decirle adiós o apretarle la mano, en caso de que la lengua ya no sea capaz de murmurar una despedida? ¿Cómo sería la

muerte de su abuela Crisanta? ¿Quién le cerraría los ojos? ¿Cuántas veces clamaría el nombre de su único hijo antes de abandonar la vida?

Al año siguiente de su visita al pueblo, en abril de 1953, recibieron una carta de Dolores, la prima de su padre, en la que les comunicaba que le habían dado tierra. Sólo habían transcurrido siete meses desde la estancia de su hermano y él en el pueblo.

Ricardo nunca había visto a su padre llorar de aquella manera. En sus lágrimas y en sus palabras parecía adivinarse un atisbo de culpa. «Tenía que haber ido... Teníamos que haber ido los dos con los muchachos el año pasado», le decía sin parar a Pilar, cogiéndole con desesperación por los hombros.

Su padre pasó varios días sin apenas hablar, y cuando lo hizo, fue para pronunciar unas palabras que fueron toda una sentencia: «Ya no me queda razón alguna para volver».

Su madre, sin embargo, sabía que otro pensamiento guardaba para sí. «Cuando las cosas cambien en España, bien cierta estoy de que no podrá aguantarse las ganas», les decía a Carlos y a él.

Pero no hubo retorno. Rogelio González-Coruvo Muñoz, su padre, ese gran hombre que luchó por los valores en los que creía; que se vio obligado a abandonar sus raíces y su suelo; que hubo de transplantar en tierra ajena su familia y su arte; que supo sacarlos adelante con la templanza de su carácter y las virtudes de sus manos. Ese hombre elegante y sobrio, cariñoso, prudente cuando fue preciso, a fin de no poner en peligro la vida o el bienestar de la familia, murió de un ataque al corazón en enero del setenta y cinco, sin el consuelo postrero de visitar la tierra que guardaba a los que amó: su padre, su hermana Inés, su madre, la última en partir. «El tronco de roble que resistió los hachazos de la vida sin doblarse», como les decía muchas veces con los ojos prendidos al ayer.

Aquella mañana de enero, cuando ascendían bocanadas de niebla de los dos ríos, y él se afanaba pincel en mano en la restauración de un paño perteneciente a la vidriera central de la Catedral de San Pedro, su corazón se cansó de esperar. Carlos y él le cerraron los ojos.

Ricardo se aferra a los barrotes de la cama e intenta cambiar de postura sin conseguirlo. Tiene el cuerpo helado y siente fatiga al respirar. El aire

retrocede en su garganta. Diríase que se topa con una pared sin ventana, y no halla lugar por donde colarse. Sin embargo, su cabeza está llena de agujeros, lo mismo que las piedras porosas, así que no puede poner freno a los pensamientos negros, que se cuelan hasta lo más hondo para oscurecer sus horas.

Cuando murió padre, usted, madre, se quedó sin norte. Con la pena de no haber podido estar a su cabecera en su último alentar. Sin el consuelo de sus palabras postreras. Sin saber “cuánto le dolió morir”, como no paraba de repetir cada vez que íbamos a visitarla los sábados.

Hasta que un día me cansé de verla sufrir, y le pregunté a Michèlle que qué le parecía a ella si nos la traíamos a casa, a vivir con nosotros. Era espaciosa y con mucha luz, de modo que había sitio de sobra para los cinco sin estorbarnos. Además, con las chicas rebosando esa alegría propia de la juventud, quizás sus penas encontrarán alivio, le volviera el color a la cara, y cambiara el gesto de dolorosa por alguna sonrisa, aunque sólo fuese por complacer a sus nietas.

Y Michèlle, siempre dispuesta a allanar caminos, me dijo que por su parte no había pega alguna, y que si ese era mi deseo, le preparábamos a usted el cuarto enseguida y marchábamos a buscarla.

Así sería, y a lo largo de nueve años, la vimos suspirar, reír, meter a las chicas los bajos de las faldas, ajustándose unas gafas que, por más que se las cambiáramos, siempre le venían escasas, y siempre también refunfuñando y a regañadientes, que eso de ir enseñando las piernas por encima de las rodillas decía usted que no era decente.

Y yo miraba sus manos secas, las que a la salida de Gurs, con una aguja y un dedal, de sol a sol y con la bombilla encendida por las noches, ayudaron a traer el pan a la familia. Y eso sin queja ninguna. Sin echar sobre los hombros de mi padre la culpa de las privaciones que tuvimos que soportar los cuatro en aquel tiempo de hambre y desengaños.

Usted murió en su cama, madre... Un amanecer de mayo se apagó despacio. Sin decir palabra. Todavía siento la frialdad de su mano en el último instante; cuando a mí me pareció que quiso apretarme la mía.

¿Qué puñetas me pasa esta noche? Las fuerzas se me escapan del cuerpo y se agolpan en la cabeza... Quiero dormir... dormir horas... días... Dejar de recordar a los que se fueron... ¿Para qué remover ausencias que

duelen?

Carlos... ¿Dónde estás? Por primera vez en mi vida siento miedo y quiero que lo sepas, si es que es verdad eso que nos contaron de la vida después de la muerte. Y es que esta noche tengo la sensación de que mis pies se acercan al otro lado. A ese lugar de oscuridad lleno de misterio del que nadie vuelve. Al sitio donde tú marchaste hace siete años, después de una vida completa.

Quizá no entiendas lo que con esto quiero decir, de modo que te lo voy a aclarar al punto. Tú, hermano, plantaste en tierra de franceses una vida tuya, flamante, construida por Brigitte y por ti sin rémoras que tiraran de tu corazón hacia otra parte, como me pasaba a mí. Y no tuviste que echar de menos, como yo, la vida que perdimos al partir de España. Porque allí no dejaste cimientos, y por eso pudiste levantar tu casa desde abajo, mientras que a mí me tocó levantar la mía sobre escombros viejos, y en ocasiones se removían y hacían tambalear sus muros. Con esto que te digo, ya puedes hacerte idea de a lo que me refiero. Que el día de tu casamiento, cuando viste aparecer a la novia por la puerta de Santa María La Grande, no se te cruzó por la imaginación mujer alguna que no fuese ella. Y luego, cuando su vientre dio fruto y te pusieron en los brazos a tus hijos, no pudo acudirte a las mientes la ocurrencia de que cómo serían, o cómo no serían, si su madre no hubiera sido tu mujer, sino aquel amor arrancado de la carne sin flores ni frutos, que se vino contigo en la maleta del corazón, como a mí me pasó con Manuela. Y si te digo la verdad, aquí, en el centro del pecho seguirá hasta que me quede sin aliento.

Nunca te conté detalles de mi encuentro con Manuela en Talavera, que un hombre ha de ser discreto a la hora de salvaguardar el nombre y la honra de la mujer a la que ama, pero Manuela y yo nos encontramos el 30 de agosto de 1952, justo la víspera de la Función de la Virgen, en nuestra casa de la Plaza de San Miguel, tres días antes de que volviéramos a Francia.

¿Te acuerdas, hermano? Unos días antes, habíamos ido los tres en la rápida, abuela, tú y yo. Llegamos a nuestra casa y nos costó lo suyo que la llave girara en la cerradura, que entre la puerta que se había vencido con el tiempo, y el óxido que acumulaba, no se nos puso fácil la entrada. Parecía mismamente que era su forma de protestar por los once años de abandono.

Ya al entrar sentimos la bofetada del olor a cerrado, y es que llevaba desde el 41 sin ventilarse, sin una mano que se ocupara de limpiarla, y sin

ecos de voz alguna en sus paredes, que abuela Crisanta no podía resistir su vacío y nunca más traspasó el umbral tras nuestra marcha; eso fue lo que nos confesó nada más cruzar la puerta, al ver el abandono en el que se encontraba.

Aunque todo estaba en su lugar, un dedo de polvo cubría las sábanas con las que madre había tapado los muebles («para cuando volvamos», decía la pobre). Las paredes estaban descascarilladas, y del techo y las bombillas colgaban telarañas que parecían sogas, mucho más espesas en los rincones.

Lo primero que hice yo al entrar fue levantar el paño que tapaba la máquina de coser, la que tenía pintado en la parte de arriba un león con alas como los pájaros, con cara y tetas de mujer. Ese dibujo que tanto me llamaba la atención de muchacho en cuanto madre le quitaba la cubierta.

Y allí, mirando la máquina Singer, me vino a las mientes la figura de madre, guapa y joven, moviendo el pedal con prisa, mientras cosía las telas rojas, amarillas y moradas de las banderas, aquel día 14 de abril del 31, para salir por las calles a celebrar la República.

Éramos muy chicos entonces, pero por el gozo de nuestros padres, y la algarabía de canciones y risas en las calles con tanta gente, sí que alcanzábamos a imaginar que lo que se celebraba debía de ser algo grande. Quién nos iba a decir en aquel tiempo que, unos años más tarde, aquel gozo terminaría con la maldita guerra que nos sacó de nuestra casa y nos arrancó de raíz la vida que teníamos.

A lo que iba, hermano, que me voy de unas cosas a otras y no atino con lo que quiero decir. Pues eso, que, después de limpiar y adecentar la casa, seguro que te acuerdas de que yo eché mano a la bicicleta de padre, inflé las ruedas, y como vi que el aire se salía por las cubiertas, que estaban llenas de agujeros, dije que iba a casa de Bartolo, a ver si seguía poniendo parches en la esquina, y así podía yo darme un garbeo por el río como acostumbraba a hacer de mozalbete.

Abuela Crisanta, al ver que gozaba como un niño con los manillares en la mano, me dijo que me fuera sin reparo, y que mientras los dos ibais a ocuparos de preparar algo para comer, aunque fuera una hogaza de pan blanco rellena de longaniza, que había traído cuartos en la faltriquera.

Y allí, en la esquina, seguía Bartolo, con diez años más en las espaldas y la cara más seca, ganándose el pan poniendo parches en las bicicletas. No

me reconoció ni yo quise decirle quién era. Tenía prisa por montarme en la bici, atravesar Talavera, y coger el camino de la huerta donde vivía Manuela.

Esta vez no recosté la bicicleta en el suelo. Me metí hasta la casa blanca por la vereda que salía del camino, y el corazón parecía que se me iba a salir del pecho.

Salió su madre. Vestía de riguroso luto... Al poco me contaría limpiándose los ojos que su marido no había salido vivo de la cárcel.

Pero antes me presenté por mi nombre y apellidos y le pregunté por Manuela, y ella me dijo que ya no vivía allí, que ahora estaba en una huerta al otro lado de la ciudad, hacia el poniente, pasando el puente de hierro. Yo le conté que la conocía desde la escuela, que en la República habíamos compartido pupitre, y que como llevaba casi once años fuera de España, quería aprovechar el viaje para ver a los compañeros de aquel tiempo y saber qué había sido de sus vidas.

—Entonces tú eres aquel Ricardo... El que venía por aquí buscando a mi Manuela —dijo con un deje de tristeza en las palabras.

—El mismo, sí, señora —respondí yo.

Y aquí fue donde me contó el crimen que los fascistas habían cometido con su marido.

—¡Maldita guerra! —dije yo sin saber qué añadir poniéndole la mano en el hombro.

Y ella se limpió las lágrimas que se le salían de las cuencas de los ojos y agregó:

—Lástima que llegues tan tarde, hijo...

—¿Por qué dice usted eso? —le pregunté yo, con temor a la contestación que pudiera darme.

Y ella, sin responder a mi pregunta, me apretó el brazo derecho y pronunció las palabras que había ido a buscar:

—Si quieres ver a Manuela, cada día cruza el puente nuevo cargá con una romana y un cubo lleno de lo que le saca a la tierra... Patatas, pepinos, tomates, judías o lo que se tercié. Lo vende por las casas de quien se lo quiera comprar... De modo que ya lo sabes, hijo, y que Dios me perdone por lo que te acabo de decir.

Y cuando estas palabras salían por su boca, la madre de Manuela se santiguaba y miraba al cielo, como si rogara el perdón por su falta.

Manuela se había casado. Lo demás, puedes imaginarlo.

Me duele la cabeza esta noche, hermano... Deben de ser los pensamientos que me traen y me llevan a lugares viejos. Y siento la boca seca... Como si en lugar de lengua tuviera una piedra dentro... Tengo sed... mucha sed... Ya he agotado la jarra de agua que Madeleine me deja en la mesilla por las noches...

Se me cierran los ojos, pero no es por el sueño. Apenas si puedo moverme... Este frío va a congelarme la sangre...

Tres campanadas acordes atraviesan el aire neblinoso y penetran por las ventanas de la casa. Ricardo apenas percibe un eco lejano, amortiguado por la semiinconsciencia a la que le ha conducido la fatiga del cuerpo y de la mente.

Muy despacio ha ido volviendo la claridad a su cabeza. Respira con dificultad, y aunque tiene la boca cada vez más seca, sabe que su debilidad no le permitiría echarse abajo de la cama para buscar agua en la cocina. Beber. Si fuera capaz de tamaña aventura, pegaría los labios al grifo y llenaría cada hueco de su cuerpo. Hasta que le rebosara por la piel.

Y en medio de su particular naufragio, retorna Manuela para convertirse en su tabla postrera de salvación. No la niña que le hizo enrojecer en el pupitre el día que estrenaron aquella palabra tan rara que la señorita Aurora escribió en la pizarra. Ni la joven que le esperó una tarde detrás de la huerta, vestida con una falda azul de vuelo, una blusa blanca de manga corta perforada de bодоques, y el movimiento de su melena inquieta y rubia que ya le rozaba los hombros, renacida tras la cruel mutilación.

Tiene delante la imagen acabada y hermosa de la mujer en la que se había convertido tras dos lustros de distancia, cuando la buscó y la encontró cruzando el Puente de Hierro, camino que recorría ella a diario cargada de hortalizas, desde la casita humilde y blanca situada al otro lado en la vega del Tajo, circundada por un pegujal de surcos donde cada jornada se vertían su sudor y su fracaso.

En cuanto te vislumbré en el puente, supe que eras tú, Manuela. Y no porque me fijara en la romana ni en el cubo, que eran las señas que me había dado tu madre. Tampoco por tu pelo de paja, que lo llevabas cubierto por un pañuelo al rodete, bien que me acuerdo. Te reconocí por los andares, que aunque la carga te agobiara la espalda, seguías siendo la misma muchacha garbosa que hacía más de diez años tuve que abandonar entre los almendros. La que salió corriendo por la vereda hacia la huerta, mientras yo me mordía la lengua para no llamarte, y apretaba los puños y los dientes

para resistir sin lágrimas, como me habían enseñado que debían hacer los hombres.

Y me quedé allí, esperando que llegaras al otro extremo del pasil. Medio escondido entre los arcos de hierro... ¡Nunca la travesía de un puente se me hizo tan larga!

Y cuando por fin te tuve a mi alcance, el corazón galopaba como un caballo y sentía sus mazazos en las sienas. A menos de un metro estábamos cuando se me escapó tu nombre.

—¡Manuela!

Estaba yo en medio del pasil, y al verme te quedaste clavada en el sitio, y tu cara, quemada por los soles de la huerta, cogió de pronto el color de la grana y entre el miedo y el pasmo mi nombre salió también de tu boca.

—¡Ricardo...! ¡Eres tú! ¿Qué estás haciendo aquí, Ricardo? ¿Es que habéis vuelto a España?

Mientras decías esto, la romana y el cubo descansaban ya en el suelo, y tú te atusabas las mechales rubias que se te habían salido del pañuelo y le ponían a tu cara un aire de descuido que no pude resistir.

Te cogí por la cintura y te abracé fuerte, tanto que tuve miedo a que te rompieras entre mis brazos. En apariencia seguías siendo la misma... Una avocilla menuda y frágil, aunque en tus adentros llevaras la fuerza a raudales.

Como yo no te soltaba, me pusiste las dos manos en el pecho y te escabulliste del lazo en el que te había hecho prisionera. Entonces me aparté un paso para mirarte de frente y contestar a tus preguntas.

—Ya ves que soy yo, Manuela... He vuelto.

Fue cuando tus ojos se volvieron cristales de agua clara, mientras con tristeza pronunciaste unas palabras escuetas que me aturdieron.

—Es tarde. Muy tarde ya, Ricardo.

Te miré imaginando la razón verdadera de tus palabras, aunque quise pensar que lo decías por la tarea que llevabas entre manos.

—¿Me estabas esperando? ¿Quién te ha dicho que yo... que aquí...?

Al punto corté tus dudas y te dije que sabía que andabas vendiendo por las casas, que tu madre me lo había contado.

—¿Cuándo has visto a mi madre? —me preguntaste con el asombro en la cara.

—Hace tres días. Fui a buscarte a la huerta con la bicicleta; lo mismo que once años atrás.

—No es lo mismo. Tú te fuiste y la vida siguió. Ojalá yo también hubiera podido salir corriendo hacia cualquier parte... Mataron a mi padre, ¿sabes? En la cárcel, los muy canallas. Y a mi madre y a mis hermanos nos hicieron la cruz y la raya en todos los sitios.

No pude aguantar las lágrimas que te rodaban por la cara y te las enjuagué presto. Primero con los dedos y luego con los labios.

—No tienes que llorar, Manuela... Estamos juntos... juntos después de once años. No sabes las veces que he pensado en ti. Tienes que saber que en todos estos años ni por un instante te me has escapado de la cabeza. Y menos de aquí, del corazón —te decía yo golpeándome el pecho.

Y tú volviste a apartarme, con más firmeza aún.

—¿Qué te pasa, Manuela? ¿Es que ya no me quieres? —te dije cogiéndote la mano para acercarla a mi corazón—. No digas palabra, tan sólo siente cómo late aquí dentro.

—Ya no puedo quererte, aunque te quiera... —respondiste volviendo los ojos al camino que traías.

—Pues aclárame el misterio —te apremié yo.

—¿Ves aquella casa blanca? La que medio se esconde detrás de los álamos.

—La veo.

—¿De verdad quieres saber cómo paso yo la vida en aquel agujero?

—Quiero saberlo.

—Pues el puente no es sitio para andar de plástica.

Recogí del suelo la romana y el cubo y añadí en un tono que no dejaba resquicio para la duda.

—Entonces ven conmigo. Tenemos muchas cosas de que hablar.

¡Cuánto tiempo desde entonces, Manuela! Una vida larga, demasiado larga, diría yo, para no vivirla juntos. Pero esto se acaba..., ya lo ves. Y no me importa... No sé dónde andarás tú... No sé si tus ojos mirarán alguna vez el puente de hierro, ni si al verlo te vendrá a las mientes aquella mañana. Las mujeres sois de acero... Seguro que andas todavía zascandileando por la calle de San Francisco, y ya puestos, quién cree que no les pides a tus nietas (porque tendrás nietas, me figuro yo) que te lleven a la Plaza de San Miguel, y quizás, cuando mires la puerta, si es que el tiempo no la ha echado abajo, se te aviven rescoldos viejos y te acuerdes de lo que vivimos los dos esa mañana resguardados tras ella, como me está pasando a mí esta noche. Como me ha venido ocurriendo tantas otras noches en estos sesenta años,

que sin que yo te llamara, y que Michèlle me perdona por faltarle, acudías a mi cabeza y te metías en mi sangre. Y es que el recuerdo de nuestro encuentro, aquel verano en Talavera, fue una página escrita con cincel en el pecho, que yo leía y relía en esos momentos en que la vida te coge por el cuello y quiere ahogarte. Gracias a ello pude resistir una vida sin ti.

Tengo frío, Manuela. Las piernas parecen dos carámbanos. Casi no las siento ya... Y mi voz se apaga... Fíjate, tengo que coger aliento, según hablo... y la lengua no hace más que dar tropezones con las palabras... Ven acá, te necesito conmigo. Toma mi mano, dondequiera que estés, y vámonos juntos... Juntos los dos, como aquel día.

Me fatiga hablar, así que métete conmigo aquí dentro, en el pensamiento, que es lo único que todavía no tropieza. Y aunque sea la última vez, vamos a revivir los dos esa hoja de la vida que perdimos, y que para mí valió más que el libro entero.

¿Te acuerdas? Cuando la llave chirrió en la cerradura empujé la puerta, me eché atrás y te di paso. El mismo olor a cerrado de dos días antes ya era lo de menos.

Habían sido demasiados años aguardando el momento, imaginando cómo sería nuestro encuentro, Manuela, dónde tendría lugar, la ropa que traerías puesta para encontrarte conmigo; tu voz de campanilla en mis oídos, diciéndome que me habías esperado cada tarde entre los almendros, que al escuchar el arrullo de las palomas añorabas mis labios.

Pero allí estaba yo. Aturullado. En medio del portal sin saber si cerrar la puerta o dejarla abierta. Sin dejar que mis brazos hicieran lo que habían hecho en el Puente de Hierro: cogerte fuerte hasta que yo sintiera los latidos de tu sangre pegados a los míos y el crujir de tus costillas.

Tú seguías callada. Sólo sabías mirarme de arriba abajo. Como te había mirado yo en el puente.

No podría decir el tiempo que pasamos observándonos los dos. Reconociéndonos el uno al otro tras una separación tan larga. Escudriñando los cambios con los que el tiempo y la vida habían ido mudando nuestros cuerpos: la cara, las manos, el gesto... Sobre todo el gesto. Tú ya no reías como antaño. Lo que más me impresionó de ti fue el mohín de tristeza que mi presencia no borraba. No me mirabas con la alegría de entonces. Tus ojos eran dos pozos de aguas quietas, que parecían amansados por la rutina de

vivir, aunque esto lo entendería después. Y las manos que yo recordaba, finas y suaves, mostraban las heridas causadas por el sol y los abrojos.

Pero yo te miraba embelesado. Porque tú, Manuela González Molina, pese a las señales de la vida, seguías siendo la mujer más hermosa de cuantas había visto, y eso sin olvidar las beldades que los artistas habían ido dejando en lienzos y mármoles, que ya a esas alturas, unas cuantas llevaba vistas yo en las andanzas con mi padre y mi hermano por las iglesias y catedrales, cuando nos llamaban para retocar aquí y allá lo que se terciara.

Así fue como te lo dije al fin, y así fue como recuperé de nuevo tu risa, que me sonó a gloria bendita al sentirla entre las paredes de mi niñez.

—¡Qué cosas tienes, Ricardo! Pero si estoy hecha una facha, conque no me mientas, anda, que tengo espejo en mi casa —me decías con el mismo desparpajo de aquel día en el pupitre, al tiempo que te colocabas otra vez la mecha rubia que había vuelto a escaparse de tu pañuelo.

No pude aguantar más las ganas de estrujarte, seguro que no lo has olvidado. Te cogí por la cintura y te abracé fuerte, fuerte. Mucho rato. Hasta sentir el golpeteo de tu corazón en la camisa. Tu cuello olía a campo y a vida. Entonces empecé a colmarto de besos. En los ojos, en la cara, en la frente... Tú te dejabas hacer entre suspiros. Querías decirme algo, pero no te dejé, porque mis labios se encargaron de dejar muda tu boca.

Y aquella mañana de agosto, aunque no hubiera palomas ni almendros, y un olor a humedad y a ausencias rodeara nuestros cuerpos, sentí el mismo sabor de la despedida, y tus labios, Manuela, volvieron a recordarme el sabor del pan con azúcar... Y luego, cuando mis arrebatos me impedían controlar las manos, tú las apartaste de tus pechos y recobraste la compostura. Me las cogiste entre las tuyas, como si de ese modo quisieras asegurarte de que iban a ser sensatas, te apartaste un poco para mirarme, y dijiste muy seria:

—Esto no está bien, Ricardo. Soy una mujer casada. Ya has visto el camino que traía y el sitio donde vivo.

Yo asentí con tristeza, y tú empezaste a descubrir los entresijos de tu pena.

—No fue fácil, ¿sabes? Tú estabas aquí dentro —me decías con la mano en el pecho—. Te quedaste aquí cuando te fuiste, de qué me vale negarlo. Pero teníamos que comer. Mis hermanos no aguantaron las idas y venidas de los civiles a la huerta, un día sí y otro también. Preguntas... y más preguntas, como si fuéramos criminales. Así que un día, igualito que hiciste tú, pusieron

tierra por medio los tres, y se fueron a trabajar el campo a una finca grande, cerca de Plasencia. Desde entonces los hemos visto un par de veces.

—¿Y vosotras? ¿Qué hicisteis vosotras para salir adelante solas?

Mi hermana Tina, mi madre y yo nos hicimos cargo de la huerta los primeros años, qué remedio. Pero ella, la pobrecilla, estaba muerta de pena, y nosotras, muy tiernas todavía para sacar provecho de aquellos cuatro surcos, que por mucho empeño que pusiéramos en la faena, apenas si nos daban para malcomer.

Te callaste de pronto, Manuela, y tus ojos se volvieron oscuros, pasando de cielo a mar. Pero enseguida se rebelaron contra la mansedumbre de un instante atrás, y los vi alumbrarse con un centelleo de protesta, de rabia más bien; enseguida pude comprobarlo.

—Mi madre dijo que necesitábamos dos hombres en la huerta, que había que comer. Tina se casó a los dieciocho. Yo pude aguantar hasta los veintiuno... Alfredo, que así se llama mi marido, al mes del casorio me llevó a la huerta que tiene en aparcería donde ya has visto. Y allí aprieto los dientes cada día, y allí me clavo las uñas en las palmas de las manos por las noches para resistir el castigo que llevo encima, siendo que es el padre de mis tres hijos, aunque no merezca tal nombre.

—¿Por qué dices eso, Manuela? ¿Es que te da mala vida?

—Desde los principios. ¿Y sabes lo peor? Que antes de que nacieran mis hijos ya tenía yo motivos para aborrecer a su padre, que el primer embarazo se me malogró por culpa de los golpes... No quiso llamar al médico... A poco me desangro. Conque ya lo sabes: tengo tres arrapiezos que sacar adelante, y un marido que cuando se emborracha, se le va la mano, me llama comunista y maldice a mi padre... ¿Quieres que te cuente más?

—Todo, Manuela. Quiero que me lo cuentes todo —te respondí sintiendo ya mío el dolor de tu pena, al tiempo que sin poder aguantarme el deseo, te deshacía el nudo del pañuelo.

—No quiero darte pesadumbre con mis desgracias, que lo tuyo en Francia me hago cargo de que tampoco habrá sido un lecho de rosas, de modo que ya me estás poniendo al corriente.

Seguíamos de pie en el portal. Fue en este instante cuando te agarré de la mano y te llevé al escaño. Nos sentamos muy pegados el uno al otro, y con las manos juntas, empecé a contarte las penurias que mi familia y yo tuvimos que pasar antes de alcanzar trabajo y bienestar.

Y tú, con los ojos brillantes, te bebías mis palabras cuando te hablaba del barquero, de los caminos de la noche, del campo de Gurs...

Al terminar, me di cuenta por el brillo de tus ojos de que apenas podías sujetarte el llanto. Y nos quedamos en silencio los dos, respirando la tristeza que tus palabras y las mías habían dejado en el aire. A los pocos minutos, mis manos quisieron borrar con caricias tu amargura. Tú no pusiste resistencia alguna y me dejaste hacer... Llevabas dos trenzas anudadas arriba, y yo te quité las horquillas y te solté el pelo, que seguía siendo de paja, aunque algo más oscuro que en los tiempos de la escuela. Embelesado, vi cómo te caía en ondas sobre los hombros y adornaba tus facciones. Así, con el pelo suelto y las lágrimas brillándote en la cara, me recordaste a las vírgenes rubias y hermosas que restaurábamos en las iglesias.

No creas que me he olvidado de lo que llevabas puesto ese día, que me acuerdo como si fuera ayer: una camisa blanca sin bodoques, arremangada por encima del codo, y una falda de vuelo color teja que escasamente te pasaba de las rodillas. Calzabas alpargatas de esparto, blancas también, a las que se les había pegado el polvo de los surcos.

Estábamos muy cerca y nos mirábamos los dos sin saber qué decir. Pero eso no fue impedimento para abrazarnos, que a las palabras se las había llevado el momento, pero los cuerpos supieron hablar por los dos con largueza.

Te llevé de la mano a la alcoba de las dos camas; la que fuera de Carlos y mía antes del destierro. Según te quitaba la ropa, tú repetías que cerrara bien las fraileras, que tu cuerpo ya no era hermoso, que lo tenías señalado por los cardenales de tu verdugo y por la preñez... Que después de parir tres hijos, tu vientre ya no era liso, y que sentías vergüenza y pesadumbre por no poder entregarme la belleza que la vida te había arrancado de cuajo en aquellos años sin mí.

Pero yo quería contemplarte entera, y te dije que no me importaba, que te amaba a ti. De arriba abajo. Que seguías siendo la mujer más guapa de la tierra, aun con las marcas de la vida que debió ser nuestra. Que no conocía más mujeres desnudas que las de los lienzos pintados por los artistas cuando tocaba restaurarlos. Que tú habías sido y eras la única de carne y hueso a la que mis dedos rozaban. Que si lo querías, ibas a ser también la primera en mi carne, igual que lo habías sido cada día en mi pensamiento y en mi corazón, desde la tarde en que tuve que dejarte entre los almendros.

Y entonces sentí que tu voluntad era mía. Acabé de desnudarte muy

despacio, te llené de besos, y me quité la ropa deprisa.

Y aquella cama, que dejé lista yo mismo dos días atrás con el sueño de compartirla contigo; aquel colchón y aquella almohada, que cubrí con las sábanas amarillentas que mi madre dejó bien guardadas en el cofre, aguantando las protestas de mi abuela Crisanta, que no podía entender la pobre a santo de qué venía aquel capricho, acogió nuestras ansias, tanto tiempo también guardadas.

Tu cuerpo hermoso se me abrió entero. ¿Te acuerdas, Manuela? Los dos gemíamos por el gozo de tenernos, hasta que los quejidos herrumbrientos del somier se unieron a los nuestros.

Tus entrañas eran suaves y ardientes, y yo regué tu cuerpo varias veces, mientras la mañana se paraba, y nuestra sangre corría al galope. Y te amé al fin tal como lo había forjado en mi cabeza. Con fuerza y con mimo. Llenándote de besos y de arrumacos. Pasmado por aquel placer nuevo que me volvía loco y me empujaba a ahondar en mi empeño por complacerte; como lo hacen los hombres cuando sienten que la mujer a la que aman les entrega el surco de su carne para que viertan en él la simiente.

A media mañana seguíamos desnudos, sin fuerzas para desatar el abrazo. Compartiendo el sudor y la dicha. Sin pensar en el sol que remontaba deprisa su camino.

Como no podía ser de otra manera, fuiste la primera en hablar, aunque yo hubiera deseado que siguieras callada.

—Esto ha sido una locura, Ricardo. Tengo que volver a la vida que me espera ahí afuera, es la que tengo.

Tapé tu boca con la mía, y cuando me apartaste, me salió la idea que desde el instante en que te abracé en el puente me andaba rondando por la cabeza.

—Vente conmigo a Francia, Manuela.

Te miré a los ojos y vi que otra vez se volvían oscuros, aunque al instante brillaron entre lágrimas.

—Ya no es tiempo, Ricardo... Aquí tengo mi vida; ya te lo he dicho.

—Somos jóvenes. En Francia podemos empezar otra senda juntos.

Fue en este punto de la conversación cuando tu voz recobró el desparpajo que yo recordaba y se rebeló con muestras de enojo.

—¿Sabes? Muchos días, antes de lo de mi padre, cogía yo el camino de la huerta y me plantaba en un santiamén en Talavera. Entraba en la ermita

del Prado y le pedía a la Virgen que mi padre saliera vivo de la cárcel. Me acuerdo que las lágrimas me pinchaban en los ojos cuando los clavaba en los de la imagen y le decía: «Virgencita del Prado, devuélveme a los hombres a los que quiero, que estoy que no vivo sin ninguno de los dos. Sólo te pido eso, ya ves que no soy ansiosa». Y yo esperaba el milagro, pero la Virgen nunca decía nada... Mi padre no salió con vida del penal y tú no volviste a por mí... No tuve más remedio que aprender a vivir sin vosotros... Así que un día dejé de rezar.

—Tócame, Manuela. He vuelto. Soy yo. Estoy aquí, contigo. No quiero dejarte otra vez... Tienes que acompañarme a Francia.

—Eso no puede ser.

—Por qué.

—Porque soy casada y madre de tres hijos.

—Los llevaremos con nosotros. Trabajo no falta allí; me haré cargo de los cuatro. ¡Vámonos, Manuela!

Sí, era verdad, tenías razón... Mi deseo y mi juventud me hicieron hablar de ese modo. Bien sabía yo por mi experiencia reciente que si para viajar a España se necesitaban papeles y tiempo, para salir de ella el asunto no iba a ser fácil ni mucho menos, que el dictador tenía bien atadas las libertades de los perdedores. Pero ahí estabas tú para ponerme los pies en el suelo, que bien sabías el terreno que pisabas. Y hablaste con juicio, ya lo creo, aunque a mí al oírte se me partiera el alma.

—Eso que dices es un disparate, Ricardo. Antes de llegar a la raya con Francia, los civiles nos habrían echado el guante. A mí por abandonar al marido y por robarle a mis hijos, que por desgracia son suyos también, y a ti por incitarme a un desvarío tan grande, que por si no lo sabes tiene pena de cárcel, y es allí adonde iríamos a parar los dos, a la trena sin remedio. ¿Y qué sería de mis hijos entonces? ¿Cómo podría respirar yo siquiera, pensando que estarían en manos de alguien que de padre sólo tiene el nombre?

Tus palabras, Manuela, arrancaron de cuajo las mías. Y en silencio los dos, sólo pude dejarte en cada palmo de tu cuerpo las huellas de los besos que no me cansaba de darte, y que al fin y al cabo no eran más que una parte de los que habíamos perdido. Y de ese modo quise yo que se quedaran contigo el resto de tu vida, porque para mis adentros, aunque no te lo dijera,

entendí que tus juicios estaban sobrados de razón, y esa mañana supe, con la claridad del sol de agosto que lucía ya en la mitad del cielo, que cuando te viera cruzar la puerta de la casa no volvería a verte más...

Después de la milagrosa explosión de lucidez, la rememoración de aquella mañana ha terminado por vaciar el pensamiento de Ricardo. Sus sentidos, presos en un cuerpo que apenas puede moverse, comienzan a diluirse en la oscuridad, mientras que su conciencia se hunde entre las mantas de lana, incapaces ya de devolver la tibieza a su cuerpo, cada vez más rígido y frío.

Pasan los minutos y las horas. Dos veces se descuelgan las campanas de los relojes por los cielos neblinosos de la madrugada, pero sus oídos ya no son capaces de percibir el sonoro reclamo.

Sin embargo, en medio de la confusión, un destello de luz en su cerebro vuelve a traerle la presencia de la única mujer que se quedó a vivir por siempre en su pensamiento, aunque por dos veces tuviera que dejarla abandonada a su suerte, sin que el destino quisiera tender entre ambos más puente que el de la distancia.

Manuela... Manuela... No te veo... Se me escapa tu cara... ¿Dónde estás, Manuela...? Enciende la luz... no puedo mover los brazos... ni las manos... Abre la ventana, Manuela. Necesito aire... Me ahogo... No me dejes solo. Agua... agua... Dame agua, Manuela. ¡Acércate! Así... No apartes tus manos de mi cara... Abrázame, Manuela... Todo está oscuro... Negro como un pozo... No te vayas... Tengo frío... No me sueltes... Me estoy ahogando... No sueltes mi mano... Manuela... Ma... nue... la...

Son las ocho de la mañana. Los relojes de la Catedral de San Pedro y de la iglesia de Nuestra Señora la Grande dejan caer ocho campanadas acordes, y su sonoridad se expande blandamente a través de la niebla.

Casi al mismo tiempo, y con la puntualidad de siempre, en el número 4 de la calle Saint Denis la llave gira en la cerradura. Es Madeleine, dispuesta a cumplir con la tarea que asumió hace seis años a cambio de un sueldo que le permite sacar a sus hijos adelante con dignidad: cuidar del viejo artista español que cada día le habla de la guerra, de su salida de una España con las libertades secuestradas por el dictador que encarceló a su padre, de la agilidad de sus piernas y de sus brazos cuando era joven y volaba por los tejados de Poitiers, de las penurias vividas en Gurs, de la corrupción que ensucia las instituciones de su país. Y alguna vez, con cierta reserva, de una novia a la que tuvo que dejar entre los almendros, una tarde en que zureaban las palomas.

Cuando piensa esto, la cara de Madeleine se alumbra con una sonrisa. Tiene que reconocer que *monsieur* Coruvo, como ella le llama, es un hombre singular que sabe llevar con elegancia su vejez y su soledad, pese a que en alguna ocasión tenga que sufrir sus protestas y su impaciencia. Pero ¿acaso no es normal que se rebele ante el deterioro de su cuerpo?

Entra y se despoja del impermeable, del gorro y de los guantes. La reconforta el calor de dentro; enero está siendo especialmente húmedo. El Clain y el Boivre, los dos ríos que circundan el centro de Poitiers, no dejan de vomitar niebla de día y de noche.

La primera tarea de la mañana es acercarse a la puerta del dormitorio y comprobar si el anciano duerme. En los últimos días viene observando que su respiración es sonora y dificultosa. Por eso se queda más tranquila, antes de comenzar con la cocina y la limpieza, tras haberse cerciorado de que, dormido o despierto, sigue respirando. Se aproxima con sigilo. No quiere despertarle. Las horas deben de pesar mucho con los años. Cuando ella marcha, sabe que el hombre dormita de día y vela de noche. Pega la oreja a la puerta. Un silencio espeso se adivina detrás de la hoja de madera. Muy despacio, gira el pomo y entreabre una rendija. Nada. Madeleine empuja

lentamente y se acerca con sigilo a la cama. Aproxima el oído a la cabeza de Ricardo. El mismo silencio, ahora acompañado de un presagio que le acelera el pulso. Palpa la mesilla de noche, busca el conmutador de la pequeña lámpara y una luz amarilla le descubre la cara del anciano: tiene la boca y los ojos desmesuradamente abiertos. Retrocede unos pasos y enciende la luz de la lámpara que pende del techo. Quiere asegurarse de lo que ya parece evidente. Se acerca más. En el rostro de cera de Ricardo un gesto de angustia distorsiona sus facciones. Palpa su frente y percibe la caricia gélida de la muerte.

Intenta cerrarle los ojos, pero no lo consigue del todo. Nunca se ha visto en un trance semejante. Con el corazón apretado por la impresión y el sobresalto, Madeleine se dirige al teléfono.

Tiene que marcar los números de Nadine y de Mireille. Decirles que su padre ha muerto. Porque ella, el único vínculo real del viejo exiliado español con el mundo, está asustada y no sabe qué hacer.